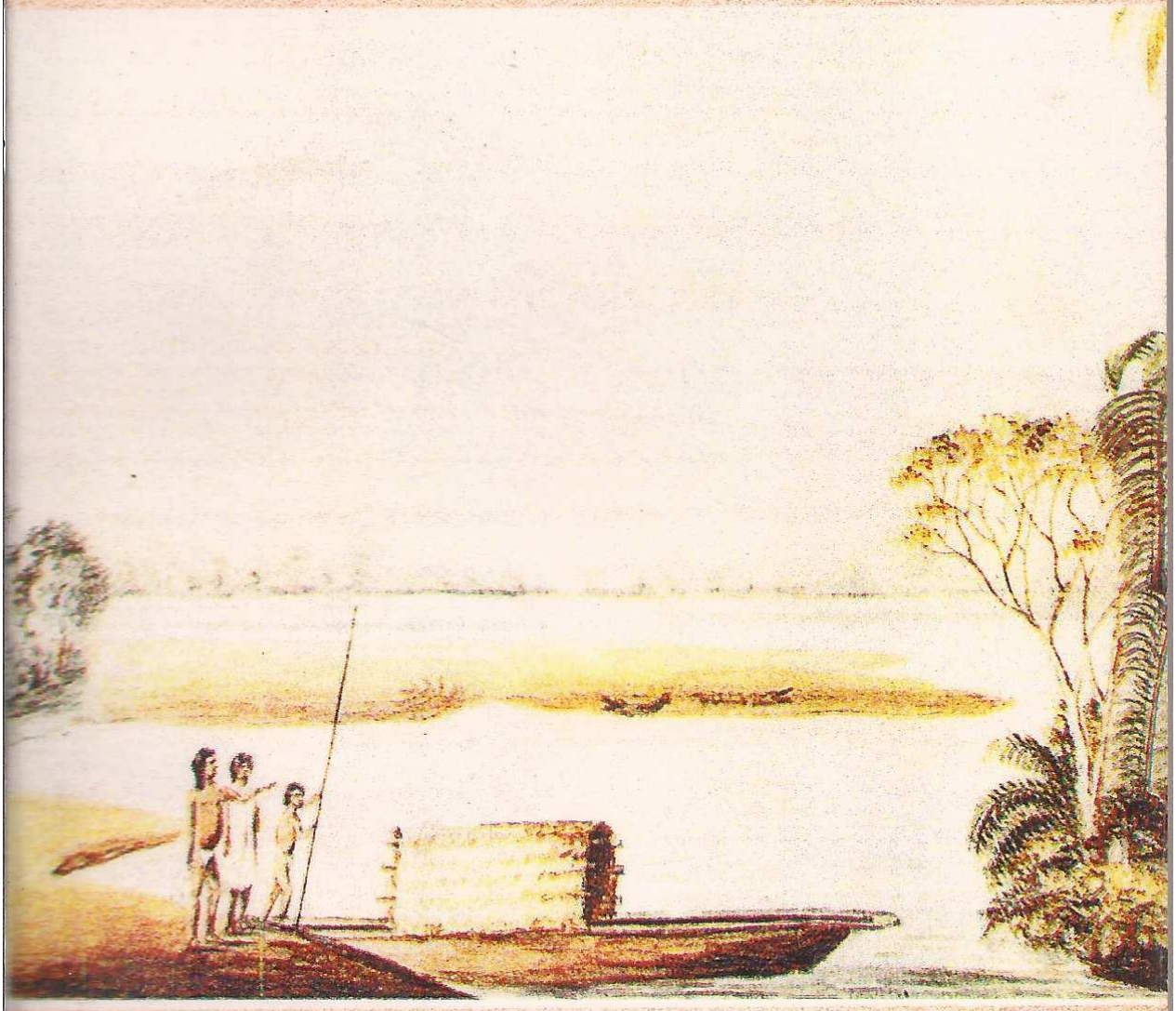
GUAYUPE

UN CANTO OLVIDADO



RIGOBERTO BETANCOURTH REYES

BIÇOBERTO BETANCOURTH REYES

GUAYUPE

UN CANTO OLVIDADO



EDITORIAL MOHÁN

Literatura del Ariari

Esta obra pertenece al género novela,
aunque se utilizan fechas y lugares verdaderos
cualquier parecido con la realidad es producto
de la coincidencia

Ilustración de la portada:
Acuarela tomada del libro
"Colombia patria de tres mares"

Título original:
Guayupe un canto olvidado

Escrito por:
© **Rigoberto Betancourth Reyes**
Son derechos reservados del autor

Primera edición: Abril de 2003
Editorial Mohán
ISBN: 958-33-4667-5

Digitado por: RBR
Corrección: Alfonso Parada Pardo
Impresión:
Editorial Mohán, Cra 16 No. 24a-36
Tel: 6710862, Villavicencio, Colombia.
Se tiraron 1000 ejemplares
Hecho en Colombia.

INDICE

Prefacio	7
Capítulo I	9
Capítulo II	19
Capítulo III	29
Capítulo IV	35
Capítulo V	43
Capítulo VI	55
Capítulo VII	75
Capítulo VIII	85
Capítulo IX	91
Capítulo X	121
Capítulo XI	147
Capítulo XII	155
Capítulo XIII	173
Epílogo	201
Textos consultados	205

PREFACIO

Los Guayupe, al igual que los Saes y los Operiguas, a la llegada de los conquistadores alemanes y españoles, habitaban la región del piedemonte de los llanos orientales de Colombia. Laboriosos agricultores y a la vez bravos guerreros, sucumbieron ante el avasallador empuje de la nueva cultura llegada del otro extremo del Atlántico. Las enfermedades contagiosas traídas por los advenedizos europeos y la esclavitud a que fueron sometidos, hicieron que al igual que otras étnias aborígenes, dersaparecieran para siempre del concierto histórico de la patria.

A finales del siglo inmediatamente anterior, en una pequeña zona poblada y durante la ejecución de obras de infraestructura urbana; como también en trabajos de labranza en campos destinados al cultivo del arroz, se logró escabar y recuperar impoprtantes piezas de su artesanía, que a decir de los estudiosos, demuestra el alto nivel cultural que sus comunidades lograron desarrollar.

Esta obra es un humilde homenaje a los seres que desde la lejana noche del pasado nos legaron, salvando la oquedad cotidiana de sus días, lo más sublime de sus llantos y risas que, cincelados en lo profundo de los recuerdos, escuchamos cuando dejamos que nuestras almas divaguen cabalgando por las sabanas donde se pierden nuestras ilusiones.

El autor.

CAPITULO I

Cinco de diciembre, año del señor de mil seiscientos veinte, en algún lugar de Baviera, Alemania. El carruaje tirado por hermoso corcel negro se detuvo frente a la mansión construida sobre una amplia explanada; el único pasajero, cubierto con capa negra, abandonó el coche y presuroso, abrigándose de la nieve que caía abundante llegó hasta la puerta de la casa y tocó con fuerza; una de las hojas de madera se abrió y fue invitado a seguir por un hombre entrado en años que parecía el mayordomo del lugar. Fuera de la casa, el cochero ordenaba al noble bruto dirigirse a las caballerizas.

- Por favor, espere señor Schmit, voy a comunicar al señor de su llegada – dijo el dependiente y se adentró en la estancia.

El recién llegado se despojó de la capa colgándola en el perchero. Días antes había recibido el recado, Señor Schmit, se me hace de suma urgencia entrevistarme con usted- decía la misiva. Acaso, una o dos veces había dialogado con el hombre que lo citaba en ese lugar. sabía que era un rico y próspero comerciante heredero de socios de la casa Wesler, viudo recientemente. El visitante esperó unos minutos al cabo de los

se presentó nuevamente el mayordomo acompañando a su patrón. El saludo mutuo fue sin ninguna [illegible] emotiva.

-Por favor, sígame señor Schmit – pidió el anfitrión.

Conrad Schmit, conocido entre sus amigos como "Cony". precedido por el dueño de casa entró al estudio. Aquel cuarto estaba fina y delicadamente decorado, pinturas, libros y obras de arte se miraban por doquier y el calor de la chimenea mitigaba el frío haciendo agradable la estancia. El dueño de casa, hombre que bordeaba los sesenta años se consideraba un filántropo de su comunidad; sus propiedades eran visitadas frecuentemente por miembros de la realeza y era común encontrarlo en los conciertos y actos sociales acompañado de su hermosa nieta Cristina, hija de su único hijo desaparecido en una expedición a las Indias Occidentales. El viejo vestía traje oscuro; caminó hacia su escritorio, se acomodó en un mullido sillón, abrió un cajón, extrajo algunos documentos y colocándolos ante los ojos de su invitado, expresó:

- Esto es lo que he podido obtener referente a la suerte de mi hijo.

Cony, hombre de treinta años a lo más, de bigote e incipiente barba, cabellos rubio que caían sobre sus hombros, se acercó y observó con sus ojos profundamente azules los documentos; se trataba de algunos mapas y cartas escritas en latín, español, portugués y francés. Leyó por algunos minutos, se puso de pie y caminando por la aposento , dijo:

-No es mucho lo que dicen los documentos; tal vez podría tratarse de embustes de quienes le proporcionan esos datos.

- El ser timado por forajidos es un riesgo que me -Es

someto a correr; debe de entender señor Schmit., que en mi situación y a mi edad, no debo desestimar cualquier información que conduzca a dar con el paradero de mi hijo.

Conrad se plantó frente a una pintura de cuerpo entero que colgaba en la pared; sin apartar los ojos del cuadro, preguntó:

-¿Es su hijo señor Schmidel?

- Sí, ese es mi muchacho.

Cony observó detenidamente las facciones del padre de Cristina; no sería difícil reconocerlo si alguna vez llegara a tenerlo frente a él; dejó la pintura y distraídamente caminó hasta quedar frente a una ventana, retiró las cortinas y se deleitó por un instante viendo caer la nieve, al fondo apreció las altas cumbres de la cordillera de los Alpes, dejó que las cortinas regresaran a su sitio habitual y mirando fijamente a su interlocutor, expresó:

- Voy a aceptar buscar a su hijo.

El viejo no pudo disimular un gesto de alegría y acercándose abrazó a Conrad.

-Era lo menos que podía esperar de usted, señor Schmit.

-No tan de prisa amigo mío; como usted entenderá una empresa como la que me propone no es fácil de llevar a cabo; se necesitan recursos económicos y logísticos que implican enormes costos financieros.

-No se preocupe por minucias; dígame, ¿Cuánto dinero es? ¿Cuándo se marcha?

-Debo hacer algunos contactos; además, en esta época de fin de año nadie va a querer salir de viaje; lo mejor es esperar que llegue abril, en la primavera haría los preparativos y a mediados de junio o julio, en el verano, estaría partiendo.

casi medio año de espera – comentó impaciente Schmidel.

-Entiendo su preocupación, pero partir antes sería un error que nos costaría demasiado; demás, después de zarpar no habrá problemas, en las Indias Occidentales sólo hay temporada de lluvias y verano, por lo tanto no se perderá tiempo en la búsqueda.

-Que sea como usted lo estime más conveniente; si desea
puedo anticiparle algo de dinero para sellar nuestro compromiso.

-Si lo estima conveniente, no desapruebo su ofrecimiento.

Schmidel contó algunas monedas de oro, las echó en un pequeño saco y las entregó a Conrad. Este las guardó entre sus ropas, se despojó del guante y estrechando la mano del viejo, abandonó la habitación; al pasar por la sala de la casa se encontró con Cristina

-Que tenga una feliz navidad señorita – se despidió besando la mano de la agraciada joven.

-Lo mismo le deseo caballero – respondió la joven.

-¿Quién es el señor que acaba de salir? -preguntó al abuelo que llegaba a su encuentro.

-Es un bandido, aventurero y hasta salteador de caminos.

-¿Y de cuándo acá mi abuelo hace tratos con esa clase de personas?

-No es el mejor individuo del mundo, pero lo necesito para que me ayude a buscar a tu padre.

Abuelo y nieta se abrazaron y fueron hacia los aposentos interiores de la casa.

Conrad abandonó la edificación, se acomodó el sombrero, ajustó el sable en la cintura y abordó el coche que ya lo esperaba en medio de la nieve. El carruaje

inició la marcha; Conrad llevaba grabados los ojos de la bella Cristina, calculó que la joven tendría veinte años –es un buen partido para un hombre como yo, pensó- luego sonrió y se dijo – el viejo Schmidel es capaz de asesinar a su nieta antes de verla casada conmigo. El seco sonido de un disparo y el grito de dolor de su cochero lo sacaron de sus pensamientos; empuñó la pistola, desenfundó el sable y saltó del carruaje que aun se desplazaba a moderada velocidad; delante de él, la nieve se tiño de rojo con la sangre del cochero que con una herida en el pecho se despedía de la vida. La figura de un hombre se movió tras un árbol, Conrad apuntó y eliminó a uno de los atacantes; los dos restantes salieron de sus escondites y enfrentaron a su posible victima. Uno de ellos, de aspecto fiero, andrajoso y mal oliente; blandió una enorme espada y mirando el sable que empuñaba Conrad, acercándose, en tono burlón dijo:

-¿Con ese juguete de porquería piensa defenderse de nosotros? –y agregó, jugueteando de mano en mano con la espada – esto sí es un arma y voy meterle esa delgada hoja por el trasero; después le corto la cabeza y lo dejo tan bien muerto que ni su misma madre lo va a reconocer.

El forajido lanzó su mejor golpe y Conrad lo detuvo con facilidad; durante algunos segundos chocaron los aceros, luego, haciendo gala de sus depurados conocimientos de esgrima, Schmit se permitió dar por terminado aquel singular duelo; la delgada punta del sable penetró directo por entre la cuarta y quinta costillas del gigantón que con los ojos desorbitados por el dolor y el sombro, en el último segundo de vida, tan sólo atinó a lanzar maldiciones contra su verdugo.

-¡Schweinehund!, te podrirás en los infiernos.
El otro bandido al ver la suerte corrida por sus compinches, optó por huir apresuradamente. Conrad recogió el cuerpo de su cochero, subió al lugar antes ocupado por su amigo muerto y continuó a su residencia.
-¡Schneider! – gritó al entrar a la casa.
El aludido salió rápidamente al encuentro de Conrad.
¿Qué pasa, porqué la gritería?
-Unos salteadores asesinaron al cochero, ordene que le den cristiana sepultura, indemnice a la familia y luego me busca, tenemos algo urgente por hacer.
Schneider era el lugarteniente de Cony; de baja estatura, la misma edad de su jefe; aventurero que había navegado por todos los mares conocidos, mujeriego, consumado espadachín y conocedor innato del arte de la guerra; recitaba a menudo pasajes bíblicos y alguna vez fue oficial de los ejércitos de un príncipe caído en desgracia; sin hacer preguntas abandonó la casa y marchó a cumplir las ordenes recibidas.
Un hombre de origen oriental llevando un fardo de leña, entró en ese instante e hizo un reverencial saludó a Conrad.
-Buenos días Conrad san, he visto que el honorable cochero ha partido al gran vacío.
-Sí Sato, lo asesinaron uno salteadores.
Sato, era el nombre de aquel originario de las tierras de Japón, exactamente de la isla de Kagoshima, a donde en mil quinientos cuarenta y tres llegaron por primera vez navegantes portugueses; años más tarde arribaron los misioneros cristianos con Francisco Javier como el más importante. Desde muy niño y por orden de su señor feudal, él y su familia fueron obligados a

convertirse al catolicismo; comarcas enteras también lo hicieron a adoptar la religión de los foráneos; así, los príncipes nipones pretendían lograr el apoyo militar de los portugueses. Con la investidura de Samurai y Hatamoto, Sato sirvió a Hideyosi, príncipe de Osaka y dueño del puerto de Sakai; el devenir de los acontecimientos hizo que Hideyosi fuera honrado en mil quinientos noventa con el título de Shogún o señor de todos los feudos y comandante de los ejércitos imperiales. Antes de morir, en mil quinientos noventa y ocho, Hideyosi expulsó a los misioneros jesuitas al tener conocimiento de sus actividades en la inquisición y en el tráfico de esclavos africanos hacia las tierras de América. Muerto Hideyosi se presentó una cruenta guerra feudal que destronó la supremacía de los señores de Osaka; el príncipe Yeyasu del linaje de los Tokunagua, príncipes de Tokio, llega al shogunato y ante la negativa de los españoles de firmar un tratado de expansión marítima entre Japón y las islas Filipinas, el Shogún, en mil quinientos trece proscribió el cristianismo en Japón, deportó a los misioneros europeos y ordenó que todos lo japoneses cristianos y sus familias fueran pasados por las armas. En la gresca Sato perdió a su familia y hubo de salir apresuradamente de su país natal, embarcándose en una nave española acompañado de algunos frailes que habían sido sus maestros de religión. Durante el viaje conoció a Schneider, a Conrad y al resto de los que ahora eran sus amigos. Al verlo con los maderos en los brazos Conrad preguntó
-¿Con el frío tan espantoso que está haciendo, vas a tomar el baño?
-Hay, honorable Cony –contestó y siguió rumbo al cuarto de baño.

Después de unas cuantas horas Schneider regresó acompañado de un joven que tendría escasos quince años.

-Señor, he cumplido su mandato tal cual me indicó; nuestro buen amigo Anton recibirá cristiana sepultura y sus pequeños hijos no sufrirán penurias por el resto de sus vidas; ordené legalizaran a nombre de la viuda varios acres de tierra y la casas donde viven.

-¿Y el joven? –preguntó Conrad refiriéndose al acompañante de Schneider.

-Es el hijo mayor del difunto Anton, insistió en que lo trajera, desea hablar con usted.

-¿Cuál es su nombre muchacho? –indagó Cony

-Me llamo Georg, señor; le dije al señor Schneider que me trajera ante usted porque quiero que me dé un trabajo; soy el hombre mayor de la familia y ante la muerte de mi padre, mi madre y hermanos han quedado desamparados; creo que es mi obligación velar por ellos.

-Me parece un gesto muy noble y gallardo de tu parte, no sé si Schneider te explicó que ahora son dueños de la casa y tierras donde siempre han vivido y.....

El joven cortó impulsivamente las palabras de Cony.

-Sí señor Conrad, el señor Schneider me explicó muy bien lo de la casa y la tierra; pero señor, quiero trabajar, usted me puede contratar como cochero, mi padre me enseñó muy bien ese oficio, sé atender los caballos y reparar las ruedas de los carruajes; deme ese trabajo señor, le prometo que lo sé hacer y no se va a arrepentir de contratarme..

Conrad pretendía negarse, pero la mirada de su amigo le hizo cambiar de decisión.

-Está bien, vamos a hacer una prueba, ven pasado mañana y encárgate de los coches; tienes cinco días para probarme que puedes desempeñar esa labor.

Sin ocultar su alegría el mozuelo propuso:

-Si gusta señor comienzo ahora mismo, sé donde están las caballerizas.

-No, prefiero que acompañes a tu madre y hermanos en el sepelio de Anton. Espero que hagas las cosas igual que tu padre; el difunto era bueno en su oficio.

Georg salió presto de la casa; no parecía estar de duelo, la sóla idea de saberse cochero de tan distinguido señor lo hacía olvidar de sus penalidades. Los dos hombres vieron al joven perderse por el camino cubierto de nieve rumbo a su casa.

-Hermosos lo años de la juventud –pensó en voz alta Schneider.

.-Sí, es la mejor época de la vida – concluyó Conrad y agregó- necesito que te pongas en contacto con los demás miembros del grupo, me he comprometido en un trabajo y deseo darles a conocer lo pormenores; sé que a la mayoría le va a gustar la propuesta que les voy a proponer.

-Me puede adelantar algo.

-Sí –sonrió Cony – te va a gustar nuestra próxima empresa, vas a cumplir el sueño de visitar las Indias Occidentales.

-¿Aviso a todos los hombres?

-Sí, para este trabajo todos son de mucha utilidad.

Schneider debía ponerse en contacto con sus amigos diseminados por toda Europa. Buscar a Mariño de Souza, portugués que hacía de cartógrafo; a Pietro Costantini, veneciano navegante y experto en llevar bitácoras; a Adán Triana, español maestro en artillería; a monsieur Dubois, francés especialista en idiomas y

literaturas exóticas; al padre Ludwin Bauer, sacerdote luterano compañero incondicional de los aventureros; a Francisco el castellano, viejo astuto mañoso y borrachín, por el que Cony tenía especial deferencia y a Sato, encargado de los actos protocolarios; todos, hasta el mismo padre Ludwin eran consumados
señores del combate con espada.
-Mañana contacto los emisarios y envío los recados; calculo que dentro de dos meses a más tardar estarán con nosotros.
-El mensaje envíalo con notificación de urgencia – indicó Conrad.
Schneider abandonó el lugar; Conrad se dedicó por largo rato a mirar el lento caer de la nieve. Se sentía nostálgico, su afición a la aventura no era del todo fortuita; quienes lo conocían sabían que trataba de huir de recuerdos que le dolían en el alma; era adinerado y la consecución de sus bienes no tenían manto de duda alguno. Por ser heredero de ricos padres con títulos nobiliarios, la sociedad no le negaba el compartir los espacios exclusivos para la realeza, aun sabiendo que no ostentaba el título de conde por ser el menor de tres hermanos. El condado era de su hermano mayor y con él se llevó a la mujer que desde muy niño había asaltado su alma; una vez muerto su padre y recibida su herencia optó por exiliarse del lado de los suyos. Salió de su mutismo al escuchar tras de sí la voz de su fiel Natalia, anciana de origen ruso que hacía las veces de ama de casa.
-Señor, quisiera poder asistir al sepelio del bueno de Anton.
-Mañana temprano salimos para la casa que fuera del difunto; por nada del mundo faltaría para acompañar a su última morada a tan entrañable amigo.

CAPÍTULO II

Cinco días transcurrieron del sepelio de Anton. En la amplia sala de su casa, Conrad se encontraba reunido con Sato y Schneider; el oriental avivaba la llama de la chimenea mientras Schneider se mantenía en cómodo sillón. La estancia aparecía hermosamente decorada, se denotaba el buen gusto y la sutileza al escoger lo elementos de la ambientación; aunque traídos de diferentes lugares del mundo conocido, los objetos acomodados en anaqueles de madera, las pinturas que colgaban de las paredes, los finos muebles y el grueso cortinaje, daban el toque de distinción de un hombre del abolengo del cual provenía Conrad.
-Señores –dijo a sus amigos – el día de hoy voy a visitar en su casa al señor Schmidel y quisiera que en lo posible al menos uno de ustedes me acompañara; deseo dialogar con él para aclarar algunos detalles respecto al trabajo que nos encomendó. Schneider y Sato intercambiaron miradas.
-Si gusta podemos ir los dos –dijo el europeo.
-Me gustaría pero el coche solamente tiene dos plazas –aclaró Conrad.
- Si no hay inconveniente puedo viajar con el cochero –se ofreció Sato.
-Está bien, comunícale a Georg que aliste el carruaje, en diez minutos partimos.
dejaba de impresionarse cuando miraba a
con su traje de Samurai; la extraña ma-

nera de portar las espadas, la erguida y orgullosa manera de caminar y su rostro pétreo, sin denotar sentimiento alguno; la mayor parte del tiempo pasaba vestido y actuaba como occidental, incluso podía hablar en latín, portugués, español o alemán; pero una vez vestido con el traje de guerrero superior, su transformación era inevitable. Al salir de casa en busca del carruaje, Schneider dijo algunas palabras que se escucharon respetuosas.

-Honorable Sato, le cedo mi lugar en el coche; los nobles deben viajar juntos y no al lado del cochero.

Lo ojos del joven Georg se abrieron sorprendidos al ver a Sato, aunque ya desde antes lo conocía; hubiera partido a correr espantado a no ser por las palabras de su ahora patrón.

-Buenos días Georg, por favor llévanos a casa del señor Schmidel ¿sabes dónde es?

-Sí señor, es al otro lado del río –respondió sin dejar, de mirar a Sato

El joven permaneció por algunos segundos estático; salió de su marasmo al escuchar a Schneider, que al hablarle le colocó la mano sobre el hombro.

-Él es Sato y así se visten todos lo hombres en su país.

El joven ocupo su lugar sin dejar de mirar de reojo al oriental.

-¡Arre caballo!, dijo el joven golpeando las bridas sobre las ancas del noble bruto.

Después de haber transitado un buen trayecto, Sato rompió el silencio.

-Es buen cochero el muchacho, conoce muy bien el sendero.

-Sí, y observo que conduce muy bien al animal.

Muy pronto estuvieron ante la mansión del noble anciano, abuelo de Cristina.

-Pasen y por favor tomen asiento, esperen en tanto comunico al señor Schmidel que ustedes están aquí – dijo el mayordomo una vez los tres hombres estuvieron enfrente de la puerta de la casa.

Schmidel salió presto a recibir a los recién llegados; antes de saludar a su ya conocido Conrad, miró con curiosidad a Sato.

-Buenos días, señor Conrad. Señores, es un placer tenerlos en mi humilde morada. Noto que el señor es extranjero – se refirió a Sato.

-Son mis amigos de aventuras –aclaró Cony- el señor Schneider es nuestro compatriota –el aludido tendió la mano – el señor Sato es originario de las lejanas islas del Japón –el oriental hizo una profunda reverencia, luego estrechó la mano tendida de Schmidel.

-Como supongo que ellos lo van a acompañar a las Indias Occidentales, podemos hablar con tranquilidad sobre nuestro compromiso.

-Sí, entre mis amigo y yo no existen secretos; es más, quise que me acompañaran para que estén al tanto de primera mano sobre los compromisos que vamos a adquirir.

-Está bien, me gustaría que pasáramos a la biblioteca; tengo algunos nuevos documentos para enseñarles.

La entrada de Cristina distrajo la atención de los allí reunidos, los visitantes se pusieron de pie.

-Buenos días señores –saludó- espero no ser inoportuna, abuelo.

-No, de ninguna manera hija; el tema que vamos a tratar también es de tu incumbencia.

A Conrad se le antojó que estaba más linda que en su primer encuentro; lucía un tanto más madura y segura. Ella, una vez las presentaciones de rigor, caminó al lado de su abuelo hacia la biblioteca. Schmidel extrajo de su

escritorio un volumen de la Historia Indiana, escrita por Nikolaus Federmánn, (Nicolás Federmánn) quien fuera teniente de Ambrosius Ehinger (Ambrosio Alfinger) primer gobernador de Venezuela nombrado por la casa Wesler entre los años mil quinientos veintinueve y mil quinientos treinta y tres.

-Quisiera que leyeran este libro; mi hijo tuvo la idea de viajar a las Indias Occidentales una vez terminó de leerlo; creo que les puede ser de mucha utilidad.

Un leve ruido en la ventana no fue imperceptible para Schneider y Sato, que cruzaron cómplices miradas; Sato hizo un leve asentamiento con la cabeza, Schneider se puso de pie a tiempo que desenfundaba su daga, lanzándola con toda su fuerza contra la figura humana que se ocultaba tras los gruesos cortinajes de la ventana. El cristal voló en pedazos y con un grito de dolor el espía cayó sobre la nieve con la daga incrustada a mitad del pecho.

-Creo que alguien está interesado en que no encontremos a su hijo –dijo lacónicamente Conrad, a la vez que se ponía de pie parar salir de la casa.

-¿Porqué hace tal aseveración? –preguntó Schmidel.

-La primera vez que lo visité y cuando regresaba a mi casa, en el camino fui asaltado por forajidos; en ese desafortunado incidente perdió la vida mi buen amigo y cochero Anton. Con lo que acaba de acontecer estoy por creer que la acción de ese día no fue fortuita; alguien está interesado en que no se realice el viaje; o al menos desean saber el tema que estamos tratando.

-No creo que alguien se sienta afectado con el regreso de mi hijo – sin ocultar su preocupación indicó Schmidel y agregó- la preocupación por la suerte de mi muchacho solamente es
de interés de los miembros de la familia.

-Si no es muy indiscreta la pregunta ¿Cuántos familiares tiene? –indagó Schneider.

-Mi nieta, aquí presente, mis dos hermanos menores y los hijo de ellos – respondió Schmidel.

-¿Exactamente cuántos sobrinos señor?

-Dos señoritas y un joven – respondió diligente Cristina.

-¿Ellos saben de la búsqueda de su padre? –se interesó Conrad.

-Sí, fue a los que primero informamos de la intención de enviar personas a buscar a mi padre.

-¿Alguien más está al tanto de sus propósitos?

-No, creo que aparte de mis familiares nadie es sabedor del empeño que tenemos de encontrar a mi hijo – aclaró Schmidel.

-Señor, ¿cree usted que alguno de nuestros familiares esté deseando que mi padre no regrese? –se inquietó Cristina.

-Señorita, somos hombres de aventura que hemos viajado por muchas partes del mundo conocido, cuando nos empeñamos en una empresa o aceptamos una misión, únicamente interactuamos con personas de toda nuestra confianza y por experiencia comenzamos a dudar del resto de la humanidad; con los acontecimientos acaecidos creo que hasta su misma seguridad está en peligro – expresó Conrad.

Llegaron hasta donde yacía el espía. Schneider extrajo la daga, la limpió con las ropas del difunto.

– ¿Lo conoce usted señor? –preguntó al anfitrión.

-En mi vida he visto ese rostro.

-Razón suficiente para comenzar a extremar precauciones

– comentó Conrad y preguntó ¿el señor que sirve como mayordomo, tiene hijos o familiares cercanos?

-No, él es solo, no tiene familia ¿duda de él? –preguntó Cristina.
-Desde este momento dudo, como lo dije anteriormente, de toda la humanidad –respondió Conrad.
-Entremos a la casa o nos congelamos aquí afuera – indicó Schmidel.
Una vez dentro de la casa y cómodamente sentados, el atribulado padre continuó mostrando documentos, entre otros, la última carta enviada por su hijo y un extraño e incompresible mapa.
-Desde que leyó ese libro se le metió en la cabeza que el señor Federmánn había descubierto la ruta para llegar al mar del sur y que no lo hizo saber de sus patrones de la casa Wesler porque guardaba la esperanza de, una vez terminado su contrato de trabajo, regresar y explotar el descubrimiento; además, constantemente me hablaba de saber el lugar exacto donde se encontraba el Dorado; muchas veces intenté hacerlo entrar en razón para que no partiera, le recordé una y otra vez que era mi único heredero y que si bien mi fortuna no tenía el precio del Dorado si le era suficiente para vivir cómodamente por el resto de la vida; no valió recordarle que Cristina lo necesitaba; creo que a mi hijo no lo impulsó el interés por la fortuna, él siempre quiso la fama y el reconocimiento de la sociedad.
Conrad escuchó con interés las palabras de Schmidel, y una vez comprendió que el hombre terminó con sus reflexiones, le dijo:
-Si no tiene inconveniente, permítame llevar la documentación para evaluarla con detenimiento.
-No veo el porque no deba hacerlo; al fin de cuentas, de todo lo que logre saber sobre la suerte de mi hijo, es a usted a la primera persona que debo informar.

-Creo que es hora de marcharnos; le agradecería que lo antes posible consiga las cédulas reales que nos permitan navegar y transitar con tranquilidad por los territorios, mares y ríos de las Indias Occidentales; aunque trataremos al máximo no entrar en contacto con extraños; está dentro de lo posible que debamos en algún momento necesitar provisiones o puede suceder que seamos interceptaos por autoridades locales - comentó Conrad, poniéndose en pie.
-Trataré en lo posible de tener los documentos solicitados para nuestra próxima reunión. Antes de que se marchen, quisiera comunicarles mi deseo de invitarlos para el fin de semana, exactamente el viernes, al teatro del señor príncipe de Baviera; se va dar comienzo a la temporada de conciertos y me placería contar con su compañía.
-Aunque ya había recibido invitación personal del príncipe, créame que me agradará compartir palco con tan dignísimas personas –respondió Conrad, dando por entendido que los acompañaría.
Se disponían a salir cuando Cristina con mucho disimulo dijo algo al oído de su abuelo.
-Señor Sato, a mi nieta le gustaría tener una conversación con usted; se siente atraída por la cultura de los lugares de oriente y me pide le solicite si accede a visitarnos el día de mañana - pidió Schmidel.
-Con inmenso placer estaré aquí como lo pide la distinguida dama – respondió el oriental con respetuosa reverencia. Salieron de la casa y ya el joven Georg los esperaba para partir.
-Señor, en tanto ustedes estaban dentro de la casa, alguien merodeaba oculto entre esos árboles – señaló el joven la tupida arboleda que cubierta por la nieve se encontraba a alguno metros de la mansión.

-No cabe la menor duda, nos están espiando y no son novatos; el hombre que eliminé, por las armas que llevaba encima creo que era un hombre de guerra – expresó Schneider.

-Lo que debemos saber a la menor brevedad posible es quien está tras nosotros; sugiero comenzar a investigar al sobrino del señor Schmidel y proveer seguridad a la señorita Cristina – dijo Conrad.

-¿Cree que sea el sobrino? –preguntó Sato.

-No estoy seguro, pero si no regresa el hijo del señor Schmidel, la única heredera de la fortuna es Cristina y si ella muere en un accidente, teniendo en cuenta que los hermanos de Schmidel ya son pasados de edad, el mayor beneficiado, el que podía acceder a la herencia es el sobrino; es el único varón de la familia. Otra de las posibilidades que debemos sopesar es que alguien más esté interesado en viajar a las Indias Occidentales y apropiarse del tal Dorado descubierto por Federmánn, o que alguna compañía quiera explotar las rutas del mar del sur. Lo mejor que podemos hacer es vigilar al sobrino en cuestión–expresó Conrad.

-Mañana ordeno a uno de nuestros hombres que tome cartas en el asunto; de esa manera nos podemos anticipar a la próxima jugada que pretendan hacer en caso de que sea él el interesado en sabotear nuestro trabajo –dijo Schneider.

-¿A quién piensa delegar ese trabajo? –preguntó Conrad.

-El más indicado es el joven Mauricio de Borgoña; tiene una capacidad increíble para infiltrarse en las altas esferas de la sociedad –indicó Schneider.

-Me parece buena la elección; ese joven es capaz de sacarle información hasta a una estatua de piedra - aprobó Conrad.

Abordaron el carruaje y se dirigieron a su lugar de residencia.

El viernes, elegantemente vestidos Conrrad y sus amigos, llegaron a cumplir la invitación de Schmidel que solícito presentó a los demás miembros de su familia. Las dos primas de Cristina, a juicio de Schneider, de seguro iban a morir sin conocer los placeres del amor; pasaban de la edad de casarse y no eran lo bastante agraciadas como para que algún aventurado hombre quisiera hacerse a la fortuna que de seguro heredarían a la muerte de su padre; el primo, que desde días atrás estaba siendo seguido por el joven Mauricio de Borgoña, era un hombre de veinticinco años; el modo como colgaba la espada del cinto denotaba su capacidad para el arte del esgrima.

-Cualquiera porta un acero, pero llevarlo como debe ser, muy pocos lo hacen; un florete, un sable, una daga, se pueden incluir como parte del atuendo, pero una espada a distancia precisa para ser desenfundada con rapidez, solamente los buenos esgrimistas la llevan a la medida - comentó Conrad, refiriéndose al primo de Cristina.

Las miradas de los asistentes al concierto se fijaban en Sato, algunos lugareños lo habían visto antes o escucharon hablar sobre él; sabían que hablaba perfectamente el latín y se defendía sosteniendo una conversación en alemán; Cristina, que el día anterior dialogó toda la mañana con el oriental, procuró estar junto a él para presentarlo a los que deseaban conocerlo; uno de ellos fue su Primo Rafh.

-He escuchado historias asombrosas sobre los espadachines orientales y sus extrañas armas de combate; dicen muy bien de la efectividad de sus [illegible] usted desenfundar la suya para co-

nocerla? -solicitó Rafh.
-No es lugar adecuado para enseñar una espada; además, la catana de un samurai sale de su funda solamente cuando un hombre va a perder la vida –dijo secamente Sato, haciendo reverencia ante su interlocutor.
La intervención de Schneider distrajo su atención.
-Es hora de entrar al teatro.
Cristina regresó al lado del abuelo y tomándolo del brazo ingresaron al recinto.
El bullicio normal de las personas cesó una vez el director levantó la batuta. El pianisimo y el posterior fortisisimo de la interpretación produjo el sobresalto de la concurrencia. A Sato le deleitaba sobre manera el cadencioso movimiento del arco sobre los instrumentos de cuerda; no alcanzaba desde su lugar a individualizar el sonido de las diferentes voces, pero las disonancias le recordaban cuando siendo niño el fraile Juan le intentó enseñar algunos cánticos religiosos; en ese entonces le era difícil pronunciar la palabras del latín, idioma nuevo para él. El fin de la primera pieza musical y el comentario de sus vecinos de palco lo sacaron de sus recuerdos; miró a su lado y se encontró con la agradable sonrisa de Cristina; Sato muy pocas veces sonreía, pero no le quedó más que responder al amable gesto de la joven.

CAPITULO III

-Bon jorno, caro amigo – se escuchó la voz de Pietro Constantini una vez entró a la casa y se encontró con Conrad.
El abrazo fue efusivo y fraternal; el saludo de Dubois fue menos caluroso.
-¿Cuántos faltan por llegar? –preguntó el genovés.
-Son los primeros dos que se presentan; el único que no se ha dado por enterado es el viejo Francisco de Castilla –indicó Conrad.
-Ese viejo mañoso debe de estar prisionero en una mazmorra en algún castillo de España o Portugal donde gusta frecuentar, o a la mejor anda tras los pasos de alguna vieja pechugona, como llama a las mujeres bustonas que según él le hacen perder la razón. –jocosamente comentó Pietro.
-¿Qué ha sido de tu vida en estos meses que hemos estado ausentes? - preguntó Conrad a Dubois.
-Desde que recibí tu misiva he estado documentándome sobre los lugares que vamos a visitar; en algunas bibliotecas logré compilar documentos y mapas que nos pueden ser de mucha utilidad, en su momento los pondré en conocimiento del grupo para que Marino de Souza los analice y pueda extraer los datos que nos sean de utilidad.

-Formidable –comentó Conrad y sin ocultar su ansiedad preguntó - ¿Has sabido sobre la suerte de Madame Helena?
Sabiendo que su respuesta iba a destrozar a su amigo, Dubois trató de disimular con un consejo.
-Siempre te dije que esa no era mujer para un aventurero como tu, ella pertenece a otro mundo; un hombre que navega por todos lo mares conocidos batiéndose a espada con enemigos casuales no puede brindarle felicidad a una dama de tan alta alcurnia, sin desconocer, amigo mío el noble linaje que ostentas desde cuna.
-No has respondido a mi pregunta – recalcó Conrad.
-El mes pasado ella se unió en matrimonio con un *adinerado comerciante de París.*
Conrad respiro con dificultad, quiso decir algo pero las palabras se le anudaron en la garganta.
-Eres un caballero muy apuesto, adinerado y de linaje; cualquier hermosa dama de la alta sociedad se sentirá halagada si la pides en matrimonio –expuso Pietro.
-Luego seguimos dialogando –comentó Conrad en tanto abandonaba la estancia.
-Nuestro amigo irá con ese amor hasta la tumba –dijo Dubois.
-Nunca pude entender el porqué no formalizaron su relación; pertenecen a familias con títulos nobiliarios, se amaban, son de la misma edad, ¡que alguien me explique por favor! - expuso Pietro.
-Más que diferencias de clases, esa relación fue afectada por inconvenientes religiosos; como sabemos, nuestro amigo y su familia profesan la fe cristiana luterana y la parentela de madame son católicos fieles seguidores del Papa –explicó Dubois.
-Lo único que quedó claro es que a nuestro amigo, sin

querer, hoy le clavaste una daga en el alma y esa herida le será muy difícil hacerla sanar – comentó Pietro en tanto salía de la sala.
Días después, luego de la llegada de los demás miembros del grupo, se reunieron para tener conocimiento de los pormenores del trabajo ofrecido.
-Quisiera saber lo resultados de la investigación adelantada
por el joven de Borgoña –solicitó Conrad.
Schneider se sintió aludido y respondió.
-Ha quedado establecido que el señor Rafh Schmidel está interesado en conocer los pormenores de nuestro futuro viaje. En sus averiguaciones el joven Mauricio se enteró de que el personaje que nos espiaba en la casa pertenecía a una banda de forajidos con la cual nuestro hombre tiene extraños vínculos. Lo que no está claro es si desea el no regreso de su primo, o quiere conocer pormenores de nuestro periplo para salir en busca del tesoros.
-Comunícale al joven Mauricio que no pierda de vista a Rafh –ordenó Conrad y continuó – para conocimiento general, la empresa que nos proponen realizar es ir hasta las Indias Occidentales en busca del hijo de un acaudalado hombre de negocios; el joven en mención partió hace algunos años y no se ha tenido noticias sobre la suerte corrida; puede ser que esté con vida o a lo mejor ya se encuentre muerto y enterrado; nuestra misión es traerlo de regreso con el padre o en su defecto, compilar la mayor información real sobre su suerte.
-¿Y si se lo tragó una fiera? –preguntó Pietro y agregó – me han comentado que en esas tierras existen serpientes gigantescas que se devoran a un hombre de un solo bocado.

-Esa es la razón de nuestra expedición, si a nuestro hombre se lo tragó una fiera o una serpiente como dice Pietro; debemos al menos saber en qué lugar sucedieron lo hechos, y si ya es difunto y podemos traer sus restos tanto mejor. Ahora, debo comunicarles que los recursos económicos para nuestro viaje son bien interesantes; el señor Schmidel ha ofrecido tres mil ducados, él paga los costos de fletar el barco y nos proporciona los documentos necesarios para poder viajar sin problemas legales; una recomendación que ha sido reiterativa desde el principio, máxima discreción; no me lo ha comentado, pero estoy seguro que Schmidel teme por su vida y sospecha de todo el mundo porque no sabe quién es la persona que puede atentar contra él; por esa razón le urge el regreso de su hijo.
-¿Como te enteraste de que el viejo está en peligro? -indagó extrañado Schneider.
-Las dos veces que he dialogado con él, siempre alguien oculto me ha apuntado con una pistola.
-¿Quién? –preguntó Sato
-El mayordomo –respondió Conrad y continuó – dentro de los arreglos que hasta ahora hemos acordado, si logramos encontrar riqueza, oro, plata, piedras preciosas, las repartiremos entre nosotros sin dejar parte para el señor Schmidel; si nos enteramos que el hijo está muerto debemos traer algún objeto personal que lo haya identificado en vida.
-¿Cómo lo vamos a reconocer? –se interesó Adán Triana, el artillero.
-Con el señor Sato y Schneider tuvimos la oportunidad de mirar una pintura de cuerpo entero de nuestro hombre; además, se nos proporcionarán pequeñas pinturas para que sea conocido por todos lo miembros de la expedición.

-¿Cuánto tiempo tenemos para reportarnos? –preguntó De Souza.
-Desde el momento de partir, un año exactamente.
-¿No es poco tiempo? –se preocupó Dubois
-Hice esa observación al señor Schmidel, pero no fue mucho
lo que pude hacer para lograr más tiempo.
-¿Cuándo partimos?, debo hacer los cálculos para el viaje - expuso Pietro el navegante.
-Con los primeros vientos del verano europeo debemos estar levando anclar rumbo a las Indias Occidentales.
-¿Dónde embarcaremos?
-Sugiero las costas de Portugal, en un puerto que no sea muy concurrido; de ese detalle se encarga el señor De Souza.
-¿Cuántos hombres van formar la tripulación? –pidió información Dubois.
- La elección y cantidad de los marineros y hombres en armas queda a cargo de Adán, él se encargará de la disciplina en el barco y la parte militar de la expedición; no creo que haya más de veinte tripulantes y cien soldados.
-¿De que tamaño será la nave? –preguntó Triana.
- Dialoga con Pietro para que elijan una nave con las especificaciones adecuadas para suplir las necesidades del viaje; además, quiero un presupuesto detallado de los costos de operación, flete, armas, alimentos, cantidad y valor de los cañones, en fin, ustedes deben saber exactamente a lo que me refiero. –concluyó Conrad y agregó- ahora debo retirarme, tengo un labor muy importante que desempeñar en las próximas dos horas.
-¿Qué tienes que hacer, te podemos ayudar? –se ofreció De Souza.

-No amigo mío, no lo puedes ayudar – intervino Schneider- está enseñando esgrima al joven Georg, cochero de la casa.
-Tamaño maestro se consiguió el muchacho –comentó Triana.
-Si le enseña lo depurado de la esgrima y de casualidad Francisco de Castilla le da algunas clases de las marrullas que sabe; dentro de algunos años será un verdadero peligro medir aceros con ese joven- expresó Dubois.
-Cuando el señor Conrrad termine con las clases del manejo de espada, me ha pedido que instruya al joven en el tiro con arco –dijo Sato.
Los presentes se miraron asombrados.
-Una máquina de guerra o un guerreo invencible está creando nuestro jefe, porque a mí también me pidió que enseñe al joven el uso de la pistola y el arcabuz – comentó Triana.
-Aciertan con lo de un buen entrenado guerrero ¿Se imaginan que cuando regresemos de nuestro viaje encontremos al señor Schmidel y a la linda Cristina descansando en sendas tumbas? Y ¿si no encontramos al hombre que vamos a buscar; a quién cobramos el excedente de nuestro contrato? El que quede al cuidado del anciano y la joven debe ser un muy buen hombre de armas y de nuestra entera confianza - explicó Schneider.
Los días siguientes y en espera que amainara el invierno, los aventureros se dedicaron a ultimar detalles del viaje. Dubois leyó una y otra vez los documentos que hablaban de las condiciones climáticas de las tierras que visitarían.
-No me imagino un lugar donde nunca cae la nieve y sólo se tiene lluvia o sol- comentó Sato.

CAPITULO IV

El sol matutino se encumbraba rápidamente sobre las copas de los altos árboles, las aves abandonaban sus nidos y remontaban los aires en busca de sus lugares habituales de alimento; el picoteo monótono de un pájaro carpintero que construía su nido en la rama seca de un árbol, la actitud atrevida del armadillo que, aun con la luz del día escarbaba cerca en busca de lombrices y raíces, el paso raudo de pequeños roedores huyendo de las aves de presa, el agitar de las aguas del pequeño pero caudaloso arrollo; ambientaban el asentamiento del reducto de indígenas Guayupe que habitaban el lugar. Minegua, joven de la tribu salió de la maloca; arco y flechas en la mano; debía tener sumo cuidado en el viaje que pretendía iniciar, lo indios Guahibos merodeaban la sabanas en busca de prisioneros para vender como esclavos a los españoles. Minegua miró al frente, las altas montañas se antojaban azules, lejanas, inalcanzables; no recordaba cuantos viajes había realizado desde niño; la primera vez viajó con su padre; en ese entonces, sus hermanos de sangre, habitantes de las altas cordilleras realizaban una fiesta en honor al dios Sol, viajaron de incógnitos, ocultos de los ojos de los misioneros españoles y sus soldados espías; si los religiosos se enteraran de que rendían culto al Sol, las represalias serían graves:

sin miramientos podían ordenar acabar con la vida de los pocos cuaracas guardianes de los conocimientos ancestrales. La voz de Indacure, su madre, atrajo su atención.

-Minegua, debes llevar alimento para el camino –le aconsejó.

El joven se acercó, Indacure pasó la mano sobre el rostro de su hijo para rectificar una de las líneas de la pintura de su rostro.

-No enfrente a los Guahibos, trate de evitarlos –le dijo, en tanto colgaba un crucifijo del cuello y acomodaba el fardo con alimentos sobre la frente de su retoño.

Los dos sabían que el crucifijo no era por fe cristiana si no por miedo a los españoles, que como era su costumbre solían requisar a las personas, y más a los indígenas que encontraban en los camino o que acercaban a las poblaciones habitadas por blancos; normalmente preguntaban al requerido su nombre cristiano y qué sacerdote lo había bautizado. Con tal cual otra recomendación Minegua inició la marcha; se encomendó a "ata" Ciminigagua, deidad de sus ancestros Muiscas, dios superior que no tenía representación, pero del que precedía todo lo creado. Pidió a "boza" Cibchacum para que no alterara los caudales de los ríos y le permitiera concluir el viaje sin contratiempos climáticos; invocó a "ta" Bochica, dios civilizador, para que alejara de su camino a "ubchijaca" Guahaiaoque, símbolo de la muerte, a "quijicha boza" Fomagata o Tomagata espíritu del fuego y a "qijacha mica" Suativa, dios de lo infortunios y las desgracias, espíritu del mal. Se internó en la tupida selva, vadeó algunos caños y pequeños ríos y después de varias horas estuvo en la orilla del imponente Ariari "oro, oro"; buscó en la vegetación el "potrillo" canoa pequeña y canalete en mano enfrentó la caudalosa corriente; cada vez que pasaba ese afluente del Guayabero entendía el miedo que los españoles tenían de vadearlo en invierno, se necesitaba ser experto boga para no sucumbir en las profundas aguas. Una vez pasó, ocultó la canoa en el lugar predeterminado para que otro miembro de la comunidad lo utilizara en caso de ser menester; se irguió, miró el camino ya recorrido, al fondo contempló la sierra de la Macarena; a su memoria llegó la triste historia contada por su fallecido padre, esa montaña semeja la figura de un indio acostado que en vida se llamó Camazagua; fue un guerrero intrépido e inteligente; tomó por esposa a la bella joven Queres; Camazagua murió de tristeza al comprobar que su hermosa mujer lo engañaba con su propio hermano Amarizagua.

Minegua salió abruptamente de sus pensamientos; algo le indicaba que su vida corría peligro, el olor a tigre era inconfundible, fácilmente de reconocer en medio de la selva; entendió la razón por la cual el felino lo había detectado en medio de la vegetación, regresó al agua y se zambulló rápidamente hasta desprender el sudor que cubría su cuerpo a causa del trabajo de remar, salió a la orilla y su olor se confundió con los olores de la selva, su aroma corporal ahora era de árboles, de hojas secas, de flores silvestres –si los blancos se bañaran todos lo días las fieras no los atacarían; esos tipos en verdad huelen mal –pensó. Retomó el camino, pasó cerca de algunos asentamientos de sus hermanos de sangre, se enteró que de tierras lejanas estaban llegando prisioneros esclavos con la piel

negra como la noche y que algunos indígenas indómitos de servir a los blancos estaban siendo llevados a trabajar hasta morir en la extracción de oro en minas de lugares extraños. Minegua comenzaba a caminar por parte empinada, lo sinuoso del camino hizo que tomara un corto descanso, regresó su mirada hasta contemplar la inmensa llanura que se mostraba ante sus ojos; había caminado siguiendo la orilla del río Ariari, esos senderos eran conocidos por los Guayupe desde tiempos inmemoriales; para ellos visitar y comercializar con sus hermanos Muiscas del altiplano era relativamente fácil; en antaño, era normal intercambiar pieles, plantas medicinales, animales exóticos; por sal, esmeraldas y otros artículos. Desde su lugar, Minegua pudo ver el montículo que su padre le enseñara a distinguir siendo niño.

–Hijo solamente un hombre blanco sabe el secreto que se oculta cerca de esa gran roca, los hombre de piel como la luna han buscado y seguirán buscando lo que nos fue dado a guardar por nuestros hermanos Chibchas; allí, bajo esa gran roca, están todos lo tesoros del templo de Suamox, incendiado por los soldados blancos Miguel Sánchez y Juan Rodríguez Parra, que a la sazón pertenecían al ejército invasor de don Gonzalo Jiménez de Quesada; por estas tierras hijo mío, han pasado muchos hombres blancos buscando el tan anhelado Dorado; los ríos, los pantanos, los tigres, las serpientes, las fiebres, dieron buena cuenta de muchos de ellos; otros, como al señor don Hernán Pérez de Quezada, que asesinó sin consideración a Aquimín, último gran Zaque, junto a sus caciques, Toca, Motativa, Samacá, Boyacá, Tuta y Turmequé; contra él, el dios Cibchacún tomo venganza y lo mató

con fuego del cielo.

A Minegua siempre le había causado curiosidad saber quién era el blanco que sabía la ubicación de los tesoros; meditó por corto tiempo y continuó la marcha, su presencia como príncipe Guayupe era necesaria en la celebraciones religiosas que en honor a Bochica ofrecían los últimos herederos Muiscas o habitantes del país de "Xeriras", conocido así por
los primeros europeos llegados al nuevo continente y del cual hacían parte comunidades como los Guanes, Panches, Gualíes, etc. En tanto caminaba hilvanaba recuerdos de su niñez; entretejía su memorias; como hijo de caciques Guayupe era depositario de si no todos, sí muchos secretos celosamente guardados desde la noche de los tiempos; aunque su lengua original era el Arawak, la cercanía de su comunidad con los Muiscas del altiplano los obligó a adoptar costumbres culturales afines, una de ellas el idioma chibcha; además, podía sostener una conversación en Quechua ya que su padre le enseñó ese idioma para cuando viajara a hacer tratos con lo habitantes de las tierras de los Incas; conocía la mayoría de los dialectos de los asentamientos indígenas cercanos a sus congéneres; el curaca lo adiestró en conocimientos de plantas medicinales y comunicación con los espíritus de sus antepasados, en dialogo con sus ancestros podía adivinar la llegada de extraños a sus tierras. Se detuvo, guardó silencio y agudizó sus sentidos, escuchó maldiciones, quejidos de dolor, cascos de caballos, el zumbido del látigo cortando el aire y abriendo heridas, llanto de mujeres; se desvió de la senda y adelantó a los marchantes; camuflado tras el tronco de un grueso árbol vio pasar la penosa e ignominiosa caravana.

Un oficial español montando brioso caballo abría la procesión; tras él, una larga fila de indígenas atados de cuello y manos, de tumbo en tumbo trataban de seguir el ligero paso del noble bruto; soldados de a pie fustigaban con gruesos fuetes a los prisioneros que caían o que abandonados por las fuerzas preferían la muerte a continuar soportando el ultraje; a los infelices que no podían continuar, un corpulento soldado se acercaba y los degollaba como a cualquier vulgar animal, soltaba las ligaduras y dejaba el cuerpo para alimento de fieras y carroñeros. Gruesas lágrimas de dolor rodaron por las mejillas de Minegua; entre los prisioneros vio gentes de varias etnias, tal vez de todas las que él conocía, menos la de los malditos Guahibos; el corazón quiso salir de su pecho cuando una mujer quedó abatida por un certero disparo de pistola que le hirió en la espalda al querer aferrarse con desesperación al cuerpo de su amado degollado; los prisioneros no tenían tan siquiera tiempo de llorar sus muertos; los pies descalzos de los infelices, lacerados por las extenuantes jornadas, pisoteaban el lodo, y las raíces de los árboles infringían nuevas heridas; el látigo chasqueaba y amenazante el verdugo maldecía a sus víctimas. Una vez la caravana de camino a la muerte hubo desaparecido, Minegua abandonó su escondite; de la mejor manera sepultó los cuerpos, oró a "quijacha ata" Cuchavira; mediador entre los dioses y los hombres, y entregó el alma de los suyos al eterno cosmos. Sus pasos ya no eran alegres , el dolor de la impotencia le lastimaba el alma; si los suyos hubieran querido, desde la llegada de los blancos todos ellos serían sepulcros perdidos en medio de la selva; cuando llegaron, le relató alguna vez su padre, fueron bien recibidos; cuando la fatiga los afligió, los cargaron en andas, calmaron el hambre, ofrecieron sus malocas y chozas para que se repusieran del largo viaje; sus mejores atuendos vistieron para recibirlos, les avisaron de no transitar por lugares donde merodeaban indígenas antropófagos; aceptaron su religión, aunque la señal de la cruz ya la conocían pues estaba grabada en el báculo de aquel hombre de luenga barba blanca, ojos azules y piel como la luna llamado Bochica que les enseñó a amar y respetar a un sólo Dios, cultivar la tierra, tejer el algodón, respetar la vida y bienes de sus hermanos, entre tantas otras cosas. Ahora, desde hacía muchas lunas, sus atenciones las pagaban con dolor; el otrora esplendor de sus antepasados, arrasado; entre los guayupe se contaron recios capitanes de guerra, diplomáticos que mantenían en contacto a las tribus de los llanos con lo habitantes de la altiplanicie, hombres dedicados al cultivo de mandioca amarga (yuca brava) maíz, tabaco, fríjol, maní, algodón, ají y bataba, cazadores que se internaban en la selva en busca de venados y otros animales; todo había desaparecido, ahora sus semejantes estaban supeditados a obedecer las directrices de los encomenderos radicados en San Juan de Arama y San Martín, que aun después de tanto tiempo de su llegada insistían en la adquisición forzosa de oro y piedras preciosas.

CAPITULO V

El barco fondeado en la pequeña bahía era lo suficientemente grande como para iniciar la travesía con rumbo a las islas occidentales; eso comentó el español reclutado por Adán Triana y de quien se decía había viajado varias veces en esa ruta; con setenta metros de eslora y quince de manga, el barco se mecía al vaivén del suave oleaje; cuatro troneras a modo de ventanillas a estribor y cuatro a babor, arriba de la línea de flotación dejaban ver que el barco no era de guerra, ya que a simple vista su arsenal de artillería no era de ataque si no de defensa; en pequeños botes la tripulación trabajaba afanosamente cargando desde tierra lo necesario para el viaje. En cubierta, Pietro y De Souza ultimaban los detalles de la ruta; Dubois, acompañado de Conrad, desde días atrás marcharon para tratar de encontrar al viejo Francisco; Schneider, Sato y los otros colaboraban a los marineros para poner a punto el barco.

-Cuando regrese Cony, podemos partir cuando lo disponga, lo referente a nuestro trabajo está concluido- comentó Pietro a De Souza.

-Tendremos que esperar algunos días, los encargados de cargar el barco aun no terminan de subir la carga – dijo De Souza.

-Cuando estemos en marcha me gustaría tener una

conversación con el marinero que ya navegó por esos mares –expresó Pietro.
-¡Marinero! -gritó de Souza a un corpulento hombre que descargaba un pesado barril sobre cubierta.
-¡Mande señor! –respondió el hombre.
-¡Dígale al señor Adán Triana que nos urge dialogar con él!.
El hombre asintió entendiendo el mensaje y abordando el bote regresó a la playa; pasada media hora Adán se presentó en cubierta.
-¿Me has mandado a llamar ? –preguntó.
-Si, ya que tu lo conoce, quisiéramos poder dialogar con el marinero que ha viajado varias veces a las Indias Occidentales, puede brindarnos información que nos será de mucha utilidad –solicitó Pietro.
-Enseguida lo hago venir –dijo el español retirándose con prontitud.
El hombre que se presentó rondaba los cuarenta años, dio a entender que hablaba el idioma de Pietro y De Souza.
-¿Cuándo tiempo hace que realizó su último viaje a las Indias Occidentales? –preguntó De Souza.
-Hace dos años señor, en un barco de compatriotas suyos transportamos un cargamento de esclavos africanos hasta las costas del Brasil; después de ese viaje, juré no volver a embarcarme en un barco de esos – comentó el hombre.
-¿Porqué? –se interesó Pietro.
-Señor, es muy triste ver llorar a los hombres; desde muy niño mi vida ha sido el mar; en mi temprana juventud navegué por las costas de África y conozco algunos dialectos regionales; en las noches escuchaba los lamentos y las voces de esos desgraciados que sin ningún delito a cuestas eran conminados a la esclavitud, ¡por los clavos del señor Jesucristo! Lo que se hace con esos pobres seres es un pecado horrendo.
-Estamos de acuerdo en su apreciación –dijo Pietro para tratar
de calmar al hombre- pero como usted ve, no transportamos esclavos y creo que el señor Triana le explicó el objeto de nuestro viaje.
-Sí, vamos en busca de un señor alemán que a lo mejor se lo pudo haber tragado un tigre o una serpiente – comentó despreocupado José de Jesús de la Santísima Trinidad Espinel.
-¿Cómo una serpiente? –preguntó De Souza un tanto asustado -¿Allá las serpientes se comen a los hombres?
-Y aun caballo si se descuida, he escuchado comentarios de que se han visto serpientes tan grandes que se podían devorar un barco entero.
-¡ Madona mía! –exclamó Pietro.
-Eso no es todo, en algunos lugares de esas tierras aun viven hombre que no conocen la Santa Biblia; con flechas envenenadas atacan a los forasteros y los llevan a sus casa para devorarlos. En la bocana de un gran río llamado Orinoco, habitan indios de verdad feroces, los llaman Caribes; créanme, más de un fraile ha terminado como almuerzo de esos seres infernales.
De Souza y Pietro se miraron, pero no hicieron comentario alguno; sobre la mesa desenrollaron algunos mapas y optaron por cambiar de conversación.
-Esta es la ruta que pretendemos seguir –dijo Pietro señalando el mapa.
Se pretendía navegar pasando entre las islas Madeira, Canarias y el continente africano; una vez cerca de

las islas de Cabo Verde abandonar la cercanía del litoral africano e ir directamente a las costas venezolanas.
-El señor Adán me ha comentado que este viaje es casi
secreto, lo que hace que se deba evitar atracar en algunas islas donde se obtienen provisiones; ese sencillo detalle nos pone en una ruta frecuentada por barcos negreros y piratas; por lo que he visto, no tenemos artillería suficiente para enfrentar un posible ataque de bandidos; nos favorece que el barco no lleva mucha carga y podemos ganar velocidad si sabemos aprovechar los vientos alisios del norte.
Durante el resto del día debatieron la mejor manera de hacer el viaje evitando peligros innecesarios. Caía la noche cuando regresaron Conrad y Dubois; se apearon del coche ayudando a caminar al viejo Francisco, que botella en mano, decía cosas incoherentes.
-Si mi amiga no me acompaña no viajo en ese maldito barco ¡Katia! Exijo ver a ¡Katia!
Del carruaje saltó una pequeña perra negra con manchas blancas, o tal vez blanca con manchas negras; el animal atendiendo los llamados de su amo llegó junto a él, el hombre abandonó la ayuda de sus amigos y cayó de bruces sobre la arena; Katia lamió una y otra vez el rostro del viejo ebrio que trastabillando se puso de pie desenfundando su espada, gritando:
- ¡Que vengan, dónde están los bandidos, con quién tengo que batirme!
Caminó hasta llegar el agua y cayó dormido.
-Pronto, recójanlo que se puede ahogar-ordenó Conrad a los hombre que merodeaban en la playa.
Intentaron acercarse pero con furia inusitada Katia no permitía que lo hicieran. Uno de los hombres se

gresó al agua y cargó a cuestas al viejo dejándolo con sumo cuidado dentro de uno de los botes. Katia dejó de ladrar y subió al lado de su amo.
El alba despuntaba cuando la voz de Adán se escuchó imperiosa.
-¡Marineros a la mar! ¡Desplegar velas! ¡Núñez y su gente al madero Trinquete! ¡Cabrera al Mayor! ¡Do Santos al Mesana! Iniciamos a navegar con la vela gavia, el velacho y la sobre mesana; elijan los vigías de cofa, revisen las bolinas y los motones, aseguren los estay.
La algarabía de los marineros se antojaba ensordecedora, tanto que la voz de Schneider no se escuchaba aun cuando hablaba a gritos; después de unos minutos y cuando la nave se ponía en movimiento logró ser escuchado.
-Lancen un bote al agua, nos falta alguien por embarcar.
Desde la playa un hombre hacía ingentes esfuerzos llamando la atención de los tripulantes del barco; Pietro lo reconoció al instante.
-Es el joven Mauricio de Borgoña –el italiano alertó a los demás –se nota apurado en embarcarse.
No era para menos; el corcel en el que llegaba tenía los ojos desorbitados e hinchaba el vientre tratando de recuperar aire a causa de la desesperada carrera a que lo había sometido su dueño; a lo lejos varios jinetes se acercaban rápidamente; después de algunos minutos y ante la cercanía de sus perseguidores, el joven Mauricio se lanzó al agua al encuentro del bote que ya iba en su busca.
Varios disparos de pistola se escucharon y el desesperado joven ya subía a cubierta.
-Problemas –le comentó Schneider.

padre y los hermanos de una dama que días atrás conocí en Lisboa insisten en mi deber de casarme con la señorita
para reparar no se qué ofensa.
-Las mujeres mi querido y buen amigo van a ser tu perdición –comentó Conrad en tanto se acercaba a Mauricio.
-Es que la mayoría quieren que las lleve al altar y no estoy en edad de adquirir responsabilidades.
El barco salía tranquilamente de la pequeña ensenada; la voz de alerta del hombre de cofa del palo mayor inquietó a los hombres en cubierta.
-¡Barco a la vista! ¡Es una nave de guerra con la bandera de su majestad el rey de España!
Efectivamente, el enorme barco salía de detrás de los altos peñascos y se interponía en la ruta de los aventureros. El nerviosismo de la tripulación era evidente, la mayoría tenía alguna deuda legal con la corona; Mauricio en su desesperación se dispuso a saltar al agua; la voz del vigía lo hizo abandonar su propósito.
-¡Una embajada del barco de su majestad solicita permiso para abordarnos!
-¿Solicitan permiso? –se preguntó en voz alta Mauricio -con un sólo disparo de uno de sus cañones nos pueden mandar al infierno.
-Estamos en aguas del dominio del virrey de Portugal, duque de Braganza, si ese barco deseara hundirnos ya lo hubiera hecho –aclaró Schneider.
Con las debidas señales por medio de banderas se autorizó el abordaje de la embajada del imponente barco de guerra. Un oficial y cuatro marineros en cuestión de minutos estuvieron frente a Conrad.
-¿El Señor Conrad Schmit? –preguntó el oficial español.

-A su mandar –se presentó Cony
-*Su majestad don Felipe III le envía sus saludos; el* señor capitán de mi barco me ha comisionado para hacerle entrega de las cedúlas reales que le permitirán transitar por los territorios y navegar por los mares de las Indias Occidentales, con la correspondiente aclaración de que este barco podrá ser requisado en alta mar cuando los oficiales navales de su majestad así lo dispongan, y que todos los bienes adquiridos como oro, plata y piedras preciosas, deben ser declarados y pagado el impuesto a las arcas de su majestad.
Después de las recomendaciones, el oficial abandonó el barco y regresó a la imponente nave de guerra.
-Si el rey de España no estuviera en dificultades económicas y no fuera descendiente de los Habsburgo y por consiguiente de Carlomagno, nunca hubiera dejado que un protestante viajara a sus dominios -expuso Conrad y agregó en voz alta- ¡Señores la aventura nos espera!
-¡A toda vela! - ordenó Adán.
Los días pasaban monótonos; el único que se entretenía era Dubois, leía y releía un obra literaria de la cultura anglo normanda, que hablaba de los viajes de San Brandón y, entre otras cosas, narraba la existencia de un pez tan grande como una isla. La voz del vigía alertó a la tripulación.
-¡Tormenta a estribor!
La mirada de los hombres se direccionó al lugar indicado por el hombre de la cofa de mesana; efectivamente ya el viento llegaba con fuerza sobre cubierta.
-¡Arriar las velas! -ordenó Adán. El frenesí de la acción fue inmediato.
-¡Dejen desplegada la vela cuchillo, vamos utilizar los

primeros vientos de la tormenta para orzar el barco y que no nos lleve a la costa! ¡aseguren la carga! ¡Señor Martél, baje a la santa Bárbara y esté pendiente de la pólvora y municiones! ¡Timonel no pierda el curso!
Lo gritos de Adán fueron a pagados por el furor de las aguas que barrían la cubierta; la oscuridad reinó durante el resto del día. Dentro del camarote del capitán, Conrad preguntó al italiano.
-Pietro ¿Dónde crees que nos encontramos?
-Debemos estar bordeando las costas de África.
-¿Tenemos peligro de encontrar piratas?
-No, pero si el viento nos acerca demasiado a la costa podemos encontrar arrecifes y zozobrar.
- Quiera el Señor que eso no suceda.
-¿Será de noche? –preguntó Schneider- ya hace bastante tiempo que se inició la tormenta.
El sueño y el cansancio invadieron a la mayoría de los tripulantes; algunos hombres, los más avezados en las lides del mar, continuaban bajo las ordenes de Adán manipulando los cabos. El canto de un gallo encerrado en una vetusta jaula alertó a la tripulación; el primero en llegar a cubierta fue el viejo Francisco.
-¡Por las barbas de mi abuela gitana, vamos a la deriva! - gritó y se encaminó presuroso al alcázar del barco –¿dónde diablos está el timonel? – preguntó en voz alta.
José de Jesús de la Santísima Trinidad Espinel yacía tumbado aun lado del timón; un delgado hilillo de sangre rodaba por su frente, lo que indicaba que había sufrido un fuerte golpe. Francisco se apoderó del timón.
-¡Despierten vagos que nos vamos a estrellar contra los arrecifes! ¡ que algún infeliz ayude con las velas! -

–gritaba en tanto maniobraba el barco.
Katia la fiel perra ladraba insistente ante los gritos de su dueño. En cuestión de segundos la cubierta se llenó de hombres maniobrando el velamen. Después del impase y una vez retomado el curso, la voz del vigía de cofa de trinquete hizo que los tripulantes se congregaran en la amura.
-¡Náufragos a sotavento!
Varias personas flotaban con dificultad sobre los restos de un barco naufragado.
-¡Adán! Que un bote auxilie a esos infelices –ordenó Conrad.
La maniobra fue desarrollada con rapidez; los atribulados náufragos una vez en cubierta asombraron a los tripulantes. Tres hombres y una mujer de piel oscura, con grilletes en sus pies y un europeo cayeron exhaustos a los pies de Conrad. El primero en recuperarse fue le europeo, en portugués y pateando a los seres de color, con la mirada recorrió la cubierta en busca de algo contundente con que golpear a sus víctimas, y les ordenó:
-¡De pie infelices!
Con velocidad sorprendente el filo de la catana de Sato llegó al cuello del negrero; sin contener su enojo amenazó.
-Por los clavos de nuestro señor Jesucristo, si en mi presencia repite lo que acaba de hacer juro que por mi catana pierde la cabeza.
-Cálmese Señor Sato –con voz pausada pidió Schneider- este hombre está cumpliendo con su trabajo.
Sato fijó su rasgada mirada en Conrad. Los negros miraba sin entender lo que sucedía.

Adán, ordena que quiten las cadenas y los grilletes a los prisioneros, en este barco no navegan esclavos.
Dubois se acercó a los negros, pronunció palabras en diferentes dialectos africanos hasta lograr entablar comunicación; el europeo salvado de las aguas esperó que Sato quedara de espaldas, desenfundó su sable e intentó ultimar al oriental; la cabeza del infeliz que atacaba a traición voló por los aires y cayó al mar ante el asombro de los presentes. El fraile luterano elevó una plegaria por el alma del difunto.
-Arrojen el cuerpo al mar –ordenó Conrad.
Una vez sin cadenas, los negros se acercaron a Sato; la mujer tomando sus precauciones y sin quitar la mirada de los ojos del oriental, con delicadeza le tocó los brazos; miró el color de su piel y lo comparó con el propio. Los africanos hablaron en su idioma. Sato miró a Dubois.
-Nunca habían visto un hombre de piel amarilla, le agradecen lo que ha hecho por ellos –tradujo el francés.
- Tan sólo me anticipé; cualquiera de ustedes hubiera actuado de igual manera -aclaró Sato y se retiró del lugar.
Los negros fueron atendidos y provistos. Dubois les sugirió desempeñar algunos oficios, la mujer debía estar al tanto de las gallinas que en jaulas viajaban en las bodegas; los hombres ayudar en los trabajos de cubierta.
Reunidos en la cabina; Conrad dialogaba con De Souza y Pietro.
-Dentro de las rutas a seguir podemos llegar cerca a Cartagena de Indias e ingresar por el río de la Magdalena o por Coro Venezuela y retomar la ruta que en sus memorias habla don Nicolás de Federmán; cualquiera de esas opciones nos implicaría un gran desplazamiento por tierra; sugiero la vía del Río Orinoco –aconsejó Dubois.
-Adán habla de que en la ribera de ese río abundan lo indios Caribes, feroces y antropófagos –comentó Conrad.
-¡Barcos a estribor! -anunció el vigía. Los hombres abandonaron la cabina y regresaron a cubierta.
-¿Qué bandera llevan? –preguntó Adán.
-Son piratas, señor.
-¿Cuántos son y qué ruta llevan? –se interesó Conrad.
-Son cuatro y están cercando a dos galeones españoles.
El cañoneo de los agresores y la posterior defensa de los galeones llenó el ambiente de olor de guerra; los españoles en el navío hubieran querido pedir a su capitán salir en ayuda de sus compatriotas, pero de sobra sabían sus limitaciones, intervenir en esa refriega era asegurar un hundimiento rápido sin ninguna oportunidad de producir daño al enemigos. Alcanzaron a ver como uno de los galeones se precipitaba a las profundidades del océano. Años más tarde se enteraría Conrad que ese barco llevaba en sus bodegas los tesoros de los Incas del Perú.
Adán, José, y los demás españoles no pudieron evitar que las lágrimas inundaran sus ojos; hubiesen dado la vida por ayudar a sus hermanos. Con el mejor de los vientos se continuó su viaje.
Conrad, Dubois y Pietro se acercaron a Adán; ningún miembro de la tripulación escuchó lo hablado. La voz del jefe en cubierta se escuchó potente, decidida.
-¡Arriar las velas marineros! ¡vamos a reducir la velocidad, cuando los bandidos se retiren navegaremos en ayuda de los posibles sobrevivientes.

-El segundo barco ha sido abordado, se lucha cuerpo a cuerpo
en cubierta- avisó el vigía de la cofa de trinquete.
La desesperación se hizo angustiosa, los minutos eternos; luego lo inevitable, las astillas del segundo galeón volaron por los aires después de ser sometido a un cañoneo despiadado.
-Nos han avistado y se dirigen contra nosotros –gritó el vigía de mesana.
Cada uno de los tripulantes se concentró en su trabajo; debían poner agua de por medio con los asesinos del mar; acaso media hora bastó para no ver más en el horizonte el mastelero con el estandarte de la muerte.

CAPITULO VI

La época de verano había llegado a la llanura cuando Minegua se cercaba de regreso a la aldea. Los altos pajonales se tornaban dorados, los caños y ríos, antes de aguas amarillas en virtud de los sedimentos que arrastraban, ahora eran cristalinos y su bajo caudal hacía fácil vadearlos; el bullicio de perros y gallinas anunció la llegada del viajero.
-¡Regresó Minegua! –gritaron algunos niños y salieron al encuentro de su congénere.
Indacure esperó a su hijo en la entrada de la maloca; la mujer no podía disimular la tristeza que la embargaba; su hijo menor Amorigua agonizaba victima de la viruela. Minegua entró y contempló el deplorable estado de su hermano; el curandero agitaba la rama de una planta en la mano y recitaba oraciones tratando de retirar los malos espíritus.
-¿Desde cuándo está así? –preguntó Minegua.
-Dos días luego de su partida, el niño viajo a la encomienda de San Juan, a su regreso le comenzaron las calenturas; parece que en San Juan y San Martín gente blanca se ha muerto del mismo mal.
Minegua se retiró del lugar; sabia que sería un milagro de los espíritus si su hermano menor se salvaba de las calenturas; caminó algunos pasos hasta llegar frente a otro de los vetustos ranchos; la sonrisa de su joven

enamorada Marbachare le hizo olvidar momentáneamente el delicado estado de su hermano.

- Esto es para usted –dijo el joven entregando una delgada diadema de oro.

Marbachare recibió el objeto y lo colocó orgullosa sobre su

frente; sabía que de esa manera su enamorado le comunicaba que la pediría en matrimonio.

La joven novia rondaba en los quince años; no en vano los primeros europeos en llegar a los territorios Guayupe se impresionaron con la belleza de sus mujeres; se antojaba más alta que las demás aborígenes, su tersa piel canela y el esbelto cuerpo se acentuaban con el vestido de corteza de árboles o algodón que normalmente vestían; Marbachare exponía la amplia sonrisa de dientes bien cuidados heredada de sus ancestros indígenas; los ojos claros de su padre europeo " la princesa Marbachare no necesita conocer a los blancos, ella proviene de un blanco" era el comentario de los miembros de su comunidad.

La historia de los padre de la linda joven era contada a menudo por las mujeres viejas de la tribu; en verano, en noche de luna llena alrededor de una fogata, Minegua escuchó la triste historia de labios de su abuela.

-Como todos lo blancos –decía la vieja- él llegó a nuestra tierra en busca de oro y riqueza y de un tal Dorado; actuó diferente a los primeros que asolaban las tribus y esclavizaban a hombres, mujeres y niños y trajeron enfermedades que jamás habíamos padecido; nos hablaron de un tal Salomón que tenía no se cuantas esposas y de unas gentes de tierras lejanas donde sólo hay arena y que podían tener esclavos; esos hombre. habitantes de los desiertos asesinaron al hijo que

su Dios les envió para salvarlos del pecado; nuestros antepasados los atendieron bien, creían que eran familiares del gran Bochica; fueron recibidos y atendidos con benevolencia, les saciaron la sed, el hambre y descansaron en nuestras casas. El padre de Marbachare era de otro pensar, al menos después de conocer a Hondiquera; doy fe porque pude conocerlo. No ultrajaba a los indios, no sé porqué pero creo que no estaba de acuerdo con la manera como los frailes enseñaban la palabra de su Dios; se enamoró de Hondiquera y fue un verdadero problema; los jóvenes de la tribu y los capitanes de guerra querían asesinarlo; sus amigos blancos lo acusaron ante los clérigos y el hombre junto con su mujer, con la ayuda del padre de su enamorada huyó ocultándose en un lugar sólo conocido por algunos de nuestros abuelos; el padre de Hondiquera solía decir: " si no encontraron los tesoros, no encontraran al blanco de buen corazón". La historia de tal ocultamiento llegó a oídos del jefe de soldados de San Juan y, con una partida de sus hombres llegó e hizo prisionero al buen Kondagua, padre de Hondiquera y abuelo de Marbachare; los gritos y los lamentos a causa del tormento a que fue sometido para que confesara el lugar donde se ocultaban los enamorados, aun se escuchan en las noches de intenso verano.

-¿Que fue de Hondiquera? –en ese entonces había preguntado Minegua.

-Pasadas muchas lunas, de alguna manera se enteró de la muerte del padre y regresó trayendo en brazos a Marbachare; los españoles la apresaron y ante la negativa de decir el paradero del padre de su hija, la condenaron y enviaron como esclava a las minas;

dicen que al poco tiempo murió, se lanzó a un precipicio; no la atormentaba el inhumano trabajo sino la tristeza de haber perdido a los seres que tanto amaba.
La llegada de un vigía comunicando la proximidad de un séquito de soldados españoles alertó a los habitantes de la ranchería.
-¡Se acerca el encomendero con los soldados! – gritó el hombre.
Sin pérdida de tiempo, cada uno de los miembros de la comunidad colgó el crucifijo sobre su cuello, se alistaron para escuchar el largo sermón que de seguro diría el padre Federico y corretearon las gallinas para atrapar alguna y entregarla como diezmo. Marbachare, acompañada por un pequeño se internó en la selva cercana a la maloca.
El olor a sudor de hombre y caballo llenaron el ambiente. Se apearon y les fue calmada la sed. Sentado en el tronco de un árbol se escuchó la voz del encomendero.
-Vivimos tiempos difíciles, nos estamos quedando sin alimentos, estamos visitando a las tribus que hacen parte de la encomienda para informarles que deben aumentar su aporte de alimentos, carne y pescado; en lo concerniente a ustedes, su cuota de maíz ha sido aumentada en diez sacos.
-Diez sacos más de maíz –pensó Minegua- las tierras que cultivamos escasamente producen cien sacos, ya les estamos entregando la mitad, pretenden que con cuarenta sacos nos alimentemos.
-Aparte del aumento de los diez sacos, necesitamos que nos envíen varios hombres para que nos ayuden en la tarea de cuidar los caballos y reparar alguna casa que están a punto de caerse.

-La capilla también necesita reparación -intervino el padre Federico.
Uno de los soldados, el comandante tal vez, se acercó a Minegua y lo miró fijamente a los ojos.
-A usted nunca lo había visto.
-Él es un fiel creyente –intervino el religioso-ha sido bautizado y regularmente recibe la comunión.
Hasta entonces el grueso del grupo se fijó en el joven, los soldados veteranos contemplaron que la altura del indígena casi superaba la de su compatriota; recordaron las duras batallas libradas con aborígenes de esa misma talla.
-Ese joven nos puede colaborar en el cuidado de los caballos –indicó el encomendero refiriéndose a Minegua.
-Él no, lo tengo encargado de la obra misionera en su comunidad –objetó el sacerdote.
-Entre ustedes elijan a los que van a enviar y no olviden, la próxima vez son sesenta sacos de maíz
Luego de escuchar el sermón del religioso, la caravana continuó su marcha; debían visitar a todos los asentamientos indígenas diseminados por la ribera del río Ariari.
-Ya es hora de que encuentre una compañera y se unan en el sagrado vínculo del matrimonio –le dijo el religioso a Minegua en tanto montaba sobre la mula.
Los militares españoles al retirarse miraron de soslayo al joven príncipe Guayupe que sin inmutarse les sostuvo la mirada.
-¿Qué noticias nos trae de las altas tierras? -se interesó la madre de Minegua una vez su hijo estuvo a su

esperanza; los encomenderos nunca están

satisfechos con todo lo que se les tributa; en las tierras de Santiago de las Atalayas nuestros hermanos trabajan en los obrajes (telares) hasta casi morir; producen y producen piezas de lana y muchos de sus hijos han muerto de frío por no tener con qué ser abrigados; por todas partes los señores quieren fundar poblados; recuerdo las palabras de la abuela cuando me contaba como el señor Juan de Avellaneda fundó a San Juan de los Llanos en el año del señor de mil quinientos cincuenta y seis; primero ordenó construir las casas cerca al río Ariari y como en la temporada de lluvias el poblado se inundaba ordenó el traslado a la cordillera, y luego al lugar donde hoy se encuentra y que fundó don Federman; para ese entonces se llamaba San Juan de la Fragua. (tiempo después y hasta hoy San Juan de Arama)

Por largo tiempo Minegua relató lo visto en las tierras que acababa de visitar; la suerte que corrían otras comunidades no era mejor que la de ellos.

–Los únicos que no son molestados son los Guahibos: roban, asaltan aldeas, destruyen cultivos con la complacencia de los soldados que se conforman con abusar de sus mujeres - terminó su relato.

El regreso de Marbachare lo hizo salir de la maloca.

-El señor sacerdote me ha dicho que es la hora de encontrar compañera y unirme en matrimonio –le dijo una vez estuvo cerca de ella- he pensado hablar con sus abuelos y fijar el día de nuestro matrimonio.

Días más tarde, una vez Minegua estuvo frente a los abuelos de su enamorada entregó una colorida manta de algodón traída de la tierras de los Muiscas.

-He venido a pedir su consentimiento para tomar como esposa a Marbachare.

Esas formalidades las habían aprendido de los europeos; antes era diferente, un hombre joven se gustaba con una mujer y sencillamente construía una nueva vivienda y la llevaba a vivir junto a él.

-Valiente Minegua, sabemos que tal vez seas el último de los

príncipes de nuestra raza y para nosotros es de mucho orgullo que se haya fijado en Marbachare; pero no nos corresponde otorgar esa autorización.

Minegua que se encontraba arrodillado delante de los viejos se puso de pie extrañado.

-Regrese a su lugar -le dijo en tono autoritario el viejo y agregó-el que debe consentir esa unión es el padre de mi nieta.

Si Minegua no conociera la seriedad del viejo hubiera jurado que se burlaba de él.

-Cuando la luna esté llena en el cielo iremos en busca del padre de Marbachare.

El viejo tomó la manta y se adentró en la maloca, dando a entender que la conversación terminaba.

La primera noche de luna llena, la incertidumbre desveló a Minegua; durante el día el abuelo de Marbachare se había internado en la selva, lo vio salir con arco, flechas y arpones de pesca; esperó hasta bien entrada la noche y al no verlo regresar optó por esperar el nuevo día. Con abundante pescado, carne de venado y huevos de tortuga regresó el viejo dos días después. Minegua observó que preparaba el fardo para iniciar un largo viaje y presuroso se dispuso a alistar su pro-

el sol lo espero donde canta el agua,
ra las flechas –le dijo el viejo en un
cerca de él.

-La joven es la hija del hombre de piel como la luna.
El guerrero postró rodilla en tierra mostrando sumisión y respeto a los jóvenes; los demás guerreros sin hacer pregunta alguna se limitaron a saludar de la misma manera que su compañero.
-Pueden continuar su camino - autorizaron.
De la misma manera como llegaron se fueron lo guerreros; Minegua no pudo enterarse cómo, uno a uno, iban desapareciendo.
-No crea en las palabras de este viejo, pero a lo mejor los guardianes que acabamos de encontrar no existen –explicó al desconcertado joven y agregó- de algo sí puede estar seguro, si alguien intenta entrar sin conocer el camino de los elegidos, una flecha saldrá de la nada y le partirá el corazón
Minegua trataba de grabar hasta el más mínimo de los detalles del camino; observaba con atención y con pinceladas mentales iba construyendo los diferentes cuadros que se plasmaban ante sus ojos, la roca con forma de animal, el cerro con un solo árbol en su cumbre, la pequeña cascada, el lugar por donde salía y se ocultaba el sol, la dirección del viento, la fauna, que a medida que se acentuaba el frío iba cambiando, el cántico de los pájaros; todos esos detalles lo guiarían si en el futuro tenía la necesidad de volver a caminar la vereda.
A una señal del anciano y a la orilla de un cristalino riachuelo de aguas heladas se detuvieron.
-Debemos lavar nuestros cuerpos; el lugar que caminaremos es sagrado –dijo el viejo y despojándose de sus ropas ingresó al agua.
Una vez vueltos a vestir, la voz de un extraño los sobresaltó.

-Bienvenidos, nunca es demasiada la espera en los confines de Chiminigagua.
De grueso ropaje de lana, diadema y pectoral de laminillas de oros, báculo de madera de guayacán; el que les hablaba era un viejo sacerdote indígena que desde un montículo cercano los observaba detenidamente.
-Hacía muchas lunas que no lo miraba viejo amigo –se refirió al abuelo de Marbachare.
-Sí, desde el día que llegué con piel de luna.
-Muchas, muchas lunas - dijo el viejo bajando de su lugar y acercándose a los viajeros.
-Es un honor conocerlo joven Minegua, príncipe de los Guayupe -acto seguido su arrugada pero delicada mano acarició el rostro de la joven- tiene la belleza de Hondiquera y la mirada de su padre; el corazón de piel de luna está alegre de saber que verá a su hija.
-¿Cómo aquel anciano sabía su nombre y la razón de su viaje? –se preguntó Minegua.
Como si le hubiese leído el pensamiento el sacerdote comentó:
-Desde el momento que abandonaron las llanuras nuestros ojos han estado al pendiente de ustedes –dijo, iniciando al marcha en dirección a un arboleda cercana.
Se percibía en el ambiente el olor a hierbas secas quemadas a manera de incienso, aroma de flores, lugar sagrado. El abuelo de Marbachare se detuvo y se despojó el calzado; imitado por sus acompañantes, continuaron la marcha.
De pronto la gran roca de que tanto había escuchado Minegua estuvo frente a ellos; se debía estar para percatarse de la entrada al túnel que trás de la inmensa mole; caminaron un medio de la semioscuridad, luego el

Con las últimas sombras de la noche, Minegua llegó al lugar fijado por el viejo; esperó un instante, el leve sonido de las hojas secas al ser pisadas le advirtió que no estaba sólo; Marbachare, en absoluto silencio pasó cerca de él siguiendo al abuelo; él emprendió camino tras su enamorada. Si el anciano no hablaba se debía seguir su ejemplo –pensó el joven.

El rocío sobre la hierba rápidamente les mojó el calzado de piel de venado; avanzaban con relativa rapidez, el viejo conocía muy bien la senda; se guiaba por señales disimuladas en las rocas, los árboles y, de vez en cuado se detenía, miraba el sol y continuaba el camino. A la hora del medio día se detuvieron a merendar.

-No olviden la ruta, en un futuro tal vez deban volverla a transitar – advirtió el anciano y agregó- nadie más, en estos contornos, conoce el lugar a donde los conduzco.

Caída la noche dormitaron en medio de la espesura, con hojas secas cada uno improvisó un lugar dónde descansar; en medio del sueño distinguían cada uno de los sonidos de la selva; hubiese sido fácil cazar un cerdo salvaje, ya que un nutrido grupo de ellos pasó la noche cerca del lugar, pero no había necesidad, tenían provisiones suficientes para varios días de viaje. No comenzaba el nuevo día cuando reanudaron la marcha.

-¿Cuántas jornadas son abuelo? – se atrevió a preguntar Marbachare.

-Cinco –respondió secamente el anciano.

Caminaban en busca de la alta cordillera siguiendo el cauce del río Guatiquía. El viento, con delicadeza hacía ondular el largo y negro cabello de los caminantes; el verde intenso de la campiña contrastaba con las

cristalinas aguas de los diferentes arroyos que se despeñaban de las cumbres y cantarinos entregaban sus líquidos a la embravecida corriente del afluente principal. La neblina paramuna se desplazaba a medida que envejecía el día. De su vetusta maleta cada uno sustrajo un grueso abrigo de algodón, el frío de la cordillera se intensificaba a medida que se trasegaba el sendero.

Al coronar un encumbrado cerro, el viejo se detuvo; otro tanto hicieron sus acompañantes. En sus manos apareció una delgada flauta de caña; ejecutó una amétrica melodía que se fue perdiendo por entre los farallones, las rocas, los arroyos; parecía que el planeta entero repetía las lacónicas notas musicales; después de un tiempo el viejo cesó su interpretación, se sentó y tranquilamente se dedicó a esperar; los jóvenes lo imitaron. No fue demasiada la espera. Uno a uno, nadie se percató de donde fueron apareciendo; Minegua se sobresaltó y empuño el arco; con sereno ademán, el abuelo le indicó tener calma. Cuatro fornidos guerreros rodearon a los caminantes, uno de ellos se acercó; Marbachare lo contempló con curiosidad; tal vez tenía la misma altura de su enamorado, vestía gruesos ropajes de lana, calzado de piel de animal que le cubría a mitad de la pierna, pintoresco tocado de plumas y la pintura de guerra sobre su rostro escondía las verdaderas facciones del guerrero. En idioma Chibcha preguntó.

-¿Quiénes son ustedes que saben la canción de los elegidos?

-Soy uno que conoce el sendero de los elegidos –dijo el abuelo y a Minegua le indicó acercarse, lo tomó de la mano y enseñó al guerrero el tatuaje que el joven llevaba en el brazo, luego agregó:

retorno de la luz dejó perplejos a los jóvenes; quince, o tal vez veinte hermosas casas pajizas se encontraban diseminadas a la orilla de un pequeño lago de aguas tranquilas; los habitantes del lugar, en febril faena se dedicaban al cultivo y al cuidado de animales de corral; a la distancia observaron lo que podía ser un templo, las características de su diseño así lo hacían parecer. Los residentes saludaban a los visitantes a medida que transitaban el camino principal; se detuvieron, frente a ellos se encontraba el hombre de piel como la luna, su edad no sobrepasaba los cincuenta años, su profunda mirada azul que normalmente estaba apagada por la tristeza, por un instante se iluminó, dos cristalinas lágrimas de felicidad escaparon de sus ojos y cayeron como diamantes sobre la tierra húmeda. A Marbachare nadie le dijo que él era su padre; era muy niña aún cuando los separaron pero lo recordaba; corrió y lo abrazó con fuerza; después de unos momentos él la separó con ternura y le acarició una y otra vez el rostro; ya no pudo contener el llanto, el rostro de su hija le recordaba el de su amada Hondiquera; la besó en la frente y la volvió a abrazar, quería con ese abrazo entregarle todo el amor que no le había dado en todos esos largos años. Para salvarlo de la persecución de los europeos los hermanos de raza de Hondiquera solicitaron fuera ocultado en ese lugar; allí únicamente residían los hombres dedicados al culto de los dioses ancestrales. Conocida la trágica historia de amor, los viejos sacerdotes terminaron por aceptar a un blanco entre ellos; la pequeña niña no podía estar en ese sagrado lugar, allí exclusivamente podían habitar hombres elegidos para guardar el legado de sus creencias. Los primeros días, el hijo de Schmidel se

sintió morir; su amada, encadenada como animal en inhumana fila de desventurados lloraba inconsolable reclamando ver a su pequeña hija. En ese entonces las lágrimas de Hondiquera hicieron que los ríos aumentaron su caudal, diría más tarde la tradición indígena. La esperanza regresó al alma Schmidel hijo cuando le informaron que la pena había sido conmutada y el obispo perdonaba el pecado de su amada por ser una criatura que apenas acababa de conocer la palabra de Dios. Se demoró demasiado el estafeta encargado de comunicar el fallo clerical; Hondiquera, cual paloma torcaz había volado y caído a las aguas de un río que corría al fondo de un profundo abismo.

Después de saludar a su suegro y a Minegua, del brazo de su hija, Schmidel los invitó a seguir a su casa. Un crucifijo tallado en madera pendía en un lugar destinado a la oración; la espada, la pistola y el arcabuz ocupaban un lugar secundario; varios libros reposaban cerca del camastro y, en un lugar especial, el tocado que su esposa luciera el día en que se unieron en matrimonio cristiano; Marbachare miró el tocado e instintivamente lo descolgó del lugar, el primer impulso de su padre fue arrebatárselo; nadie podía tocar las pertenencias de su amada, pero se contuvo al ver que su hija contemplaba admirada el ornamento matrimonial.

–¿Me lo puedo quedar? –preguntó la joven sin conocer la historia del ornamento.

–No hija, ese tocado lo lució tu madre el día que me entregó su amor poniendo de testigo al Dios del cielo; tus abuelos le habrán contado la historia de dolor que desde entonces tuvimos que vivir; no deseo que nada te llene de amargura tu vida futura.

La joven regresó el decorado de oro y plumas de aves exóticas al lugar donde siempre había estado Los viajeros descansaron con placidez el resto el día y la subsiguiente noche. La siguiente mañana, en tanto consumían los alimentos matutinos, Schmidel, mirando a los ojos de Minegua, le dijo:

-No me pregunte de cómo me enteré, se que ha venido hasta este lugar a pedir mi hija en matrimonio.

-Sí señor –respondió el desconcertado muchacho poniéndose de pie e inclinando la cabeza en actitud de sumisión y respeto.

-Sé del inmenso amor que se profesan y apruebo con agrado esa relación. ¿Qué día piensan realizar la ceremonia?

-Para la próxima navidad -respondió Marbachare, sin ocultar su entusiasmo.

-Luego del desayuno quiero que me acompañen a ver al sacerdote superior y guardián de las creencias ancestrales; deseo que se unan en matrimonio bajo los ritos de sus antepasados –expresó Schmidel

El anciano sacerdote salió al encuentro de los visitantes una vez se percató que se aproximaban a su vivienda. Heredero directo del sumo sacerdote de Iraca o Suamox; piel trigueña, báculo sacerdotal con infinidad de figuras talladas que indicaban el pasado acontecer de hechos importantes; aunque su aspecto era serio, una leve sonrisa de satisfacción afloraba en sus labios, en la muñeca de la mano derecha lucía la pulsera de oro que identificaba a los elegidos del dios Bochica; la edad del anciano era incierta porque sobre su espalda podía fácilmente cargar con todos los años del mundo.

-Pasen a mi humilde morada –invitó, extendiendo la mano derecha señalando el corto camino.

Marbachare sintió de pronto que su alma se trasportaba y volaba sobre mullida nube, el olor a incienso y yerbas aromáticas que llenaba la estancia infligía una agradable sensación de paz interior que también experimentó Minegua; se lo hizo saber con la mirada.

Ornamentos ceremoniales colgaban por doquier; para cada ocasión debía presentarse ante los dioses con diferentes ropajes, les indicó el religioso.

-El día de siembra del maíz, el día de recolección de las cosechas; cuando muere un hermano, para expulsar malos espíritus, una boda; todas son ceremonias especiales que como tal deben realizarse.

-Antes de unirnos en matrimonio con las normas del Dios de los blancos, deseamos los parabienes y bendiciones de Chiminigagua – solicitó Minegua.

El anciano sacerdote se acercó al joven novio y le colocó sus arrugadas manos sobre los hombros.

-Se llena de alegría mi espíritu al saber que aún guarda respeto por nuestras tradiciones; indicaré a algunos miembros de la comunidad para que los instruyan para la ceremonia. Ahora los invito para que elijan los vestidos que lucirán el día de su unión.

Salieron de la vivienda del religioso y se encaminaron a un encumbrado montículo; disimulada tras unos árboles estaba la entrada a una cueva; entraron, no sin antes pasar ante los ojos de fieros guardianes, algunos armados con flechas envenenadas; Minegua se percató de este detalle al ver el color azul de las puntas de las saetas. Los jóvenes no podían creer lo que tenían ante sus ojos; en la estancia iluminada con antorchas [illegible] los tesoros más preciados de las ofrendas dedi[illegible] dioses y los trajes ceremoniales de sacer-

dotes y grandes jefes Muiscas y sus más cercanos parientes; oro y esmeraldas en grandes cantidades, coloridos plumajes, vestidos tejidos en lana y algodón, diademas, pectorales, brazaletes y tobilleras de finas laminillas de oro; entre otras cosas contórmaban el invaluable tesoro.

-En varias oportunidades he llegado a pensar que si este tesoro se utilizara para medir fuerzas económicas con los príncipes y reyes europeos, esos pusilánimes seres que se les va la vida tejiendo componendas para perpetuarse en sus tronos, serían míseros lacayos del más humilde de los jefes indígenas –comentó Schmidel hijo.

-Elijan el atuendo que desean utilizar el día de su casamiento –indicó el sacerdote y agregó- muchos fueron lucidos por importantes jefes en ceremonias difícil de olvidar para nosotros; luego de su unión los trajes deben regresar a este lugar; me aterra el tan sólo imaginar que algún blanco los llegue a ver vistiendo esos atuendos; regresaría a ellos la idea que es verdad lo del tan mentado Dorado.

Los enamorados probaron vistiendo varios trajes; Schmidel no dejaba de asombrarse; los jóvenes vestidos con esos atuendos se veía sencillamente espectaculares; de seguro en el pasado los súbditos de los caciques no dudarían en venerar a su jefes si tan sólo una vez en la vida llegaran a verlos.

-Mañana a la primera hora del día deben separase –indicó el viejo sacerdote- Marbachare seguirá junto al padre, hasta allí llegarán los que la inducirán e instruirán en los preparativos de la boda; Minegua con el abuelo de la novia hará otro tanto con otros de mis discípulos.

El amarillo disco solar con sus translúcidos rayos hirió la montaña y poco a poco descompuso el rocío y la neblina que formando débiles nubes eran llevadas por le viento para desaparecer luego en los llanos, en medio de terribles aguaceros.

-Su hermana tenía cinco años cuando partí lejos de mi hogar –decía Schmidel a Marbachare en tanto caminaba por la senda que bordeaba el lago- la madre de Cristina murió al ella nacer, me sentí sólo y me dediqué a la lectura; a mis manos llegó un libro que relataba la historia de un compatriota que visitó a tus ancestros, me impactó tanto esa lectura que decidí conocer el país donde abundaba el oro y las riquezas; mi padre quedó al cuidado de mi hija –el rostro del relator se ensombreció- debe de estar en edad de casarse.

-¿Cómo es mi hermana? –preguntó Marbachare.

-Me imagino que hermosa, desde su corta edad percibí que se parecía a la madre.

-¿Tiene la piel blanca?

-Sí, y los ojos igual a los suyos y los míos, el cabello rubio y una linda sonrisa que nunca he podido olvidar.

-¿Desea volver a su lado?

-Todos lo padres queremos estar al lado de nuestros hijos; lo entenderás cuando nazcan mis nietos. A veces me siento mal cuando recapacito en el acto de haber abandonado a mi pequeña Cristina; me consuelo con haber conocido y amado a Hondiquera.

Regresaron a la vivienda; el padre mostró gráficas en venustos trozos de papel, que en sus horas de ocio había elaborado y que mostraban la casa paterna en Alemania, la campiña circundante, los frutales, la alta y fría cordillera de los Alpes y todo cuanto más pudo recordar de su tierra natal.

-¿Será algún día podré conocer a mis parientes? –preguntó Marbachare.

-Con la gracia de Dios y la santísima virgen; ruego para que me alcance la vida y poder volver para estar todos juntos.

Pareciera que la tristeza que por tantos años había ensombrecido la mirada de Ludwin Schmidel se iba disipado al paso de los días de estar junto a su hija; a veces se le escuchaba sonreír ante las ocurrencias de la joven. Se divertía enseñándole algunas palabras del idioma latín y el de su tierra natal. A menudo se quedaba en silencio, acariciaba el rostro de Marbachare y los recuerdos de su amada Hondiquera se agolpaban en la mente y lloraba inconsolable.

-Junto a Hondiquera viví los años más hermosos de mi vida –Ludwin inició el relato- tal vez tendría su misma edad; era hermosa, alegre, de montaráz mirada; la selva, los ríos, el aire, se postraban ante su hermosura; era tanta su belleza que los hombres solteros de la tribu la miraban inalcanzable. Desde que cruzamos nuestras miradas por primera vez, me dijo ella días después de conocernos, comprendió lo que era la llegada del amor; igual que ella mi corazón quiso salírseme del pecho; había encontrado el Dorado, el tesoro más valioso, pero no era amarillo como el oro sino con el color de la canela. Iniciar una relación amorosa fue una verdadera odisea.

-¿Qué es una odisea padre? –preguntó Marbachare.

-Es título de un libro que habla de las aventuras de un hombre que vivió hace muchos años en tierras lejanas; se dice odisea a algo muy difícil de realizar – explicó y continuó – los hombres con los que viajé desde Europa se disgustaron porque no continué junto a ellos en busca de tesoros y ante la primera autoridad española que encontraron me denunciaron por pretender a una mujer indígena; entre los blancos se tenía por costumbre utilizar las mujeres del lugar como objetos de placer; muchas de ellas, algunas casi niñas, eran sometidas a vejámenes, violaciones y ultrajes inhumanos; desgraciada era la suerte de una mujer que se cruzara en el camino de una horda de soldados. Desde el trono de su majestad el rey de España todos sabíamos que se dictaban normas que prohibían perjudicar a los indígenas, pero en la soledad de las selva o la sabana, esas ordenes reales no tenían ningún valor ni existía autoridad alguna que las hiciera cumplir. Ante los padres de Hondiquera me presenté y a la usanza europea la pedí en matrimonio; en un principio no creyeron mis buenas intenciones, se imaginaban que yo era igual a los demás blancos y que mi deseo era abusar de mi amada y llevarla como esclava; al fin logré convencerlos de mis buenas intenciones y aceptaron mis pretensiones.

-¿Dónde se casaron?

-Primero en la aldea, de acuerdo a las tradiciones Guayupes; luego cometí el error del cual aún no acabo de arrepentirme. Pedí al sacerdote católico nos casara en el rito cristiano; el desgraciado cura una vez terminada la ceremonia me acusó de hereje luterano y de Hondiquera dijo que había hecho que yo la amara por medio de mañas y brujerías demoníacas. Por ser europeo fui llevado preso a Santafé y sometido a un juicio amañado; para lograr mi libertad sirvieron los documentos que certificaban que mi familia pertenecía al linaje de los Habsburgo, el mismo de Felipe III rey de España; la justicia me absolvió, pero los soldados españoles me persiguieron sin tregua; el malvado cura les informó de los atuendos que vestimos el día

del casamiento y ese detalle despertó la codicia de los militares; hablaban de torturarme hasta hacerme decir dónde estaban el tesoro del cual había sacado los ornamentos; cuando regresé a la aldea buscando a Hondiquera, con tristeza supe que un mes hacía desde que como esclava la habían llevado a tierras lejanas; quise ir a San Juan y cobrar venganza, pero los viejos de la tribu me aconsejaron venir a este lugar. No pude traerte conmigo; en este sagrado recinto no permitían hasta ahora, la entrada de mujeres.

Los días transcurrieron lentos, apacibles; Marbachare escuchó de labios de Ludwin la historia de sus ancestros - quien lo creyera, -pensó- resulta que soy medio pariente de su majestad el rey de España.

CAPITULO VII

El agradable clima caribeño, el cálido aire y el sol inclemente, hacían que la tripulación se mantuviera bajo sombra; ahí bajo escudándose de él con la vela mayor, el señor José de Jesús de la Santísima Trinidad Espinel dialogaba con los negros rescatados del mar. Hubo de pronunciar algunas palabras en dialectos diferentes hasta ser entendido por los infortunados.

-Somos cazadores, después de días y días de deambular en busca de buenas presas regresamos a la aldea, encontramos todo destruido y las casas en llamas; asesinaron a los ancianos, se robaron los animales de corral; la desesperación se apoderó de nosotros y decidimos salir en ayuda de nuestras familias, con la desgracia que caímos en una celada preparada por los invasores; algunos fueron asesinados, otros cayeron heridos y fueron rematados inmisericordemente, a los sobrevivientes nos hicieron prisioneros y encadenados nos subieron a esa gran canoa.

-¿Cuántos habitantes tenía su aldea y cuántos prisioneros venían en el barco? –se interesó José.

El que hablaba miró a sus compañeros, después de ponerse de acuerdo, dijo:

-En la aldea vivíamos algo así como cuatrocientos; mujeres y guerreros cayeron asesinados más de la mitad lo que prisioneros éramos ciento cin-

cuenta; una vez subimos al barco encontramos prisioneros de otras tribus.
-¿Porqué cree que zozobraron? –preguntó José.
El negro lo miró sin entender la pregunta, José como pudo trató de hacerse entender.
-¿Porqué cree que se hundió la gran canoa?
-El peso era demasiado y no soportó la tormenta.
-¿Cómo lograron salvarse?
-El hombre blanco que perdió la cabeza, soltó la cadena momentos antes de llenarse la canoa de agua; el resto de la historia usted ya la conoce.
- Nuestro viaje va rumbo a las Indias Occidentales – comentó José y de la mejor manera les explicó que debían aparentar ser esclavos, de lo contrario corrían el riesgo de ser asesinado por los españoles gobernantes de las tierras a que llegarían.
El gritó del vigía, los puso en alerta.
-¡Tierra a la vista!
José regresó al timón y desplazó a su relevo.
-¡Me encargo de la aproximación a la costa! –grito a Pietro una vez lo vio en cubierta.
-¡Arriar las velas! ¡Quiero desplegada únicamente la vela cangreja y la guía de bauprés! Enarbolen la bandera y el emblema de su majestad, el rey de España – ordenaba Triana a los marineros.
La columnas de Hércules decoradas con volutas con el lema Plus Ultra, adoptadas como emblema tiempo atrás por el emperador Carlos V, ondearon bajo los cielos americanos.
-¡Señor Conrad, si me lo permite antes de desembarcar quiero hacer algunas recomendaciones a la tropa - expresó José.
El ajetreo pronto terminó y uno a uno se fueron presentando en cubierta los soldados contratados por Conrad y bajo el mando de Adán.
José miró la tropa y rió de buena gana; nadie en la nave entendía la actitud del veterano aventurero. Con actitud muy
adusta Adán se acerco a su compatriota.
-¿Puedo saber la razón por la cual te ríes de mis hombres?.
-No me burlo de tus hombres, me causa risa ese idiota que está allá –señaló.
El hombre vestía apartes de una pesada armadura metálica.
-Te imagina si ese desventurado cae al agua o se atasca en un pantano. Se necesitará toda la tropa de su majestad el rey para salvarle la vida.
- ¡Señores! - habló en voz alta Adán- Todos están enterados de lo pormenores de la misión; lo más seguro es que encontremos indios agresivos que nos emboscarán en medio de la selva, esos seres demonios empelota, son como el viento y se mueven en la selva como serpientes silenciosas; les reitero, sus flechas las impregnan de veneno, por eso les sugerí traer ropas gruesas; alisten sus armas, no dejen mojar la pólvora y que los proteja el santo de su devoción.
-Señor Mauricio, el señor Conrad desea hablar con usted, le pide se presente en el camarote del capitán – comunicó un marinero al joven de Borgoña.
-Vamos a desembarcar y a internarnos corriente arriba por el río llamado Orinoco; tenemos previsto que [illegible] en tierra tendrá seis meses de duración aproximadamente, lo que hace necesario que alguien se de las seguridad del barco en tanto [illegible]lo. te pido te encargues de ese

menester; debo aclararte que quedarán diez expertos marineros contigo.
-¿Me quedare aquí, en medio del mar, mirando la costa sin poder desembarcar? –preguntó desalentado Mauricio.
-¡No, claro que no! la nave será llevada a puerto seguro, exactamente a las costas de Coro. –explicó Conrad y agregó – en tus manos quedará toda la documentación que solicitarán las autoridades una vez se fondee en el puerto de Coro; dejaré los dineros suficientes para que compren provisiones en caso de que se agoten.
-¿Y si ustedes no regresan?
-*Tenemos programado terminar la búsqueda en seis meses*, si en ese tiempo no regresamos esperen seis meses más; si no tienes noticias del grupo, utiliza los recursos de que dispongas y regresa a Europa; devuelve el barco, entrega esta carta al señor Schmidel en tal caso de que no nos volvamos a ver. Ah, por favor, que a mi regreso no estés en huída, requerido por un enojado padre que reclama la honra de una de sus hijas.
-No creo que en estas tierras haya damiselas que enamorar.
-No creas amigo mío, en todas partes del mundo existen mujeres que nos hacen perder la cabeza y estas tierras no deben ser la excepción.
-Estamos listos, ¿podemos iniciar el desembarco? –se interesó Adán.
-El resto del día vamos a tomarnos un descanso, al alba reanudaremos la marcha. Envía una partida de hombres en busca de agua y carne fresca, me apetece un buen trozo de carne asada.
Tres botes abandonaron el barco y se acercaron a la playa. José de Jesús sugirió llevar a los cazadores negros; Sato remó al lado del viejo Francisco. Los ladridos de la fiel Katia rompieron la monotonía del ambiente; corría por la playa en pos de algunas aves que picoteaban cangrejos, caracoles y otros animales marinos varados en la arena.
-¡Haz callar ese animal o nos hace huir las presas¡ -ordenó Adán al viejo Francisco.
El viejo ignoró las voces de su compañero y optó por empinar la botella y beber un trago de licor. José de Jesús entregó un cuchillo a los africanos, se internaron en la selva y a los pocos minutos regresaron con delgadas varas de madera a la usanza de lanzas; dijeron algo al blanco que les entendía el idioma.
-*Los negros sugieren que esperemos en tanto inspeccionan el terreno* –comunicó José.
-Esos desgraciados lo que quieren es escaparse –comentó despectivamente uno de los hombres de la tropa. Schneider lo recriminó inmediatamente.
-Si se quieren escapar nadie se los impide, son libres, no son esclavos de nadie.
Regresaron y dieron parte de su inspección.
-Podemos tener buenas presas de caza, ellos sugieren utilizar arco y flechas, las lanzas no tienen buen alcance y las armas de fuego alertarán a los otros animales.
Sato se sacó el arco que traía atravesado sobre la espalda; miró a los negros, no hubo palabra alguna, estos entendieron el mensaje.
Apenas algunos metros dentro de la selva y los exploradores señalaron un venado macho que pastaba entretenido a la sombra de un frondoso árbol; el [illegible] y la saeta cortó el aire hiriéndolo en el [illegible]s de un salto el animal cayó sobre la

hierba, expeliendo los últimos estertores de muerte. Dos cerdos salvajes y algunas aves completaron el trofeo de caza. Después de tantos días de viaje algunos, cntre ellos Sato, Conrad, Dubois y Pietro se sumergieron en las aguas en procura de un refrescante baño. Katia ladraba a la mujer negra que con uno de los hombres de su raza hacían el amor en la playa lejos de las miradas de los demás aventureros.

-Francisco, acompáñanos, el agua está deliciosa-invitó Conrad a su ebrio amigo.

-Te agradezco la invitación hijo, pero no quiero pescar un resfriado –contestó el viejo y se tumbó sobre la arena.

Sato salió del agua discretamente, lo mismo hicieron lo dos negros que leyeron su mirada; se vistió rápidamente sin dejar de mirar hacía la selva. Uno de los negros chilló de extraña manera y sus congéneres, que disfrutaban de las delicias del amor, totalmente desnudos, saltaron al agua y nadaron vigorosamente alejándose de la playa en dirección al barco. La saeta impregnada de curare silbó en el aire e hirió el cuello de uno de los marineros; Sato tensó su arco y respondió el ataque; un cuerpo menudo, con el rostro delineado con rojo de achiote se desplomó herido de muerte con una saeta clavada en el pecho.

-¡Nos atacan lo indios! -alertó Adán.

Atrincherados tras las canoas respondieron el ataque. La descarga de arcabuz fue ensordecedora; los atacantes se hicieron visibles; los soldados presurosos recargaban sus armas, pero la abrumadora cantidad de indígenas amenazaba con coparlos; los dos africanos arrojaron sus rudimentarias lanzas cobrando dos victimas.

-¡Por los clavos del señor Jesucristo! Que los del barco nos ayuden – rogó Adán.

Como escuchando su rogativa, el estampido de un cañonazo se escuchó en la nave, el proyectil impactó estremeciendo la selva, luego otro disparo y tres más; el monte quedó mudo, en silencio.

-Podemos salir, ya se largaron esos malditos – espetó Adán.

-¿Cuántos muertos? – se interesó Conrad.

Se miraron unos a otros, luego escrutaron la playa.

-Perdimos dos hombres –comunicó José.

-No veo a Francisco – se alarmó Schneider.

-¿Quién me pregunta? – habló el viejo en tanto se desenterraba de la arena.

En medio de la tragedia no faltó el que dejara escuchar una sonora carcajada; Sato lo miró y por primera vez en muchos tiempo Conrad lo vio sonreír.

-Demos cristiana sepultura a nuestros muertos y regresemos al barco; por hoy está bien de sorpresas – ordenó Conrad.

-Los indios muertos ¿Qué hacemos con ellos? Son criaturas de Dios, no está bien no regresarlos a la tierra- se preocupó el fraile luterano.

-Por ellos no se preocupe hermano, más tarde los demás regresan y se los llevan, de seguro mañana los sirven en el almuerzo –advirtió Adán.

Bastó escuchar esas palabras para dar rápida sepultura a los muertos y remar vigorosamente al barco.

-¿Quién ordenó disparar los cañones? –preguntó Adán.

Los marineros guardaron silencio, creyendo que su accionar había sido indebido.

-Señores por favor ¿Quién ordenó disparar los cañones? - repitió la pregunta.

-Yo señor, yo ordene disparar a la playa –dijo uno de los marineros y agregó- al barco llegaron nadando totalmente desnudos dos de los africanos que rescatamos del mar; no entendí lo que me decían, pero advertí que estaban en peligro cuando escuché que disparaban.

-Por la gracia de la Santísima Virgen, el día de hoy usted nos ha salvado la vida –se acercó Adán y lo abrazó efusivo. -Mi agradecimiento más sincero marinero, nos rescató de las garras de la muerte.

-Este río tiene varias desembocaduras, sugiero desembarcar en otro lugar –recomendó De Souza.

-Tienes razón, levemos anclas y retirémonos de este maldito lugar –ordenó Conrad

Cenaron como desde hacía tanto tiempo no lo hacían. La mujer africana se esmeró en ayudar a preparar los alimentos.

-José de Jesús –habló Conrad al español- di a los africanos que si desean pueden quedarse en el barco con Mauricio; cuando naveguen a Coro se embarcan para Europa y piden ser dejados cerca de su territorio; de buena gana les doy el dinero que cueste el viaje de regreso.

José transmitió el mensaje, escuchó la respuesta de los negros y dijo:

-Te agradecen la buena intención, pero si lo permites, su deseo es acompañarnos; en su tierra natal no tienen quien los espere, su tribu fue arrasada hasta el exterminio total.

El sol del nuevo día los sorprendió en el ajetreo del desembarco; después de despedirse de Mauricio y tras unas cuantas recomendaciones, Conrad abordó el último bote. Adelante, en la primera canoa, viajaba como guía Adán.

-Este río es bastante ancho y profundo, en le barco grande hubiéramos podido navegar aguas arriba durante un buen tramo –expresó Dubois.

-Por ahora el río tiene buen caudal; pero recuerda que está comenzando el verano, nos arriesgamos a quedar varados y a merced de los indómitos aborígenes de la región –aclaró José de Jesús.

La pequeña vela emplazada sobre la quilla de las canoas se infló con viento favorable; los remeros maniobraban vigorosamente los canaletes tratando de avanzar los más posible.

-Con viento favorable tratemos de navegar por el centro de río, no dejen que haga agua el barril de la pólvora y tengan listas las armas, en cualquier momento los Caribes o indios ladrones nos pueden atacar desde la orilla –indicaba Adán a sus hombres.

Fueron cinco días navegando sin percance, acampando en la playa, deteniéndose de vez en cuando para cazar aves o alguna presa fácil.

-Según el mapa y las notas que tengo a mano, nos acercamos a la desembocadura del río Apure; con buen viento y sin contratiempos, en cinco días más llegaremos a la desembocadura del Arauca; aguas arriba podremos navegar sin temor, los indios que habitan esas tierras son de la comunidad Achauga, conocedores de la fe cristiana–anunció Monsieur Dubois.

-¡Timón a estribor señor Pinzón! -gritó Adán – el silencio reinante en el río hizo que la advertencia del hombre fuera escuchada por la mayoría de los que tenían el timón de las diferentes canoas en sus manos.

-¿Qué sucede Adán? –preguntó José.

-La corriente a babor se está tornando turbia, lo que indica que aguas arriba en algún afluente gregario debe

estar lloviendo, lo más seguro es que tengamos palizadas bajando a gran velocidad. –explicó Adán.
-Sugiero hacer un alto, alguna de las canoas puede ser embestida por un gran árbol y en las condiciones que se avecinan será difícil prestarles ayuda -sugirió José.
Atracaron las canoas a buen recaudo, los hombres experimentados en navegación no se equivocaron; ramas y grandes troncos, por espacio de dos horas pasaron raudas corriente abajo.
-Un sólo tronco de esos puede hacer naufragar a toda la expedición –indicó Schneider.
-Si alguien cae a esas aguas es muy difícil que salga con vida; no sé si en este río habrá, pero en viajes anteriores escuché que en las profundidades viven enormes caimanes y peces diminutos que devoran a un hombre en cuestión de segundos; dejan la calavera blanca como porcelana de la China - indicó Adán.
Optaron por pernoctar en ese lugar, ya las sombras de la noche se insinuaban y no era aconsejable reanudar la marcha.

CAPITULO VIII

-Pueden regresar a la aldea, dentro de tres días estaré con ustedes –dijo el viejo sacerdote, dando a entender que la preparación matrimonial había concluido.
-Padre ¿estará a mi lado el día de mi casamiento? –pregunto Marbachare.
-Sí, en la ceremonia no habrá más blancos que yo, no creo que mi seguridad esté en peligro.
-Hasta conocerlo, antes nunca miré a un blanco; siempre mi abuelo se ha cuidado de que ellos no vean mi rostro ni yo el de ellos –expresó la joven.
-Es mejor seguir así porque el día que algún blanco europeo vea el color de sus ojos, de lo mínimo que la pueden acusar es de bruja. He hablado con lo superiores de la comunidad y me pidieron decirle que si en el futuro la seguridad de los dos está en peligro, no duden en venir y refugiarse en este lugar - comunicó Ludwin a su hija.
Se despidieron; Ludwin se sintió conforme de conocer al hombre que sería el esposo de su hija: intercambiaron algunas palabras. El abuelo materno de Marbachare inició la marcha, lo seguía su nieta y cerraba Minegua. Los guerreros guardianes aparecieron una vez ellos salieron de la boca del túnel de en-

trada al escondido valle. Dos marchaban adelante de ellos, dos cubrían la retaguardia. Luego de acompañarlos por largo trecho, los guardias se detuvieron; entregaron sendas flautas de caña y en respetuosa reverencia el que parecía el jefe, dijo a los novios:
-Conocen el camino, cuado no se sientan seguros en el mundo en que viven, regresen, hagan sonar las flautas, que desde el lugar que nos encontremos los escucharemos..
Los demás miembros de la escolta posaron rodilla en tierra en señal de sumisión.
-Que Bochica bendiga su unión príncipe Minegua y guíe sus pasos futuros –auguró el guerrero.
Los caminantes reanudaron la marcha; apenas caminados unos metros, Marbachare se detuvo a mirar el sendero ya recorrido.
-¡Se perdieron en el aire! -exclamó
Los dos hombre se detuvieron y miraron; en efecto, el terreno era llano, llegar a cualquier lugar adyacente donde poderse ocultar, requería de algunos minutos.
-Esos guerreros no son hombres, son lo que los cristianos llaman ángeles, espíritus guardianes que Bochica ha puesto para cuidar a sus sacerdotes –explicó el abuelo de Marbachare reiniciando al marcha.
- Solamente Guayupes y Saes pueden asistir a nuestra boda, a ellos nos unen fuertes lazos de sangre y desde tiempos inmemoriales hemos compartido nuestras tristezas y alegrías, invitar a otras tribus es exponernos a ser traicionados y denunciados ante los españoles –expresó Minegua a su amada.
Hicieron un alto en el camino para descansar y se alimentaron, pretendían reiniciar la marcha cuando a sus oídos llegó un lejano fragor de guerra: gritos, llanto, ladrar de perros, relinchar de caballos, maldiciones, súplicas, estampidos de disparos de pistola. Apuraron el paso, caía la tarde cuando avistaron la aldea atacada, reducto de Achaguas, con un indeterminado número de hombres, mujeres y niños, masacrados sin ninguna consideración; el asentamiento humano se encontraba a orillas de un caudaloso caño que de seguro era tributario del río Meta; caminaron en medio de la destrucción, algunas casas ya habían sido consumidas por el fuego.
-Fueron Guahibos –sentenció el abuelo de Marbachare en tanto recuperaba una flecha clavada en el tronco de un árbol.
-¿Y los caballos y disparos que escuchamos?-se interesó Minegua.
-No quiero ni pensar que los españoles estén dando armas y caballos a los Guahibos –se preocupó el viejo.
Sobre troncos de madera seca, uno a uno fueron apilonados los cuerpo de las víctimas; oraron a sus dioses, también al Dios de los blancos; las llamas borraron para siempre la milenaria sabiduría de otro pueblo aborigen, sus dioses, las oraciones para sanar enfermedades; la técnica de cultivar y convivir con el entorno sin destruir el hábitat de las especies adyacentes, el secreto para no morir si se era atacado por serpientes venenosas; parte de la historia de la humanidad se disolvía en gruesas columnas de negro humo que subía al cielo en busca del abrigo de Bochica o de Jesucristo resucitado.
Ya se retiraban cuando escucharon una tenue voz que los llamaba desde la selva. Doce años a lo más tendría el pequeño que reclamaba su atención; su hinchado y de seguro parasitado vientre, lágrimas secas sobre las

mejillas, el cuerpo desnudo, el llanto silencioso e impotente desgarraron el alma de los viajeros. En idioma Achagua preguntó Minegua.

-¿Qué sucedió a su gente?

-Regresaba del río y me oculté en el monte al ver llegar agazapados a los Guahibos; los soldados y sus caballos estaban al otro lado de caño; cuando los Guahibos rodearon la aldea dieron la señal a los soldados, ellos llegaron y se robaron todo y mataron a todos.

-¿De seguro eran soldados? -preguntó el viejo.

-Sí eran soldados, los he visto cuando el padre ha venido a decir la misa.

Esas palabras bastaron para hacer entender al viejo lo que estaba pasando; en meses anteriores se había enterado de que una partida de soldados en unión con los Guahibos estaban asaltando y asesinando a las tribus que tenían algo de valor; les robaban sus pocos atuendos de oro que aún le quedaban, violaban sus jóvenes mujeres, saqueaban los cultivos y a los hombres los llevaban como esclavos.

-Esa actividad delictiva está expresamente prohibida por el rey –dijo el viejo.

Ya eran cuatro los caminantes. Al día siguiente desde lo alto de una explanada avistaron el lugar donde el río Guatiquía abandona la parte alta de la cordillera y rompe con sus diferentes caudales el verde de la sabana llanera; no era fortuito que el abuelo de Marbachare hubiera elegido esa ruta de regreso; cerca de allí habitaba un nutrido grupo de Guayupes que extraían sal de las montañas. Entraron a la aldea y fueron recibidos como los hermanos de sangre que eran, en especial Minegua, ya reconocido como príncipe por toda la comunidad. En la mal[oca] principal se reunieron los ancianos; Minegua se juntó a un grupo de jóvenes que practicaban tiro con arco dirigidos por un recio capitán de guerra; todos lo hombres tenían las mismas características, un metro setenta de estatura, cabello largo a la altura de los hombros, contextura atlética, guayuco con taparrabo, calzado de piel de venado, collar con colmillos y huesos de animales, colorido tocado de plumas de aves; el capitán de guerra, como distintivo de su autoridad, llevaba brazalete dorado en el antebrazo izquierdo.

Marbachare buscó la compañía de las jóvenes mujeres del lugar; la mayoría vestidas con traje de corteza de árboles que terminaban en punta por la parte delantera; tenían, negro, largo y lacio cabello sostenido con diademas de hueso de animal, amplia sonrisa de dentadura sana. Las mujeres hicieron círculo dejando en el centro a Marbachare, asombradas con el color de los ojos de la joven novia, que era en lo único que las diferenciaba.

La monotonía del lugar se alteró ante la intempestiva llegada de un agitado guerrero; Minegua entendió la información que el recién llegado dijo a su capitán.

-Un partida de Guahibos ha traspasado las riberas del río Upín, están tomado precauciones para no ser vistos, lo que indica que se disponen a atacarnos.

-No vienen solos, tras ellos debe estar un apartida de soldados españoles; de seguro intentan rodearnos para atacarnos poniéndonos en desventaja –intervino Minegua y agregó- así atacaron y destruyeron la aldea del niño que nos acompaña.

La orden del capitán de guerra no se hizo esperar.

¡Guerreros a las armas!, ¡las mujeres, ancianos y niños a lugar seguro!

Minegua regresó al lugar donde había dejado sus pertenencias, empuñó el arco y las flechas y se unió al grupo de luchadores. Cada uno de los guerreros sabía de antemano el lugar que debía defender; luego de algunos minutos, la selva cercana se lleno de gritos de guerra. Tal vez los invasores doblaban en número a los Guayupe, pero el ser detectados a tiempo y tomados por sorpresa equilibró la balanza a favor de los defensores; la retaguardia de los españoles no tuvo oportunidad de entrar en combate y ante el modo como de desarrollaban los acontecimientos optaron por huir en desbandada; la derrota de los salteadores fue rápida y contundente. Sesenta Guahibos dejaron sus vidas en medio de la selva, veinte prisioneros fueron presentados ante el jefe de la tribu.

-¿Qué hacemos con ellos? –preguntó el capitán de guerra.

-Deben ser conducidos y denunciados ante las autoridad de los blancos –sentenció el jefe.

Las mujeres, niños y ancianos que se habían refugiado, una vez terminado el ataque regresaron a la aldea. Para los prisioneros, en especial para uno de ellos, no pasó desapercibida la presencia de Marbachare.

-Llévenlos y entréguelos a las autoridades de Santiago de la Atalayas –ordenó el jefe.

-¿No será mejor entregarlos en San Martín? –sugirió el capitán de guerra.

-He sabido que en Santiago construyeron un cárcel y es difícil que de allí se escapen –dijo el jefe y se retiró.

Después de abandonar la aldea y visitar otros asentamientos Guayupes y Saes diseminados por las cabeceras de los ríos Meta y Manacacías, los caminantes franquearon el Ariari y estuvieron de regreso

CAPITULO IX

Después de un largo día de viaje, los navegantes se aprestaron a pernoctar.

-Otra vez a que nos traguen esos malditos mosquitos –entre maldiciones protestó uno de los soldados.

-¡Por la pasión de Jesucristo, ya estoy cansado de su inconformidad! –iracundo espetó Adán y agregó- no lo engañé, usted sabía lo qué veníamos a enfrentar.

-¡Sí, sí, yo lo sabía!, ¡póngame en frente a cualquier enemigo y lo enfrento! Pero no a esos malditos zancudos que me tienen desesperado –continuó protestando el hombre y se internó selva adentro buscando un lugar donde hacer sus necesidades.

Los gritos de agonía fueron escuchados por los demás miembros de la expedición; espada en mano el primero en salir en ayuda del desventurado fue Adán, también fue el primero en llegar y contemplar el dantesco espectáculo.

-¡Por la santísima Virgen Bendita! –exclamó.

Una enorme serpiente constrictora aplastaba contra sí el inerme cuerpo del hombre. Algunos de los soldados llegaron prestos junto Adán.

-¿Qué esperan? ¡disparen a ese monstruo! –gritó José de Jesús.

Una verdadera lluvia de proyectiles acabó con la vida del enorme guío; rescataron el cuerpo del infortunado

y procedieron a darle cristiana sepultura. No terminaban de salir de la sorpresa cuando los gritos de auxilio de un segundo hombre los volvió a alertar. El soldado, amparado en el tronco de un árbol espada en mano trataba de defender su vida del ataque de un enorme jaguar; una saeta disparada por Sato y dos tiros de arcabuz terminaron con la vida del felino. Los cazadores africanos se acercaron y detenidamente miraron al animal muerto.

-Juraría que es un león sin melena y pintado con mariposas - escuchó José de Jesús decir a uno de los negros

Sería medio día cuando avistaron sobre un alto barrancón lo que parecía un apacible caserío indígena. La algarabía de pequeños que se arremolinaban en la orilla del río viendo la llegada de las barcazas animó a Adán a maniobrar su bote, acercándolo a la ribera. Los Sáliva permanecieron impasibles ante la llegada de los blancos; un grupo de indígenas llegó cerca de los blancos, uno de ellos se comunicó en español.

-.El jefe de la tribu les comunica que son bien recibidos, pueden desembarcar y sentirse como nuestros invitados.

-¿Qué pueblo es este que tan bien nos recibe?-preguntó Dubois

-Somos Sálivas –respondió el interprete.

Dubois consultó sus escritos y mentalmente leyó.

-Sálivas, comunidad indígena que habla en lengua Tairona, se dedican a la agricultura con la técnica de roza y quema, cultivan yuca, maíz, fríjol, ñame y totumo; además, cazan aves, venados, tortugas y capturan hormigas, gusanos y larvas; su dieta la complementan con pescado.

-Podemos desembarcar sin temor, ellos son cristianos y no belicosos –advirtió Dubois.

Por seguridad las mujeres permanecieron en sus hogares. Les pidieron a los recién llegados que si entre ellos viajaba algún sacerdote hiciera el favor de bautizar a algunos niños enfermos, con riesgo de morir sin los santos "olios" ; se abstuvieron de decir que entre ellos había un clérigo, no deseaban poner en evidencia al fraile luterano. Temprano abandonaron la aldea, no sin antes dejar algunos regalos.

-Debemos sembrar para recoger –advirtió José de Jesús –no sabemos en qué condiciones sea el regreso.

Para hacer menos monótono el viaje, Dubois optó por leer apartes de la historia indiana. El compatriota de Schneider y Conrad, el señor don Nicolás de Federmán; varón, nacido en la ciudad de Ulm, partió rumbó a estas exóticas tierras, contratado por la casa comercial Wesler; zarpando en San Lucas de Barrameda el dos de octubre de mil quinientos veintinueve al frente de ciento veintitrés soldados españoles y veinticuatro mineros alemanes, arribando a Coro, Venezuela, el ocho de marzo de mil quinientos treinta, en busca del tan anhelado Dorado y tratando de encontrar la ruta más cercana para llegar al mar del sur; nuestro amigo – deducía Dubois -en ese entonces no tomó la ruta que ahora llevamos, tal vez porque no la conocía, - continuó la lectura- en sus varios viajes se internó por selvas, sabanas y ríos sin lograr encontrar nada provechoso, salvo exiguas cantidades de oro prisioneros indígenas que repartía entre sus soldados, en los amaneceres atacaba y destruía aldeas sa[illegible] las minucias que poseían los indios.

[illegible]ros de la barcaza se durmieron escuchando

las narraciones del francés; dejó de leer cuando notó que nadie lo escuchaba.

-¡Desembocadura de rió a babor! – gritó un marinero. Presuroso, de Souza observó el mapa de que disponía.

-Son las aguas del Meta, esa es la ruta que debemos seguir

–expresó

- No será fácil remontar ese río, es demasiado caudaloso y el viento no es favorable - preocupado, comentó José de Jesús.

-Pietro ha navegado ríos más caudalosos, solicítale indicaciones de cómo proceder – ordenó Conrad.

No sin dificultades lograron entrar en el caudal del río. Durante dos días navegaron sin contratiempos, salvo los ocasionados por el sinnúmero de afluentes que a lado y lado esporádicamente aparecían con fuerza, intentando detenerlos; ya estaban acostumbrados, así había pasado durante todo el recorrido.

-Nos acercamos a la desembocadura del Cravo norte y Ariporo; en los próximos días navegaremos con tranquilidad, esta zona está habitada por indios Achagua que no son belicosos –informó Dubois.

Las corrientes del rió Cravo norte y Ariporo se unen aguas arriba para desembocar en un solo afluente en el Meta; una vez pasado el difícil tramo del rió avistaron una importante aldea Achagua.

-Adán, adelanta unos hombres y soliciten nos admitan pernoctar –ordenó Conrad.

No pudo ser mejor la recepción. Con berría, bebida embriagante hecha con casabe fermentado, miel y agua; chicha, brebaje de mandioca fermentada, fueron atendidos los recién llegados. Les sirvieron en abundancia pescado al humo (moquiao), carne asada de venado y bastante pan de yuca (mandioca) llamado casabe.

-El cacique quiere congratularse con usted y por ello le ofrece como regalo dos (macogerrí) esclavos y una (macegetua) esclava –dijo a Conrad el aborigen que hablaba español

El teutón como primer impulso quiso rehusar tan indignante obsequio, pero el oportuno consejo de Adán lo hizo cambiar de idea.

-La peor ofensa que se puede hacer a esta gente es despreciar lo que quieren obsequiar; acepta el regalo, luego veremos qué hacer con los infelices

-El cacique va a regalar la mujer loca –con maliciosa risilla comentó a otro uno de los indígenas presentes.

Adán que entendía el dialecto Achagua comprendió las palabras del aborigen.

-Traigan a los prisioneros - ordenó el cacique; siendo interpretadas sus palabras, los europeos entendieron la perorata del vejete –la mujer que les voy a dar la recibí a cambio de una piel de jaguar, los que la trajeron dijeron haberla encontrado medio ahogada en la orilla de un río en tierras lejanas; debe tener espíritus malignos en la cabeza porque no intenta escapar y nadie entiende lo que habla.

La mujer y los dos prisioneros fueron traídos y obligados a caer rodilla en tierra; con el rostro agachado, sin levantar la mirada, mansamente la mujer se resignaba a su suerte.

Las palabras dichas por Conrad y pronunciadas en alemán, hicieron que la mujer, con sorpresa, lo mirara fijamente.

- Adán, di a estos hombres que no maltraten a los prisioneros.

-¿Ludwin? –dijo débilmente la mujer y avanzó hacia Conrad.
Los indígenas trataron detenerla pero el movimiento autoritario de Conrad los contuvo.
-¿Ludwin Schmidel? –preguntó Conrad, con expresión de extrañeza.
-Sí, Ludwin Schmidel –repitió la mujer y le acarició el rostro.
El hombre permaneció en silencio, dejó que los recuerdos regresaran a la memoria de las desventurada mujer.
-¿Habla alemán? –preguntó Conrad
-Ya, Herr (sí señor) - respondió la mujer.
-¿Conoce a Ludwin Schmidel?
-Sí, es mi esposo –con tristeza, respondió Hondiquera.
-Bajen de las canoas dos barriles de ron, este acontecimiento vale la pena celebrarlo –ordenó Conrad.
Las palabras dichas por Conrad fueron escuchadas y entendidas por el indio traductor; a todo pulmón comunicó a los suyos la agradable noticia; en desorden y lanzando gritos de alegría salieron en busca de recipientes para recibir parte del apreciado licor.
-Que no se vayan a tomar todo mi ron –protestó el viejo Francisco, en tanto bebía una totumada de chicha.
Por largas horas Conrad dialogó con Hondiquera; ella le relató toda su tragedia, lo enteró de la existencia de su hija con el alemán, ella escuchó vivamente sobre la hermosa Cristina y el angustiado viejo que desesperado aguardaba noticias de su hijo.
-Ludwin me comentó todo sobre su pasado, entre nosotros nunca hubo secretos; tenía en mente regresar a su país luego de nuestra unión. Me alegraba saber que mi hija tuviera una hermana –Hondiquera daba rienda suelta a su alegría; hablaba y no paraba de hablar. dando la impresión a Conrad que aún no recobraba del todo la razón –sé que Ludwin está vivo y me espera en alguna parte.
La atención de Conrad se distrajo por unos instantes. Espada en mano el viejo Francisco correteaba a los perros que perseguían a Katia; el animal estaba en celo y enervaba la sexualidad de los escuálidos canes machos.
-¡No ha nacido el maldito perro que se haya ganado el derecho a ser mi yerno! –gritaba el viejo, en tanto sus compañeros reían y lo animaban a seguir con su cometido.
Francisco dejó de correr; exhausto se sentó sobre el grueso tronco de un árbol caído y con tristeza miró a su Katia; el más avezado de los perros había logrado copularla y la arrastraba por la orilla del río.
-¡Inmoral! ¡impúdica casquibana! ¡no voy a reconocer tus hijos como mis nietos! ¡ojalá que el diablo te cargue y te queme en azufre hirviente! - maldecía el viejo, empinando su inseparable botella de licor.
Los hombre de la comunidad anfitriona, embrutecidos con lo primeros tragos de licor se colocaron sus máscaras ceremoniales e iniciaron a danzar un ancestral baile dedicado a sus deidades religiosas; con tambores, flautas hechas de caña o de huesos de antiguos enemigos caídos en combate, acompañaban sus monótonas canciones.
-El cacique lo invita para que comparta el yajé –comunicó el interprete a Conrad.
Conrad miró a Hondiquera sin entender lo escuchado.
-Es una costumbre en alguna tribus; cuando se comparte el yajé se unen lazos de amistad inquebrantable.
-¿Qué es el yajé? -se interesó Conrad.

-No sé, nunca a una mujer se le permite compartir y menos participar en esa ceremonia –respondió Hondiquera y agregó- pero creo que son narcóticos que permiten la comunicación con lo espíritus.
A cada instante Conrad se sorprendía con la manera acertada y fluida como la esposa de su compatriota se expresaba; podía sin esfuerzo alguno dialogar en español, alemán y en algunas veces en latín; a más de explicarle expresiones que escuchaba decir a los indios. La mujer loca como la llamaban sus captores, poco a apoco recobraba la lucidez.
-Encontré un tesoro en el camino –pensó el aventurero.
Las mujeres Achagua, tímidamente se acercaban a Hondiquera; después de tenerla como su esclava y prisionera, se admiraban de verla y escucharla dialogar en extraño idioma con el hombre llegado por el río.
-Me voy a retirar un momento, las mujeres quieren hablar conmigo –dijo Hondiquera.
Con los antecedentes vividos por ella, Conrad no se sintió a gusto ver que se marchaba tras sus antiguas carceleras; con un ademán indicó a Sato y a Schneider para que estuvieran al tanto de su seguridad.
En medio de un nutrido grupo de jóvenes mujeres, Hondiquera fue acompañada hasta un caño cercano; con risillas y pequeños empujones Sato y Schneider fueron convencidos de no seguirlas. Tal vez una hora, que se hizo interminable para Conrad, duró la ausencia de Hondiquera; por un instante llegó a pensar que su nueva amiga corría peligro, y observó que desde un cercano lugar algunas viejas indígenas lo miraban a hurtadillas y se reían.
-Si la esposa de Ludwin corre algún peligro o le hacen algún daño, de este poblado no queda ni el recuerdo -lo escuchó pensar en voz alta Sato.

La alegría regresó al rostro de Conrad. Acompañada por dos jóvenes mujeres, de una de las malocas salió Hondiquera.
-Razón suficiente tuvo el señor Schneider para enamorarse de esa mujer –comentó Sato.
-A pesar del sufrimiento y penalidades vividas; aun conserva una belleza exquisita –anotó Schneider.
Al acercarse, los tres amigos, a la mejor manera de los caballeros europeos de saludar a una Madame, los hombres se despojaron de sus sombreros y reverenciaron a Hondiquera. Su luenga cabellera, ahora perfectamente peinada y adornada con algunas flores de vivos colores, se antojaba tan negra como el ébano; ya no vestía el andrajoso traje, dos delgadas tirillas sobre los hombros sostenían una anatómica confección de fibra de cáñamo que cubría hasta mitad de las piernas; en sus pies, antes descalzos, llevaba calzado de piel de venado.
Uno de los europeos en medio de su ebriedad se acercó y tratando de sujetar a Hondiquera por el brazo, dijo, -esta la quiero para mí.
El puño de Schneider se estrelló con violencia contra el rostro de abusivo; aún en tierra el hombre escuchó las palabras de Dubois.
-Cuando se dirija a la dama presente, debe hacerlo como Madame, Mi lady o señora Schmidel.
El jolgorio de los indios continuó hasta que el último de ellos quedó dormido en cualquier lugar. Con la protesta de Francisco, Katia fue copulada por todos los perros de la aldea.
-...a la mujer negra que viaje en la misma canoa con ...ora Hondiquera –ordenó Conrad a José de Je... esposa de Ludwin caminaba cerca del teutón.

quien le dijo- le agradecería le enseñe alguno de nuestros idiomas a la mujer que la va a acompañar; quisiera de alguna manera comunicarme con los africanos.
-Haré lo mejor posible; procuraré enseñarles español, es el idioma que nos obligan a hablar en público. Hubo una época –rememoró la mujer –en que a los indígenas que no hablaran el español y no profesaran la fe cristiana les herían la lengua con clavos ardientes y a fuerza de azotes y torturas los obligaban a besar el crucifijo.
-Nuestros amigos españoles trajeron a Jesucristo vistiendo armadura de guerra, con látigo y espada en las manos; sin pretender ser apóstata de la fe, entendería a los indígenas que no se hagan cristianos – comentó Conrad
-¿Usted es cristiano?
-Si, Jesucristo es mi pastor.
-Pero no lleva crucifijo –se fijó ella.
-Soy cristiano, mas no sigo las orientaciones romanas del Papa.
-Si se enteran los frailes lo harán preso y lo juzgarán al igual que Ludwin.
-No, ellos a nosotros no nos juzgaran; no tienen esa potestad. Hondiquera ¿es usted cristiana?
-Sí, Ludwin me relató toda la historia de su creencia, y aunque para el común de la gente es prohibido leer la Santa Biblia, siempre llevaba una versión del libro santo escrito en latín.
-¿Esa es la razón por la cual usted habla también ese idioma? - preguntó Conrad
-Los días junto a mi amado Ludwin los pasábamos hablando de tantas cosas; después de enseñarme a leer se preocupó porque conociera la historia y la cultura greco romana; me explicó el complicado sistema político de Europa; me habló de las guerras innecesarias que han luchado por conservar el poder de sus estados.
-¿Le comentó que él ostenta un título nobiliario?
-Me dijo que su padre está emparentado con la casa real de los Habsburgo, parientes lejanos, a la vez, del actual rey de España.
-Siendo así permitió ser tratado tan indignamente. Si él no lo hace, a mi regreso a Europa pondré en conocimiento de las autoridades respectivas el mal trato dado a un miembro de la nobleza alemana –sin ocultar su enojo amenazó Conrad.
-En estas tierras de Dios se cometen arbitrariedades, injusticias que sabemos están prohibidas por el rey de España y su corte ¿Qué persona va a denunciar a los soldados españoles que torturan y matan a los indios para quedarse con sus pertenencias y mujeres? Son los indios los que trabajan hasta morir para suministrar alimento a los poblados de los blancos; tantos y tantos hombres han regado con sangre la tierra para satisfacción del conquistador.
-¿Los fraile interceden a favor de los indígenas?
-Algunos, a otros sólo les interesa el diezmo, y si es en oro tanto mejor; tenemos que velar por el mantenimiento de las capillas, procurar la buena alimentación de los frailes y someternos a ser repartidos como animales en encomiendas; aparte de eso nos convirtieron en tributarios de la corona; a como de lugar debemos cumplir las exigencias de los tributos, so pena de ser llevados a trabajar en las minas de Pamplona.
-¿Cómo se llama su pueblo? –preguntó Pietro que retozaba tranquilamente escuchando la conversación.

-Somos Guayupe- respondió orgullosamente la mujer.
-Los señores de la diplomacia, –dijo Dubois –así fueron llamados por don Alonso de Herrera que en mil quinientos treinta y cinco pasó por esos territorios en busca del Dorado; al no encontrar el anhelado tesoro escuchó de indios lugareños la historia de las mujeres amazonas y se internó selva adentro hasta llegar a las tierras del río Caquetá.
-Nunca encontraron ni encontraran el Dorado; lo tuvieron en su manos, lo vieron sus ojos, lo pisaron sus pies, lo olieron en medio de la selva –dijo con tristeza Hondiquera.
-Sabe que no venimos en busca de riquezas y una vez encontremos y dialoguemos con Ludwin regresaremos a nuestra tierra –dijo Schneider y preguntó -¿en verdad existe el Dorado?
-Lo verán sus ojos, lo pisarán sus pies, lo palparán sus manos, lo olerá en medio de la selva –respondió Hondiquera.
-Eso es un acertijo –protestó Adán.
-Las palabras que ha escuchado de mis labios me las enseñó Ludwin; cuando lo vean y le pregunten por el tesoro así les responderá.
-Difícil de adivinar –rezongó Schneider.
-No amigo mío, recuerda originalmente de quien vienen esas palabras; debemos estar concentrados y no dejar pasar desapercibido ningún acontecimiento –expresó Conrad
-Si desde un principio los indígenas hubiéremos sabido que a los blancos únicamente les interesaba el oro todas, todas las tribus unidas como una sóla les hubiéramos entregado montañas de oro; tal vez cargados con el vil metal y ya en su tierra, en una sola guerra luchando por la tenencia del oro su mundo ya no existiría; y con su mundo yacerían tantas cosas malas que con ellos llegaron, las enfermedades, las ratas, lo parásitos del cabello, los malos olores corporales, sus pistolas, su licor. Jesús, el hijo de Dios, hubiese llegado en blanca nube a traernos su enseñanza; el trono del cacique más importante sería para él, con nuestras manos y el roció mañanero de las flores del campo limpiaríamos las herida de sus pies, manos y costado; en vez de vinagre, con agua de cascadas cristalinas calmaríamos la sed del moribundo, ayudaríamos a cargar su cruz; la heridas de su frente sanaríamos con las medicinas milenarias y su voz, su palabra, sería trasmitida por sonido de tambores y el árbol, la montaña, el río, el sol, la luna y las estrellas, entonarían cantos de gloria y alabanza a la eternidad de su Nombre.
En la canoa se sentía el silencio, el mismo deslizamiento de la canoa sobre la corriente no se escuchaba, los hombres miraban atentos a Hondiquera, sus ojos se llenaron de lágrimas al escuchar su vehemencia para protestar por las injusticias cometidas contra su pueblo y la manera como reconocía la divinidad del hijo de Dios. La mujer africana, que no entendió las palabras de Hondiquera, por la limitante idiomática, se limitó a tomarle la mano y apretarla con dulzura.
La tarde comenzó a morir sobre las cristalinas aguas del Meta; el cielo se llenó de miles de aves que regresaban a sus nidos, garzas blancas, rojas corocoras, garzas morenas, patos, las tantas variedades de loros, papagayos y periquillos, llenaron las selva con su característico escándalo; en la orilla, entre los altos [illegible] monos de todas la pelambres saltaban entre

las ramas disputándose el mejor lugar para pasar la noche y ponerse a buen cubierto de los depredadores naturales; en lo profundo de la selva se escuchó el chillido del cerdo salvaje al ser atrapado por el majestuoso jaguar o tigre americano; el pequeño tigre canaguaro oteaba el monte en procura de una fácil presa; tal vez un bebé sahíno, una lapa, un armadillo o un chigüire , que por un descuido fuera su cena.

Schneider miraba como hechizado el lento morir del sol sobre los grandes árboles; aunque era el mismo sol de su lejana Alemania nunca antes vio colores tan intensos, rojo sangre, amarillo oro, blanco y purpúreo, eran lo visos que acompañaban la muerte del astro rey. Sato miró con nostalgia la puesta del sol; en días de verano ese mismo disco no moría, sino que regresaba a la vida todos las mañanas besando con sus dorados rayos las cumbres majestuosas del monte Fujiyama, allá en su tierra.

-Adán, busca un lugar donde pasar la noche –ordenó Conrad.

-Allí -indicó Hondiquera, señalando la orilla.

Con el paso de los días de verano el caudal de los ríos aminoraba vertiginosamente; una amplia mancha de arena se interponía entre el agua y la selva.

Una vez en tierra, con ademanes Hondiquera indicó a la mujer africana que la siguiera, se aprovisionaron de bolsos de fibra y se encaminaron playa abajo; adelante de ellas iba Katia que juguetona inspeccionaba el terreno. La acción de las dos mujeres pasó desapercibida para los hombres, sólo después de terminar el febril trabajo de acondicionar el campamento Schneider dijo:

-No veo a las mujeres por ningún lado – los que estaban cerca de él se miraron en silencio, desviaron los ojos y recorrieron el campamento.

-¡Las mujeres no están! – alertó José de Jesús.

-¡Mi Katia tampoco! Y está esperando bebés – dando tumbos se acercó Francisco el castellano.

-¡Todos, a buscarlas! –ordenó Conrad.

Uno de los africanos se acercó a José y preguntó la causa del alboroto; una vez se enteró de la preocupación de los blancos, invitó a que lo siguieran; fue fácil seguir la huella de las pisadas en la arena. Metros abajo, entre risas de satisfacción, las mujeres desenterraban de la arena infinidad de huevos de tortuga. Algunos animales desovaban y regresaba al agua.

-Atrapen algunas –indicó Hondiquera.

Tres hombres no bastaban para cargar los pesados animales que una vez atrapados y patas arriba, les eran extirpadas las entrañas.

-Prendan hogueras, vamos a comerlas asadas –dijo Hondiquera.

-Es una mujer en verdad valiosa –comentó Dubois a sus amigos.

-Si fuera mi enemiga, hubiese actuado igual que los españoles –se atrevió a comentar De Souza, que ante la mirada de desconcierto de sus amigos, aclaró lo dicho –digo, es que la Madame tiene don de reina; si hasta nuestros mismos hombres la tratan con deferencia.

-En los pocos días de compañía de la mujer negra, ya me he escuchado algunas cortas conversaciones; unas veces en español, otras en el dilecto africano –informó José de Jesús.

-Me he escuchado decir que los originarios de la dama, eran llamados señores de la diplo- dijo Schneider

-Sí, en los textos sobre los cuales me documenté, leí historias muy interesantes sobre esta comunidad, la talla de lo hombres es igual y algunas veces superior a la de los europeos; aunque son recios guerreros no inician una confrontación sin antes ser gravemente ofendidos; tienen las mejores relaciones con las tribus vecinas a los cuales interpretan y comunican con otras dispersas y lejanas, por su constante interrelación con personas disímiles, han adquirido una capacidad increíble para entender idiomas desconocidos. El relator de la historia de estos hombre, en alguno de los apartes dice que a ellos les fue entregado el Dorado y que una vez en sus manos lo dieron en custodia o bien a las Amazonas o a una raza de indios verdaderamente feroces y antropófagos que habitan en lo más profundo de la selva.

-¿Qué has leído de las Amazonas?-preguntó Pietro.

-Son tribus conformadas únicamente por mujeres hermosas y temibles; a las jóvenes les extirpan uno de sus senos para que pueden manejar con holgura el arco y las flechas; incursionan contra las tribus vecinas para tener hombres esclavos, a los que encierran como animales y los utilizan exclusivamente como reproductores.

-Yo me dejaría apresar para desempeñar ese difícil trabajo - comentó risueño José de Jesús

-Una vez los hombres se hacen viejos, -prosiguió Dubois -los hacen trabajar hasta morir, los sacrifican a sus dioses o tal vez los utilizan como alimento.

La sonrisa de José desapreció de sus labios, aclaró su garganta y se retiró del lugar.

-Alguien sí nos puede decir si las amazonas existen dijo Pietro.

-Cony, a ti Madame Hondiquera daría esa información - sugirió Schneider.

-De todas la historias que he escuchado, esta me gustaría comprobarla, averiguaré al respecto –se retiró Conrad en busca de Hondiquera. Tras él caminaron sus amigos

-Sí, ellas existen, -le respondió despreocupada Hondiquera- habitan en una gran ciudad en medio de la inmensidad de la selva, por la ruta que conduce a la tierra del gran Inca; mi padre ha viajado ese camino y ha comercializado con ellas.

La información despejaba cualquier manto de duda.

-¿Qué comercializan ellas?

-Pieles, medicinas y otras cosas a cambio de sal, vestidos de algodón y lana, calzado de piel de venado.

-¿Es verdad que son muy violentas?

-A mi padre no lo hicieron prisionero porque llegó hablando su lengua; en uno de sus viaje él encontró a un hombre que había escapado de esas mujeres. Durante su cautiverio, de muchos años, el prisionero aprendió el lenguaje de las amazonas y por gratitud lo enseñó a mi padre. Ellas se sorprendieron cuando un hombre les habló en su lengua y les contó que hombres de piel blanca, montados sobre fieros animales estaban preguntando por la nación Amazonas. Ese mismo día, cuenta mi padre, las mujeres asesinaron a todos los prisioneros, abandonaron la ciudad y corriendo abajo de un gran río, se internaron más en la selva.

Alguna vez podremos hablar con su padre? –se interesó Conrad.

y se encuentra en la aldea, se sentirá honerlos; no sin antes aprender la lengua de stedes –aclaró Hondiquera.

-¿Cuántas lenguas cree que entienda su padre?
-De lo que sí estoy segura es que la que habla el señor Dubois, él nunca la ha escuchado.
-¿A usted le gustaría hablar como el señor Dubois? –preguntó Schneider.
-Cuando entienda a la mujer africana, le voy a pedir a Monsieur Dubois que me enseñe su modo de hablar –dijo Hondiquera mirando fijamente al francés.
-Para mí será un verdadero placer Madame -.respondió cortésmente el hombre.
Un merecido descanso de tres días se tomaron en aquel paradisíaco lugar. Hondiquera supo que la mujer africana se llamaba Unga, su compañero Makule, los otros dos negros, Mukele y Dekume.
-Las dos comunidades indígenas que hasta ahora encontramos tierra adentro, nos han atendido bien, ¿así será durante todo el recorrido? -preguntó Conrad a Hondiquera.
-No se confíe Herr (señor) Conrad, en el fondo los indígenas sienten un profundo odio por todos los blancos. Desde muy niños se les van enseñando todo el mal que se ha recibido de los invasores; a los pequeños se les relatan sobre los años dorados anteriores a la llegada del hombre blanco; cuando no había enfermedades, cuando podíamos adorar el sol sin ser hechos prisioneros por herejes; con una simple oración se sanaba la mordedura de la serpiente más venenosa o la puya de la raya más grande; luego, nos prohibieron las oraciones ancestrales y nos dijeron que el padre nuestro sanaba todos los males; si a usted lo ataca una serpiente, puede rezar mil padre nuestros y siempre morirá; con una sola vez que yo diga la oración de la serpiente, usted dormirá por un corto tiempo y despertará sin sentir malestar alguno.
-¿Puedo aprender esas oraciones? –indagó Conrad.
Hondiquera lo miró fijamente. Su recuerdos la llevaron al pasado.
-De ese mismo modo me habló Ludwin; es la ventaja que tienen ustedes sobre los españoles, ustedes quieren aprender *todo sobre nosotros*, los otros quieren que aprendamos todo de ellos; nos imponen su idioma y no se interesan por aprender el nuestro. Cada día, más y más, se aumenta *el abismo entre nuestras* culturas.

-No creo, pero deben estar al pendiente; el que más insistía en encontrar a la supuesta bruja era el tal padre inquisidor; durante el tiempo de su estadía celebraba misa hasta dos veces por día; -a cualquier precio, dijo, se debe alejar las brujas y los demonios de estos lugares. Se marcharon porque al sargento le dolían las muelas.

Minegua, una vez escuchó las palabras del mensajero regresó a la maloca y se dedicó a preparar las flechas que utilizaría el siguiente día; se tenía conocimiento de la cercanía de una manada de cerdos salvajes.

-Están en la sabana, al otro lado del río Ariari –escuchó decir al indio que avistó a los jabalís.

Sentado, miró en frente suyo; al otro lado de la maloca, en medio de la penumbra, una india casi niña, era violada por un joven guerreo. En otros tiempos, ese acto hubiese sido castigado con la muerte o el destierro; ahora las cosas estaban cambiando, no era que su comunidad se estuviera degenerando; sencillamente si un miembro de la tribu no embarazaba a una de sus mujeres, en cualquier momento soldados podían incursionar y abusar de las jóvenes, por los patios de las malocas deambulaban algunos pequeños con la piel más clara que los demás. Tal vez por su condición de príncipe, su novia era respetada; últimamente la promiscuidad y la poligamia eran evidentes; las aldeas se estaban quedando sólas, algunos hombres seguidos de sus esposas e hijos optaban por embarcarse río abajo huyendo de la tiranía de los blancos.

La entrada del abuelo de su novia lo hizo volver a la realidad.

-Antes de la salida del sol partimos a la cacería; me preocupa dejar sólas a las mujeres, últimamente los blancos han estado merodeando muy cerca de la aldea.

-Podemos dejar algunos guerreros –recomendó Minegua.

-Ninguno quiere perder la cacería y los entiendo, es la oportunidad que tienen de practicar el tiro.

-Llevemos a las mujeres y las dejamos la otro lado de río.

-Es acertada su recomendación –respondió el viejo saliendo de la maloca.

Con las primeras luces del nuevo día, cuatro lánguidos perros ladraban alegremente al ser atados a delgados cordeles, sabían que sus amos marcharían de cacería. Silenciosamente las mujeres iniciaron la marcha; sobre su espalda fardos con sus pequeños hijos y lo elementos adecuados para pasar uno o varios días lejos del hogar. Adelante del grupo marchaban los guerreros jóvenes, a mitad de grupo las mujeres y los niños y cerrando la caravana los viejos, los inválidos y los enfermos. Al llegar a la orilla del río Ariari abordaron las canoas. A media mañana desembarcaron en la orilla contraria de la confluencia del Ariari con el río Guape.

Pasaron varios caños de bajo caudal y establecieron el campamento donde se iniciaba un extenso banco de sabana. El alto pajonal estaba seco y ya los estragos del verano se hacían evidentes.

-Tengan cuidado al prender los fogones, pueden iniciar un gran incendio en la sabana –recomendó el abuelo de Marbachare.

El anciano se acerco al indígena que había detectado a los cerdos y le preguntó.

-Dónde está la manda?

-Hombre señaló a lo lejos donde se alzaban gran cantidad de palmas de moriche.

-Se están refrescando en el bajo de la morichera – expresó Minegua

El viejo oteó la distancia; observó la inclinación del pajonal supo de la dirección del viento; cada uno de los cazadores alistó sus armas; algunos lanzas, otros, arco y flechas.

-Cuando cambie la dirección del viento debemos evitar ser olfateados por los animales –dijo Minegua a los cazadores novatos.

haciendo un semicírculo la tropa de indígenas se acercó a la manada de cerdos. Subido en un árbol de chaparro sabanero, el abuelo de Marbachare espió a los animales; cerca de mil cerdos se acicalaban en el fango del ya medio seco estero. Con ademanes indicó la localización de las futuras presas; tuvo a buen juicio de no elegir al sute; matar al guía de aquellos cerdos significaba poner en peligro mortal a todos los suyos; desde su lugar no pasó desapercibido un sutil movimiento del pajonal; ordenó a sus hombres que a rastras se acercaban, detener el avance. Un tigrillo había elegido su presa, un pequeño cerdo alejado de la madre escarbaba en el fango en busca de alimento, el felino fue rápido, certero; con fuerza, sus colmillos se clavaron en la garganta de la víctima sin darle tiempo de escape; la muerte sorprendió al cerdo en medio de estertores desesperados; la acción pasó desapercibida para el resto de los animales El guía ordenó avanzar; desde su lugar tensó el arco y una saeta voló para incrustarse tras la oreja de un gran macho; el ataque fue simultáneo, los cazadores supieron elegir sus presas; machos jóvenes y viejos, ninguna hembra, menos pequeños; se debía salvaguardar la subsistencia de la especie.

Acercaron sus presas al improvisado campamento y se alistaron para pernoctar en ese lugar.

Los plateados rayos lunares bañaban la inmensidad del llano; desde el altozano donde se encontraba, Minegua contemplaba la vega del Ariari; entre el monte escuchaba los sonidos que desde niño sabía diferenciar; ahí, en ese mar de vegetación para algunos seres la vida apenas comenzaba, para otros terminaría en las fauces de algún depredador; llegado del pajonal sintió un olor característico y permaneció inmóvil; a escasos dos metros pasó una enorme serpiente de cascabel, tendría el grueso de su pierna y algo más de dos pasos y medios; el ofidio bajó el barrancón y se internó en la espesura.

El verano hacía que los animales buscaran lugares frescos; se podía perder la vida al acercarse a las fuentes de agua; los predadores, en busca de alimento, solían emboscar a sus víctimas en esos lugares.

La luz de la luna proyectó algunas sombras desconocidas por Minegua, alguien espiaba el campamento, temió lo peor, podían se Guahibos, Quiso ponerse en pie para alertar al vigía que se encontraba a unos metros, pero suavemente, para no alarmarlo, una mano se posó sobre su hombro dándole tranquilidad. El abuelo de Marbachare le sugirió por medio de señas estar tranquilo, guardar silencio y permanecer en el lugar. Los intrusos, cual ladrones furtivos, llegaron silenciosamente hasta el lugar donde se encontraba almacenada la carne de cerdo, cargaron con algunas presas y en silencio, igual como llegaron, se perdieron en medio de la noche.

-Son los hombres que no hablan –explicó el anciano y agregó- no son peligrosos, pareciera que vivieran en otro mundo, Deambulan por los montes, los ríos

sabanas; el tigre más feroz se aparta de ellos y el güio del pantano parece ignorarlos.

-No los pude ver con claridad, me pareció que son gigantes - anotó Minegua.

-Sí, son gigantes, no utilizan armas ni necesitan de vestir prenda alguna; su cuerpo, al igual que el de los micos está cubierto de pelo, siempre que los he visto ha sido de casualidad y nunca a más de tres individuos.

-¿De dónde provienen?

-No sé, con otras tribus he averiguado la procedencia de esos seres y siempre escucho la mismas respuestas; deambulan cerca de los ríos Ariari, Guayabero, Guaviare y en las riberas del Inírida; no son agresivos y nunca tratan de comunicarse con el que los ve; de ahí que los llamen los hombres que no hablan; se acercan con cautela, con curiosidad observan a las personas, luego con indiferencia se marchan como llegaron; jamás he sabido que se acerquen a una aldea, las veces que han sido avistados es, en la selva o la sabana.

-Son verdaderamente altos – opinó Minegua.

-Su estatura puede ser igual o superior a la de un blanco montado sobre su caballo –expresó el viejo.

-Quisiera poder verlos en el día, saber exactamente cómo son; cuando me haga viejo y mis hijos me pregunten sobre esos seres, quiero saber responder sus inquietudes.

-Tengo mediana idea de saber donde encontrarlos, mañana seguimos sus huellas y trataremos de verlos a la luz del día.

Con esas palabra y con el mismo sigilo como llegó, el viejo se retiró del lugar buscando su sitio para pasar la noche. Minegua esperó otro buen rato; desde muy niño se deleitaba contemplado el firmamento en las claras noches de verano; fijó la mirada en la oscura bóveda celestial; las estrellas titilaban inermes en su eterno lugar de siempre, vio que algunas se desplazaban a gran velocidad y desaparecían en el espacio profundo – debe ser la canoa de Chiminigagua que navega por los ríos de sus dominios o Jesús, que visita los tantos mundos del mundo de su padre- pensaba el joven. Algo llamó su atención; lejos, muy lejos sobre la selva y la sabana, la sierra de la Macarena estaba frente a sus ojos y desde su lugar vio extrañas luces que se insinuaban en la distancia; dejó su lugar, no quería ser testigo de algo de lo cual se pudiera arrepentir, de sobra conocía la historia de Queres, Amarizagua y Camazagua y la venganza del ofendido esposo en cualquier momento de la historia se podía llevar a cabo. Buscó su lugar y el concierto de sonidos nocturnos lo hundió en profundo sueño.

A la mañana siguiente, temprano, en silencio siguió al abuelo de Marbachare; bastaron algunos minutos para encontrar las huellas de los enigmáticos visitantes nocturnos. El pajonal estaba doblado y era cómodo seguir la senda; tal vez cien metros adelante, Minegua se detuvo sorprendido, al pasar cerca de una chucua (lugar húmedo en la sabana) sus ojos se abrieron desorbitados al ver la enorme huella de pie que se presentaba ante sus ojos. El viejo se detuvo, miró y asintió con la cabeza; Minegua colocó su pie sobre la huella, cuatro o tal vez cinco de sus pies cabrían en aquel hueco. El viejo sonrió para animarlo.

-Se dirigen al caño Iracá –informó el abuelo- será fácil encontrarlos, en ese lugar los he visto varias veces. Tomando medidas para no ser avistados por los

seres que buscaban, dejaron la sabana y se internaron en la mata de monte que bordeaba el caño. De pronto el viejo se quedó estático, Minegua hizo otro tanto; el viejo señaló, el joven entendió el mensaje. Allí estaban, dos hembras, tres machos y un niño; uno de los machos dirigió la mirada hacia el lugar donde se ocultaban los intrusos; el viejo al sentirse descubierto, abandonó su escondite para que el ser lo mirara; toda la familia de los hombres que no hablan observaron al viejo y a Minegua, sintieron la misma aprehensión y temor que cuando un hombre es observado por dos caballos. Continuaron devorando la carne de cerdo robada sin dar demasiada importancia a los intrusos. Después de algunos minutos iniciaron el viaje de regreso. Minegua se sentía confundido, quería preguntar tantas cosas al viejo que no encontraba la manera de formularlas; el anciano se percató de la ansiedad del joven y sin detener la marcha, le dijo:

-Ese es uno de los tantos secretos que guarda la selva; si esos seres pudieran hablar, de seguro ya se sabría de donde han venido, sin embargo, temo que su procedencia *quedará en el olvido, nunca nadie jamás* conocerá su pasado y le ruego joven Minegua no mencionar lo que hoy ha visto; si le preguntan hable, de lo contrario guarde silencio, así estará salvando la vida de esos inofensivos.Con la llegada del nuevo día se inició la marcha de regreso. Por indicaciones impartidas por los ancianos de la tribu, un nutrido grupo de guerreros se adelantó al grupo; entre ellos Minegua. La señal del indígena guía fue bien entendida por el grueso del grupo de guerreros; los Guahibos les tenían preparada una emboscada. La comunicación con lo demás miembros de la caravana fue inmediata

prepararon para afrontar el ataque. El grueso de hombres de guerra Guayupe, optó la misma estrategia utilizada en la cacería; en semicírculo fueron acercándose al enemigo que atacados por todos los flancos iniciaron atropellada retirada; con las aguas del Ariari como única salida de escape, los forajidos fueron presa de los voraces peces caribes, que devoraron totalmente a los heridos.

-Estos Guahibos pertenecen a la encomienda de San Martín - indicó un joven guerreo Guayupe.

-Aunque estamos en territorios de esa encomienda, ninguna autoridad nos ha prohibido la cacería en estos lugares - expresó uno de los ancianos de la comunidad.

Con cerca de treinta prisioneros continuaron su camino de regreso. Después de caminar un buen tramo se detuvieron a descansar.

-Se les ha dicho infinidad de veces *a estos desventurados* que les está prohibido asaltar y robar a otras tribus y no obedecen –a manera de recriminación dijo el abuelo de Marbachare a los prisioneros.

Lanza en mano, uno de los capitanes de guerra se acercó al grupo; colocó la punta de su lanza en el cuello de uno de los hombres que atado rodilla en tierra chillo pidiendo por su vida ante las claras *intenciones* del guerrero.

-Si los matamos ahora nos ahorraremos futuros problemas - expresó el guerrero capitán de guerra.

- se enteran los blancos podrán enjuiciarnos por ase-
- indicó uno de los viejos.

- os entendían perfectamente los término de
- y al unísono lloraron al escuchar las
- rrero que sugería asesinarlos.

-Los matamos y los tiramos al río, se los comen los peces caribes y los caimanes y nadie nos puede enjuiciar sin encontrar los cuerpos; si los dejamos vivos van con el cuento a los blancos que vieron una bruja de ojos como el mar. - reiteró el capitán de guerra

-Dejémoslos amarrados contra un árbol para que se los coman las hormigas tambochas –sugirió otro de los guerreros.

El abuelo de Marbachare parloteó unos instantes con los demás viejos de la tribu. Llegaron a la orilla del río, uno a uno los prisioneros fueron heridos de muerte y lanzados a las aguas; el festín de los peces fue duradero, las cristalinas aguas se mancharon de rojo, poco apoco la corriente se fue llevando la púrpura mancha.

-Aunque parezca desalmado lo que se ha hecho con esos hombres, no se podía hacer cosa diferente; vieron a Marbachare y de seguro irían con el cuento a los blancos que la están buscando – explicó a sus hombres el abuelo.

En relativa calma el grupo llegó a su caserío. El maguaré (tambor) comenzó a ser golpeado por dos indios viejos,. Una flauta de caña se unió al sonido de los tambores; diversa hogueras comenzaron a ser plantadas en el patio de la aldea; en fila, se formó el baile, tomando por la cintura al de adelante; las mujeres, en grandes totumas, aprovisionaban de chicha a los danzantes que después de horas iban cayendo, uno a uno, víctimas de la borrachera.

CAPITULO XI

Una curiara o cuyara (canoa pequeña) varada en la rivera alertó a Hondiquera.

-Debemos tener mucho cuidado, estamos en territorio de la comunidad Guánibo, son ladrones y suelen atacar las canoas que navegan esto ríos.

La advertencia de la mujer llegó tarde; una lluvia de saetas lanzadas desde estribor cayó sobre las embarcaciones hiriendo a algunos de sus ocupantes.

-¡Nadie se lance al agua, se los comen los peces caribes o los caimanes! –gritó la mujer indígena.

-¡Fuego! - ordenó Adán.

El ensordecedor tronar de los arcabuces llenó la selva; parapetados tras los barriles y bultos de víveres los hombres disparaba a la espesa vegetación.

-¡No se ve nadie! – se escuchó decir a alguien.

-¡Nadie fue el nombre que Odiseo le dio a Polifemo para poder atacarlo y escapar! ¡Dispare idiota que no estamos luchando contra nadie, sino con los que nos atacan desde la orilla! –gritó Adán.

El inclemente ataque cesó por unos instantes, momentos aprovechados por los blancos para recargar sus armas de fuego.

-¿Cuántos hombres cree que nos atacan? –preguntó Conrad a Hondiquera.

-Tal vez más de mil guerreros –respondió.

Schneider palideció y en voz alta pensó.
-¡Mil guerreros!
-Sí, mil guerreros –repitió la mujer- pero de seguro lanzarán
otro ataque y si no logran su objetivo, como llegaron se marcharan.
-¿Cuál cree que es su objetivo? –preguntó Schneider.
-Que las canoas se refugien en la orilla contraria a la del ataque, allá están esperando otros guerreros
-Esto sí que no está escrito en los textos que he consultado sobre estas tierras –indicó Dubois.
-Adán, se deben tomar medidas extremas -expresó Conrad.
Sin pérdida de tiempo el veterano soldado quitó la tapa a uno de los barriles extrayendo un cañón de bajo calibre; lo emplazó rápidamente y con el disparo un enorme boquete se abrió en la espesa selva, justo en el lugar de donde provenía el ataque. Hondiquera señaló a la otra orilla y una vez recargada el arma retumbó desquebrajando la manigua.
-Si estos malditos se enteran que vamos a regresar, de seguro nos van a estar esperando –conjeturó José de Jesús.
-No crea, ellos son cobardes pero no idiotas, hoy perdieron muchos hombres, esa osadía no la vuelven a cometer - tranquilizó Hondiquera.
-¿Cuánto tiempo más van a estar merodeando esos bandidos? –indagó Schneider
-Cuando nos acerquemos a la desembocadura del río Upín aguas arriba del Manacacías estaremos entrando en tierra Guayupe –indicó Dubois mirando a Hondiquera y agregó- al menos eso es lo que dicen mis documentos.

-Después de pasar el río Cravo sur habitan algunos grupos con los cuales mis hermanos han tenido relaciones comerciales; respecto de los Guahibos no estén seguros, esos malditos están por todas partes, son nómadas y no están en el
mismo lugar por mucho tiempo.
-Que sería de nosotros si no hubiéramos encontrado a esta mujer – indicó Adán.
-Hasta no salir de territorio hostil no vamos a desembarcar en ningún lugar –ordenó Conrad.
-Es acertada esa decisión, es mejor alejarnos de peligros inútiles –dijo José.
La canoa en la cual viajaban los hombres de color y los indios entregados a Conrad y que era comandada por Sato, se acercó a la embarcación de Conrad.
-Señor, los indígenas quieren decir algo y nadie en la canoa los entiende.
Hondiquera se acercó y con atención escuchó lo que decían los dos hombres; después de un momento, con expresión preocupada, dijo.
-Esos hombres tienen razón, con urgencia debemos detenernos.
-En la selva vamos a quedar a merced de los forajidos, esos indios que viajan con nosotros deben de ser cómplices de los que nos atacan y quieren que desembarquemos para que nos exterminen con sus malditas flechas – asustado conjeturó uno de los acompañantes.
-¿Porqué debemos detenernos?-preguntó Schneider.
-Los hombres heridos pueden morir en cuestión de horas o tal vez minutos, las flechas estaban impregnadas de veneno.
Las ordenes de Conrad fueron terminantes.

-Adán, dispara el cañón a babor parar alejar a posibles enemigos, que los hombres hagan lo mismo con lo arcabuces; marinero vamos a desembarcar.
Siete heridos con las saetas de los Guahibos comenzaban a sentir los rigores del veneno. Los dos indígenas sin pérdida de tiempo se internaron el la espesura del monte. Los minutos pasaban largos y angustiosos.
-Esos malditos se escaparon – se atrevió decir Adán en medio de su angustia.
-¿Escaparía usted de un lugar donde lo tratan bien, para internarse en territorio enemigo donde de seguro lo harán prisionero y será vendido como esclavo? – preguntó enojada Hondiquera.
Adán entendió que de alguna manera sus palabras ofendieron a la mujer y apenado ofreció sus disculpas. El regreso de los dos indígenas trajo tranquilidad al grupo; raíces, hojas y algunos frutos fueron machacados y mezclados con destreza. En medio de gritos de dolor las flechas fueron extraídas, colocados los emplastos de yerbas sobre las heridas y dado a tomar el sumo de vegetal. Algunos minutos más los hombres se quejaron de sus dolencias, luego, poco a poco, fueron entrando en profundo sopor. Una vez concluida su labor, los indígenas se acercaron a Hondiquera; dialogaron algunos minutos. La mujer pidió a Conrad se acercara.
-Los hombres desean saber si para usted ellos son sus esclavos.
-¿A qué se debe la pregunta?
-Sienten que son bien tratados, nadie les da ordenes y no han sido amarrados como otras veces.
-Por favor dígales que son libres, que les estoy eternamente agradecido por haber salvado la vida de [illegible] hombres; cuando lo dispongan pueden marcharse sin temor de ser perseguidos.
Al escuchar las palabras de Conrad traducidas por Hondiquera, con una amplia sonrisa en sus rostros los indígenas agradecieron el gesto del europeo.
-¿De dónde son esos hombres? –se interesó Conrad.
-Son de una comunidad emparentada con los Guaycaríes, de la región de Venezuela.
-Entiendo que están lejos de su territorio.
-Sí, lejos, muy lejos. La esclavitud hizo que muchos indígenas fueran diseminados por lejanos lugares, lejos de sus parientes; que recuerde, más de dos meses caminé prisionera hasta llegar al lugar donde intenté acabar con mi vida. En la fila de prisioneros había hombres de comunidades de tierras lejanas y de las cuales nunca me hablaron los viejos de la tribu; encontré entre ellos algunos cayones, xaguas, caquetíos, cuibas, cuyones, achaguas, tunebos, jiraras; unos hombres pequeños de la comunidad de los ayamanes; pijaos, guanes, y varios saes y guayupes como yo.
Así, escuchando los relatos de Hondiquera, Conrad vio como los heridos eran cuidadosamente subidos a las canoas; echó a caminar hasta abordar su propia embarcación.
-Cony –dijo De Souza- debemos clarificar la ruta que vamos a seguir; podemos avanzar corriente arriba hasta encontrar la desembocadura del río Upín, nos acercaría lo suficiente a la cordillera y con facilidad haríamos contacto con europeos; o desviarnos por el Manacacías y llegar justo a las sabanas de San Martín.
-Qué sugiere Madame Hondiquera?-preguntó Conrad.
-Corriente arriba, con facilidad encontraremos mi comunidad.

su esposo en los conocimientos de nuestras costumbres; con tristeza me enteré que la desgracia se ensañó con ustedes.

El viejo terminó de acercarse y los demás Guayupe los siguieron. Luego, uno de los guerreros comentó al viejo la historia que en rápidas palabras le había narrado Hondiquera.

-Si los blancos han brindado respeto a una de nuestras mujeres, es nuestro deber dar el mismo tratamiento a los visitante. Hágales saber que son bienvenidos e invitados a mi maloca.

Algunos guerreros, por ordenes del viejo que era el jefe de la tribu, permanecieron al cuidado de los botes; el grueso grupo de viajeros siguió los pasos del anfitrión. La llegada al caserío se convirtió en todo un acontecimiento; uno de los indígenas se adelantó y puso sobre aviso al resto de la comunidad; mujeres, ancianos y niños salieron a recibir a los recién llegados. El jefe indio invitó a Conrad, Hondiquera y amigos más cercanos a su maloca; la edificación techada con hojas de la palma de moriche era alargada; cuarenta o cincuenta metros, tal vez, de largo, quince de ancho; un amplia puerta de entrada al frente, un pequeña de emergencia la fondo; la altura del techo era relativamente baja lo que hacía que el lugar permaneciera en penumbras, esto para evitar la presencia de mosquitos y zancudos. La maloca era la residencia exclusiva de los familiares del jefe; sobre el piso, a manera de tapetes, pieles de leopardos, osos, caimanes, grandes serpientes; en el estantillo, plumas de aves, lanzas, flechas y adornos para colocarse en los días ceremoniales. Sobre guaduas secas fueron invitados a tomar asiento. El jefe preguntó a Hond[illegible]

sobre Sato y los negros africanos; ella le contó todo cuanto sabía de ellos.

La esposa e hijas del jefe sirvieron arepas de casabe (pan de harina de mandioca) y chicha de maíz; el recipiente con la bebida embriagante iba pasando de mano en mano, de boca en boca hasta agotarse, luego la totuma era nuevamente llenada. Para Hondiquera no pasó desapercibida que los trajes de gala exclusivos para días de matrimonio del jefe y su esposa estaban siendo alistados por una vieja mujer que se encontraba a la entrada de la maloca.

-¿Alguien de la aldea se va casar prontamente? indagó Hondiquera.

El jefe miró de manera extraña a Hondiquera; de pronto recordó que la mujer había pasado muchos años lejos de su familia y que no estaba enterada de la fecha próxima del matrimonio de Marbachare. En una actitud no acostumbrada en un hombre de alto rango dentro de la comunidad Guayupe, se puso de pie; bebió un gran sorbo de chicha, se excusó por su falta de memoria y sin más dilaciones, dijo:

-Su padre me ha invitado a la boda de la joven Marbachare con el príncipe Minegua, hijo del desaparecido jefe de jefes de nuestra comunidad .

La mujer sintió vértigo y cayó desmayada a los pies del jefe indio. La reacción de los europeos para prestar auxilio a la mujer fue inmediata. El jefe gritó algo a la vieja mujer que arreglaba su traje de fiesta. La anciana salió y con prontitud regresó; de su boca extrajo unas hojas que venía mascando y las colocó cerca de la nariz de la desmayada.

La mujer recobró el conocimiento y rompió en llanto; los europeos tan sólo atinaban a mirarse descon-

certados sin entender lo que sucedía. Después de unos minutos la mujer fue recobrando la compostura.
-¿Qué le sucede Madame, hay algo que podamos hacer por usted? –se ofreció Dubois.
-No me pasa nada señor Dubois –respondió en tanto secaba su llanto.
-Pero está usted llorando.
-Mi llanto es de felicidad, el jefe me ha dicho que mi hija se va a casar.
-¿Cuándo es la boda? –se intereso Conrad.
-Le preguntaré al jefe.
Después de entablar una corta conversación con el indígena; Hondiquera dijo a los europeos.
-El matrimonio por las tradiciones Guayupe será dentro de quince días, nueve días después se hará como lo manda la religión de los blancos.
-Se casarán según sus creencias el quince de diciembre y reafirmarán su unión ante el señor como testigo el día anterior a la navidad. –indicó de Souza.
-¿Podemos asistir a esa boda? Nos gustaría acompañar a la señorita Schmidel –se interesó Conrad.
Hondiquera se sintió halagada ante la intención del europeo, sin saber porqué repitió la pregunta al jefe indígena.
Éste, que había vuelto a tomar asiento se puso de pie y respondió sobresaltado. Por algunos minutos dialogó con la mujer y el rostro de felicidad que ella denotaba le avisaba a Conrad que las noticias no eran del todo malas. Hondiquera sin ocultar su felicidad abrazó al europeo y tradujo las palabras del viejo.
-¡Ludwin está vivo! Vive con los sacerdotes en lo alto de las montañas, donde sólo los elegidos pueden llegar: el jefe me dice que la boda se hará en el más absoluto secreto; mi hija despierta preocupación entre los españoles que la tildan de bruja y hereje por tener lo ojos del mismo color que los de su padre.
Hondiquera relató lo sucedido en la aldea atacada por los Guahibos cuando sus parientes regresaban de las montañas.
-Por favor, pregunte al jefe ¿Hasta dónde podemos navegar y quién nos puede vender caballos? -solicitó Conrad a Hondiquera.
-Pueden navegar hasta encontrar la desembocadura del río Guayuriba, cerca de allí viven algunos blancos que ceban caballos y ganados, ellos les pueden vender los animales que necesiten.
-Pregunte si nos puede decir dónde será la boda.
-No tengo necesidad de preguntar tal cosa, él ya me lo dijo - sonriente respondió Hondiquera.
-¿Podemos saber el lugar ? –se interesó Conrad.
-No sólo lo sabrá, también asistirá, porque como madre de la novia me tomo el derecho de invitarlo a usted y a sus amigos.
-Será un placer aceptar tan amable invitación –poniéndose de pie, el teutón hizo reverencia ante la dama, otro tanto hicieron los demás.
-El jefe dice que hará una fiesta en honor a la hija de su amigo y los visitantes; reitera que desean se sientan como en su casa; está muy agradecido por el trato considerado que me han brindado –relató Hondiquera a lo dicho por le jefe.
La entrada de José de Jesús distrajo al atención de los presentes.
-Creo que se hace necesario que la Madame escuche a los indios que viajan con nosotros; nuevamente quieren decir algo y no los puedo entender.

Hondiquera escuchó lo dicho por el europeo, salió, escuchó a los indígenas y regresó.
-Piden que le diga a usted que si se pueden marchar, han hablado con algunos miembros de la tribu que les han dicho la manera de llegar hasta su comunidad.
Conrad salió de la maloca, se plantó frente a los hombres y Hondiquera interpretó sus palabra.
-Son libres y se pueden marchar cuando lo deseen; expresó el sentimiento de gratitud de los hombres a los cuales les salvaron la vida.
Con amplias sonrisas los libertos agradecieron la acción del europeo. Conrad agregó.
-Adán, entrega armas y provisiones a los señores, las van a necesitar para el viaje que van a emprender.
Hondiquera pidió al jefe de la tribu dotar de arco y flechas a amigos de infortunio, lo que fue atendido de manera inmediata.
El grupo pernoctó recibiendo las atenciones de los Guayupe que se esmeraron por hacer sentir bien a sus invitados. Al siguiente día, en tanto consumían los alimentos matutinos, consistentes en huevos de tortuga, arepa de casabe, mañoco y chicha de maíz, a Conrrad se le ocurrió enviar una avanzada de sus hombres para procurar la compra de caballos. Solicitó que su comitiva, integrada exclusivamente por españoles, fuera acompañada por algunos guerreros para que le indicaran el lugar donde se encontraba la hacienda de blancos criadores de caballos y ganado.
-La hacienda se llama Apiay y está a dos jornadas de este lugar; pueden acercarse navegando las aguas del Ocoa o del Guatiquía, como mejor lo prefieran –indicó el viejo jefe.
-Adán, José de Jesús, Francisco el castellano y veinte

españoles más, acompañados por lo indígenas designados por le jefe integraron la avanzada.
-Deja que Francisco haga el negocio de los caballos – indicó Conrad a Adán a la vez que le entregaba el dinero acuñado en ducados de oro.
-Pueda ser que los vendedores acepten este dinero como forma de pago y no exijan otra clase de garantía – dijo Adán.
-El oro es oro y vale lo que pesa aquí, en Europa o en cualquier parte del mundo conocido.
-¿Cuántos caballos debemos comprar?
-Los suficientes para que todos viajemos sin complicaciones.
-No sé, pero no creo que en esta parte del mundo exista un comerciante que tenga más de cien caballos disponibles par la venta. –indicó Adán.
-Compra la mayor cantidad posible, en pocos días nuestro recorrido será por tierra y necesitamos movernos con rapidez.
-¿Si me pregunta para que son tantos caballos? – preocupó Adán.
-Esas preguntas las responde Francisco. ¡Ah!, trata de que el viejo no vaya borracho o en vez de caballos nos compra vacas. Cuando esté hecha la compra retírate del lugar, ponte lejos de las miradas de los lugareños y envía algunos hombres para que nos guíen a su encuentro. No olvides que el tiempo se nos acorta y debemos estar listos para la boda de la hija de Madame Hondiquera.
Con las directrices de su jefe y amigo, Adán al mando de la pequeña tropa remontó aguas arriba. Al atardecer del cuarto día de partida, José de Jesús acompañado de algunos hombres y dos guerreros se presentó ante Conrrad.

-Compramos setenta caballos y tres mulas, era todo lo que tenían para la venta, nos regalaron una res que se había partido un pata, trajimos parte de la carne.
-¿Quién es el dueño de la hacienda?
-El negocio se hizo con un hombre oriundo de Navarra, pero nos explicó que los dueños son los agustinos, encargados de evangelizar esta región.
-Mañana reiniciamos el viaje –ordenó Conrad
Sobre el barrancón, Conrad vio partir los primeros botes. Esos cortos días de descanso reanimaron a sus hombres que con la moral en alza se despedían de sus anfitriones abanicando sus manos en señal de adiós.
-¿El jefe viaja con nosotros?- preguntó Conrad a Hondiquera.
-No, él debe pasar por las otras tribus para hacer compañía a otros invitados.
-¿Sabe que nosotros vamos a estar en la boda?
Hondiquera sonrió y resplandecieron la perfecta línea de su blanca dentadura, la boca de labios carnosos de rojo intenso, el negro profundo de sus ojos, el cabello suelto que a raudales caía sobre su espalda el aroma de flores del campo, el exótico perfume de la sarrapia, de los capullos de verbena y semillas de vainilla, y el rostro y el esbelto cuerpo de mujer, en los cuales el tiempo se había detenido.
-Entre nosotros no hay secretos –escuchó musical la voz de Hondiquera – él sabe que usted es mi invitado para el día de la boda.
Conrad regresó de su letargo –debe ser por el tanto tiempo que he estado lejos de una mujer –pensó.
Abordó la embarcación, esta vez en compañía de Sato. Cada vez más se acercaba la cordillera oriental de los Andes colombianos. A lo lejos, en lo alto, el verde

azul de las altas cumbres, ocultas entre espesos nubarrones se antojaba inalcanzable. Durante largo rato Conrad contempló el espectáculo, sacó su mano fuera del bote y tocó las frías y cristalinas aguas. Uno de los guerreros Guayupe habló a Hondiquera.
-Él me dice que algunos de nuestros hermanos tienen listo el campamento con suficiente carne y pescado para que descansemos esta noche.
Durante la noche, extraños gritos y lamentos desgarradores se escucharon dentro de la selva, no lejos del lugar. Conrad se acercó a Hondiquera que dialogaba con los indígenas; sin poderlo evitar se mostraba inquieta y desconcertada.
-¿Qué sucede, de quién y de dónde provienen esos gritos? Pareciera que mucha gente estuviera siendo torturada.
-Los guerreros no me saben dar explicación y al igual que nosotros están preocupados, pero pienso que podía ser un partida de esclavos que están siendo martirizados.
-¿Es muy lejos el lugar dónde se producen los gritos? –se interesó el alemán.
-No, es relativamente cerca, los gritos se apagan por lo tupido del monte.
-¿Sus amigos nos pueden indicar el lugar?
-Voy a consultar con ellos.
Hondiquera se retiró y parlamentó con algunos guerreros.
-Ellos lo acompañan, pero si son españoles que llevan esclavos no van a entrar en combate, no quieren futuras represalias de las autoridades españolas.
-Señor Sato ¿Cuántos españoles hay entre nosotros? –indagó Conrad.

-Creo que cinco o seis.
-Reúnalos por favor.
-Señores –les habló Conrad- han oído al igual que yo los gritos que se escuchan cerca de aquí; es muy probable que un grupo de sus compatriotas, vasallos de su rey, estén cometiendo un delito que su monarca tiene estrictamente prohibido, como es la esclavitud. Recurro a su buena voluntad para que me acompañen hasta ese lugar y verifiquemos lo que sucede; además, requiero su presencia porque en estos territorios soy un extraño y ustedes están en las posesiones de la corona española, su patria.
-No conocemos el lugar y en medio de la oscuridad nos podemos perder en la selva o ser víctimas de las fieras - expresó uno de los españoles.
-No se preocupen, algunos de nuestros anfitriones aceptan acompañarnos. Si hacemos cuanto nos indiquen no nos perderemos en la selva ni seremos atacados por alimañas.
Aventureros en fin de cuentas, los hombres aceptaron hacer la incursión
-Lleven sus armas, es seguro que al sentirse descubiertos intenten desaparecer los testigos –indicó Conrad
Una delgada y larga liana de cáñamo fue sujetada por cada uno de los hombres. Adelante, abriendo la marcha dos indígenas, tras ellos Sato y Conrad y cinco españoles, dos indígenas a mitad de la fila, cuatro portugueses, un español y cerrando la marcha dos indígenas. Los lamentos cesaban por
momentos y de pronto parecía que terminaban para volvercon más ímpetu.
La pequeña expedición se detuvo abruptamente; los

Guayupe indicaron a Conrad mirar un claro en la selva iluminado por improvisadas teas; a su vez, el alemán hizo que los españoles observaran el dantesco espectáculo. Un nutrido grupo de achaguas encadenados, tirados como animales sobre la húmeda vegetación esperaba el turno para ser sometidos a los vejámenes que les propinaban los mercaderes de esclavos; cerca de diez o tal vez quince Guahibos prestaban seguridad en la periferia.
Atado sobre el tronco de un árbol yacía el cuerpo destrozado de un joven achagua; el pecho lacerado por infinidad de latigazos, boca y nariz destrozadas a bofetadas, una herida de daga a mitad del pecho, mostraba la penosa agonía sufrida. A un lado del árbol del martirio, varios cuerpos sin vida eran atacados por las hormigas.
El gigantón hombre que parecía el jefe del grupo, torturador de los infelices, bebió un trago de licor de la botella que tenía en la mano y besó el crucifijo que pendía de su cuello; despacio, como el depredador se acerca a su presa, midiendo cada paso, mirando fijamente con sus ojos embrutecidos de licor a su siguiente victima, llegó, agarró por los cabellos a la joven y menuda mujer que seguía en la fila, la lazó con violencia hasta que los pies de la infeliz despegaron del piso.
-¿Cómo se llama el hijo de Dios? –gritó.
Con desesperación la mujer dijo algunas palabras en idioma achagua –no entiendo lo que me pregunta- un guayupe tradujo a Conrad las palabras de la mujer
-Le voy a dar otra oportunidad –volvió a gritar el gigantón –
-¿Quién es el hijo de Dios?

La mujer dejó escuchar las palabras dichas con anterioridad.
El gigantón tiró a la desvalida mujer al piso y con violencia estrelló la punta de su bota sobre el rostro de la infeliz. El siguiente grito de alborozo de los demás blancos que acompañaban al desalmado ser y el llanto de los prisioneros ante la impotencia de ser masacrados villanamente, se escuchó en la selva.
-¡Se la regalo! –dijo el hombre a uno de sus secuaces señalando a la herida mujer.
El aludido se acercó a la desventurada y cargándola sobre su hombro se retiró unos metros, la tiró sobre la hierba y se dispuso a violarla. Del grupo de prisioneros, un hombre; tal vez el esposo, el padre o el hermano de la mujer, se puso valientemente de pie y protestó con vehemencia.
-Nos resultó un valiente ¡al tronco con él! -ordenó el ebrio.
Entre insultos y terribles golpes, el achagua fue atado al tronco. Tomándolo con violencia del cuello el hombre le dijo:
-Confiese que esa mujer y todos ustedes son brujos y tienen pacto con el diablo.
Esas palabras alertaron a Conrad.
-Es un torturador del santo oficio, si dejamos que nos vea tendremos que matarlos a todos, porque si alguno de ellos queda con vida, nos buscarán hasta en el último rincón del mundo para cobrar venganza- dijo Conrad en voz baja a Sato y al español que hacía de jefe del grupo.
-Un hombre que desobedezca las ordenes de su majestad el rey don Felipe, no puede llamarse español, si usted lo autoriza señor Conrad, ordeno a mis hombres

hacer prisioneros a esos infelices y acusarlo ante las autoridades
- expresó el español.
-¡Confiese que tienen pacto con el diablo! -se escuchó nuevamente la voz de torturador.
Ante el silencio del encausado, el malvado ser introdujo con fuerza el crucifijo en la boca del prisionero que aulló de
dolor al serles lastimados la lengua y paladar.
La saeta disparada por Sato silbó en el aire hiriendo el brazo del descomunal hombre.
El grito de alerta de uno de los Guahibos, puso al descubierto la presencia de Conrad y sus amigos.
Lanzas, flechas y tiros de pistola y arcabuz se utilizaron al iniciar el ataque; luego desenfundaron los aceros y se enfrentaron en lucha cuerpo a cuerpo. Con un brazo herido el gigantón cobró la vida de algunos españoles que osaron enfrentarlo; Sato dejó su arco y catana en mano fue en busca de temible soldado.
-¡Eres satanás que viene a atacarme porque estoy matando a sus serviles! –gritó el gigante al ver al hombre de raza amarilla.
-Por la sangre vertida por mis señor Jesucristo que hoy estarás ante el supremo juez –amenazó Sato.
-¡Blasfemia demonio! Eres la encarnación de Belcebú, pero voy sacar su corazón y a quemar sus entrañas en el fuego purificador.
Los aceros chocaron dos o tres veces en tanto cada uno midió sus capacidades de lucha. El corazón del gigantón dejo de palpitar al ser atravesado por la punta de la espada catana.
Una vez sepultados los muertos y liberados los esclavos, iniciaron el regresaron.

Ochenta achaguas entre hombres, mujeres y niños, formaban la marcha de la infamia. Una vez en el campamento, de la mejor manera posible fueron alimentados y sanados los enfermos.

-Quemaron las casa, mataron a los ancianos, al cacique, al curaca; a la anciana mujer que conocía las medicinas de la selva la quemaron viva porque decían que era bruja de los malos espíritus- entre lágrimas narró un indígena lo sucedido.

No era necesario entender las palabras del indio para comprender todo el dolor que llevaba en el alma. Algunos guerreros Guayupe miraban y murmuraban manifestando su respeto a los españoles que habían arriesgado sus vidas enfrentado a sus propios compatriotas en defensa de los achagua.

-¿Están inconformes los hombres de la tribu? –se interesó Conrad –escucho que hablan sin quitarnos la mirada de encima.

-No debe preocuparse, si entendiera lo que dicen; los hombres que les hicieron acompañar están relatando a los demás, de la lucha librada por ustedes en contra de otros blancos que esclavizaban al pueblo achagua, ahora les tienen gran respeto y estima y esta historia será relatada de padres a hijos hasta el fin de lo tiempos –explicó Hondiquera.

-¿Qué vamos a hacer con esa gente? –refiriéndose a los achagua, preguntó Conrad.

-Esta noche se les dará alimentos y los heridos y enfermos serán atendidos pos los curanderos de la tribu; lo más seguro es que les permitan quedarse algunos días en tanto se recuperan, luego partirán para su territorio –explicó Hondiquera.

-¿Y si los vuelven a hacer prisioneros? –se preocupó el teutón

-Ya nunca más serán prisioneros de nadie; mañana en la mañana, esos guerreros que dialogan cerca de esa fogata - señaló la mujer – los adiestraran en las artes de la guerra; los blancos que osen acercarse en el futuro al pueblo achagua, morirá herido por sus flechas.

Después de un día más de viaje; caía la tarde cuando divisaron las demás embarcaciones arrimadas en un amplia playa de oscuras arenas. Se acercaron y de inmediato procedieron al desembarco del equipaje. Barriles y bultos de todos lo tamaños fueron llevados hasta el campamento donde esperaba Adán y sus hombres.

Conrad se dirigió a inspeccionar los caballos; algunos briosos e inquietos, otros tranquilos y dóciles.

-Seleccione el animal más manso para que sea montado por Madame Hondiquera. –dijo al español encargado de la caballería.

-Señor, como usted verá los animales y los aperos no alcanzan para todos y la carga es bastante para llevarla en hombros.

-Señor Gutiérrez, procure que las damas y el equipaje viajen de a caballo; los hombres nos será más facil y descansado caminar sin peso alguno –ordenó Conrad.

-¡Señor Triana! –llamó Conrrad –por favor que su cañón viaje bien oculto, recuerdo que estamos expuestos a ser requisados por las autoridades lugareñas.

El sitio del campamento fue ubicado en un amplio banco de sabana; con los sonidos de la noche se confundía el tranquilo discurrir de las aguas del río cercano, el correteo de los armadillos huyendo de sus depredadores, el tierno arrullo de la perdices dormitando sus polluelos, el agudo y prolongado silbido del

guió que habitaba en el adyacente estero y el vuelo a baja altura de las aves nocturnas que capturaban insectos en pleno vuelo.
La claridad de la noche de plenilunio, el chispoteo de las llamas de la fogata encendida a mitad del campamento embriagaba con extraño embrujo el lugar; los plateados rayos lunares herían las hojas de los cercanos morichales y desde árbol de cañafístolo el búho real se lanzaba en picada capturando las serpientes o roedores que merodeaban en busca de alimento.
La inmensidad del llano se antojaba imponente, inalcanzable, talvez en medio de los espejismos que tambien produce el verde de la selva, algún europeo llegó a confundir esas planicies con las aguas del mar del sur, o la mar del sur, como suelen los poetas llamar el mar.
En la base de la cordillera de los andes se inicia el extenso territorio de los llanos orientales colombianos, se adentran en territorio venezolano y besa las aguas del océano Atlántico en las costas de Venezuela, Guyana, Surimán, Guayana y varios estados brasileños. El mar verde de sabanas está complementado por infinidad de ríos, esteros, lagunas, serranías, inmensos pantanos; serpientes venenosas y constrictoras; fieras; siendo la más importante por su tamaño el jaguar o tigre americano. Tambien pastan en las sabanas y en lo tupido de la selva: saínos, dantas, cafuches, venados y otros mamíferos utilizados por lugareños como fuente de alimento.
-Estamos a menos de siete días del matrimonio de la hija de la dama, me preocupa no estar en el lugar en esa fecha - expresó Schneider a su compatriota.
-Creo que estamos a tiempo de llagar, caso contrario

la Madame estaría preocupada –conjeturó Conrad y agregó- diga al señor Gutiérrez que los animales deben estar listos al amanecer, cuando llegue el medio día debemos estar guarecidos de las inclemencias del sol; que los hombres utilicen sus sombreros, no quiero personal insolado.
Schneider se retiró a cumplir con las directrices de su jefe y amigo.
El bullicio de Gutiérrez y sus hombres aperando lo caballos despertó a los demás miembros de la expedición; después de un ligero desayuno iniciaron la marcha. Con las indicaciones de Hondiquera, un partida de soldados se adelantó unos metros.
- El sol debe estar a sus espaldas, sobre sus cabezas o delante de ustedes, jamás a un lado; las montañas a su derecha, las aguas de caños y ríos corren al sur, los vientos en esta época del año siempre vienen del oriente; si presienten que están desorientados deténganse y espere mi llegada.
Las dos mujeres montaban un gigantesco caballo de origen español, hijo de percheron tal vez; cubrían sus cabezas con pañoletas de tela suministradas por el hombre encargado del equipaje. Los africanos solícitos ayudaban en cargar algunos de los bultos.
-Vamos a turnarnos en montar los caballos –dijo Conrrad antes de iniciar la marcha- el día de hoy echaremos a suerte a ver quienes inicialmente les corresponde caminar. Las únicas que no entran en el juego son las damas.
Alegremente se sometieron a la suerte de dados y sin discusiones cada uno aceptó su destino. Conrrad caminaba aun lado del caballo que montaba Adán. El alto pajonal sabanero era aplastado por el grupo que

marchaba adelante, lo que hacía que el desplazamiento fuera rápido ya que habían elegido caminar por la sabana para no transitar los caminos comúnmente utilizados por los blancos del lugar.

-¿Qué embuste inventó Francisco para que le vendieran los caballos? –preguntó Conrad a Adán.

-Primero le dijo que era un importante señor del reino de Castilla, se tomaron dos botellas de licor y le explicó que éramos un apartida de españoles que capturábamos indios para venderlos como esclavos. Recatiaron el precio y al final dejó al vendedor con tan solo dos viejas mulas un de las cuales tiene una pata enferma. Es la primera vez que trato con el señor Francisco ¿En verdad el es un importante señor del reino de Castilla?

Conrad rompió en sonora carcajada que hizo que la comitiva se detuviera por un momento.

-¡No señor Adán!, ¡Don Francisco es de la ciudad Cádiz!; Le dicen el castellano porque como todos los de esa región, se cree de sangre azul y no le gusta trabajar!.

Después de avanzar buen trecho, Conrad se acercó Hondiquera y le preguntó:

-¿Tiene algún nombre el lugar donde se encuentra su aldea?

-Se encuentra a mitad de camino entre las encomiendas de San Juan y San Martín, pero pertenecemos a la encomienda de San Juan.

-Admiro la capacidad que usted tiene para orientarse, en mi caso ya iría caminando sin rumbo fijo.

-En tanto uno pueda ver las montañas y el sol en el día, la luna y las estrellas en la noche, y camine por la sabana es difícil extraviase; en la selva la orientación se hace por medio de la corriente de los caños y ríos y observando cada árbol que se va dejando en el camino.

-Créame que he estado en muchos lugares del mundo, pero en ninguno como este; aquí se pasa de selva impenetrable a sabanas despejadas. Nunca antes vi tal variedad de serpientes, unas tan enormes, otras tan venenosas capaces de matar a un humano en cuestión de minutos; hasta ahora conocí peces tan pequeños que devoren a un humano en segundos, si un blanco una noche duerme al descubierto, los mosquitos y zancudos lo puede dejar sin gota de sangre en las venas y hacerlo morir anémico; los indígenas mueren de cualquier cosa menos de paludismo, mordedura de serpientes o en las fauces de alguna fiera.

-El secreto para subsistir en la selva es hacerse parte de ella; la manigua puede convertirse en su mejor aliada; provee alimento, medicina, amparo de enemigos, embrujo con la belleza de las flores, animales, aves, caños, ríos y míticos secretos; pero tambien puede ser su tumba. Una planta que sirve parar curar una enfermedad, si se la ingiere como no es debido puede ser un veneno fatal; si no se conoce los frutos aptos para alimentarse, se de be comer lo mismo que los monos y pájaros o puede correr el riesgo de morir en medio de terribles dolores estomacales. Un ejemplo claro es el Matacallando, machacada y aplicada en compresas puede servir para extraer la sangre sin dolor por los poros y extraer el veneno de la mordedura de serpientes; si por desgracia se cae enredado en una de esas plantas, las hojas se adhieren a la piel y nada las puede despegar; el infeliz muere desangrado en cuestión de horas.

-Algo que me tiene intrigado, ya que habla de plantas venenosas, es la manera como envenenan las puntas de las flechas; luego comen los animales cazados y en ustedes el veneno no surte efecto.
-Cada comunidad prepara sus venenos de acuerdo a sus conocimientos ancestrales, además, los venenos son diferentes; para la cacería se prepara diferente que parar la guerra. El de la cacería es narcótico, el de la guerra debe ser mortal.
-¿Cómo es para la guerra? –se interesó Conrad.
Hondiquera lo miró de extraña manera, podía responder sin temor a esa pregunta; de seguro Conrad jamás sabría como poner en práctica lo que le iba a decir.
-El veneno se extrae de un tratamiento que se le da a la araña mandúa; una vez muerto este animal se introduce en agua extraída de tallos de guadua y por espacio de dos horas se deja a fuego lento; de ahí debe salir un líquido verdosos de olor acre que se mezcla con el veneno de la hierba llamada acuapar o barbasco, este espeso líquido a la vez se mezcla con el sumo lechoso de la yuca negra; por último se agrega grasa de babasú para que el veneno se adhiera a la punta de la flecha y no se volatilice.
-¿Si un hombre es herido por una flecha que contenga ese veneno no tiene salvación?
-Recuerde que le hable de la planta de Matacanllado - sonriendo contestó Hondiquera
Conrrad entendió lo que la mujer le quiso decir –debo recordar todo cuanto me diga para no preguntar lo mismo dos veces, pensó -y apenado optó por guardar silencio.

CAPITULO XII

Minegua acudió al llamado que le hiciera el abuelo de su prometida. Entró en la maloca y se sentó cerrando el círculo de varios guerreros y ancianos que ya los esperaban. Al centro una pequeña fogata calentaba e iluminaba el lugar. Una vieja indígena se acercó trayendo en sus manos una delicada y bien tallada vasija de barro y una copa del mismo material.
La vieja que hacía de sacerdotisa recitó varias no entendibles plegarias alzando los brazos y la mirada comunicándose con sus dioses ancestrales. Entregó los recipientes a uno de los allí reunidos y salió del lugar, el que recibió los utensilios los colocó en el centro del círculo cerca de la fogata.
-Joven Minegua, a usted le corresponde iniciar la comunicación con los espíritus de al selva –indicó el más viejo de los presentes.
El joven se sirvió una copa del líquido que reposaba en el recipiente, regresó a su lugar se sentó y de un trago bebió el amargo brebaje; el yajé no tardó en causar efecto, el joven se contorsionó y convulsionó por algunos minutos ante la impávida mirada de los presentes. La mente, o tal vez el espíritu de Minegua abandonó el cuerpo material y convertido en poderosa águi-

la en viaje astral inició a divagar por la selva; escuchó la voz de su difunto padre, las voces de los presentes tronaban en su mente como mil preludios de tormenta, voló por sobre ignotas tierras y desconocidos ríos, y llegó la inmensa sabana donde descansaba la madre de su amada. Desde que era un niño no había vuelto a ver ese rostro, pero él la recordaba, ese rostro tenía un impresionante parecido con el de su adorada Marbachare; la contempló plácida, durmiendo sobre la hamaca de tela europea acompañada de hombres blancos desconocidos para él, pero a los que ella no parecía temer. Ella en sueños lo vio llegar y lo saludó con ternura, como una madre recibe a su adorado hijo que desde años ha, no ve. Comprendió en la ebriedad de su mente que su deber era poner en sobre aviso a su novia, pero Hondiquera en el sueño le pidió guardar el secreto de su pronta llegada, para dar una agradable sorpresa de bodas a su hija.

El olor de hierba aromáticas hizo despertar a Minegua de su narcótico viaje. Cada uno de los presentes experimentó consumiendo el terrible Yajé.

A manera de conclusión, todos comentaron lo que en su trance narcótico habían visto.

-Se acercan blancos muy diferentes a los que siempre hemos tratado –comentó uno de los indios viejos.

-He visto a dos hombres iguales al hombre guayupe de piel como la luna –informó otro.

El abuelo de Marbachare no comentó su visión; se puso de píe y abandonó el lugar sin pronunciar palabra alguna.

Con las primeras luces del nuevo día, Minegua vio partir a su enamorada acompañada de varias mujeres de la aldea. De antemano sabía que era llevada para

iniciar los preparativos de la boda en otro lugar. Si la unión fuera de uno de los hombres de la tribu sin investidura como la de él; la ceremonia no se haría tan formal y simplemente con el consentimiento del padre de la novia, el enamorado construía una nueva choza y a sin más, iniciaría la conformación de una nueva familia.

-Los ancianos lo esperan en la maloca principal–comunicó una pequeña a Minegua.

Entró, sobre rústicos sillones de guadua, la totalidad de los viejos de la tribu, incluyendo las mujeres, lo esperaban para iniciar la charla de conocimientos históricos de la comunidad.

El más viejo de todos inició relatando historias de antes de la llegada de los blancos., cuando se era un solo pueblo y se hablaba una sola lengua.

-De los mares, igual que los españoles, llagaron los primeros indígenas –relató el anciano- la base de nuestro idioma lo compone la sílaba Gua; nombres de comunidades como: Guayupe, Guane, Guanbianos, Guayú, Guaiquiríes; ríos como: Guayabero, Guaviare, Guatiquía, Guayuriba, Guape y nombres comunes como Guatavita, Guachinacan; componen nombres que aún quedan de nuestra lengua ancestral. Nuestros dioses se perdieron en la noche de los tiempos y adoptamos como nuestros los de otras comunidades y de seguro otras tribus tendrán deidades diferentes a las nuestras. Los hermanos incas, desde siempre han adorado al sol; en las profundidad de las selvas algunas tribus adoran a la diosa Inírida a Yuruparí y a otros tantos dioses.

Cada uno de los viejos narró al joven príncipe las historias más importantes acaecidas en sus vidas. Cono-

ció de voz de los actores de los acontecimientos, relatos que hablaban de tribus feroces conformada por guerreros que a sus prisioneros los engordaban como animales de cría y en días de fiesta los sacrificaban y eran servidos como plato principal en suculentas cenas. La historia de las hormigas tambochas, millones y millones de carnívoros animales que sin saber de donde aparecían en la selva devorando todo cuanto encontraban a su paso: fieras, serpientes, animales de todos los tamaños huían despavoridos ante el indiscriminado ataque de esos diminutos demonios que no descansaban ni aun en las noches y ni los pájaros en sus nidos se salvaban de la aniquiladora horda asesina; las aguas del más caudaloso de los ríos no lograba detener a las tambochas y en troncos o en pequeñas hojas pasaban los afluentes para seguir su senda de destrucción. Esos animales, al igual como aparecen de la nada, se perdían en la nada.

-Hace muchos años –relató el abuelo de Marbachare- en uno de los tantos viajes que en mi juventud y junto a mi padre realicé a las tierras de los incas, encontramos en la orilla de un caudaloso río a un hombre herido que nos relató de haber escapado de estar prisionero por muchos años de unas hermosas mujeres que habitaban en grandes ciudades perdidas en lo profundo de la selva amazónica; nos causó tal curiosidad las palabras de aquel hombre que mi padre decidió viajar hasta esos lugares. Por muchos días navegamos por aguas del amazonas hasta encontrar una avanzada de esas bravas guerreras; quisieron hacernos prisioneros pero cambiaron de parecer cuando mi padre les mostró las mercancías que con ella podíamos intercambiar; les gustó de sobremanera los ornamentos de

oro y piedras de esmeralda; ellas nos ofrecieron pieles y hermosos tocados de plumas de aves desconocida por nosotros. En dos oportunidades visitamos esos lugares; la segunda vez nos comunicaron que se marcharían del lugar porque una numerosa tribu de hombres de las montañas, pretendía incursionar en su territorio para hacerlas sus mujeres.

Los más inverosímiles secretos de la selva le fueron confiados al joven príncipe. El conocimiento de las plantas medicinales fue recitado por cada una de las ancianas mujeres presentes.

Tal vez dos días con sus noches estuvieron allí reunidos.

-Cuando salgamos de aquí, iremos al lugar donde se celebrará la boda –informó uno de los presentes.

Salieron en silencio y cada uno fue en busca de los implementos necesarios para su caminata. Minegua en bolsa de cuero empacó el tocado con diadema de oro y vistosas plumas de colores, las tobilleras, brazaletes y pectoral de jefe indígena heredado de su padre. El abuelo de Marbachare, la madre, el hermano menor de Minegua y dos viejos más lo acompañaron en su marcha.

Las sendas secretas de los indígenas de la región se llenaron de caminantes; iban ataviados para un evento especial. Un nutrido grupo indígenas saes, vecinos cercanos de lo guayupe, acompañaron a los tres viajeros en su ruta

Siguiendo la rivera corriente arriba del río Ariari, fueron encontrando en el camino a nutridos grupos de invitados. Al acercarse al lugar, los troncos de los árboles aparecieron delicadamente decorados con arreglos florales, miles y miles de pétalos de flores de penetrante olor a manera de alfombra tapizaban el camino.

Desde la pequeña explanada se contemplaban, abajo, las corriente de caños y ríos y el verde impenetrable de la selva; frente a ellos, se despeñaba desde un pequeño altozano un delgado hilillo de agua que a manera de cascada se estrellaba contra las rocas lanzando al aire diminutas gotas que al caer mantenían húmedo el lugar de exuberante y baja vegetación; varias chozas habían sido construidas, a una de ellas y acompañado por varios hombres fue llevado el novio. Después de bañar su cuerpo en las cristalinas aguas de la cascada, el novio fue ataviado con su hermoso traje de bodas: Botas de piel de venado a mitad de la pierna, el largo cabello oculto debajo del tocado, el collar con colmillos de tigre, caimán, serpientes y pequeños huesos de animales, traje de fibra vegetad delicadamente tejido.

Al salir del habitáculo, en la puerta, el novio era esperado por sus familiares más cercanos que lo acompañaron hasta quedar justo en frente del sacerdote de Bochica, llegado desde las frías montañas.

Se escuchó el suave sonido de flautas de caña y el acompasado golpe de tambores. Tal vez cinco o diez minutos esperó Minegua; recordó la visión que había tenido narcotizado por le Yajé y se imaginó la alegría de su futura esposa si en ese momento llegara Hondiquera.

Continuaban llegando invitados de los lugares más recónditos: de las selvas de Guaviare, de los llanos del Yarí, del Putumayo, Caquetá, del pueblo de los pastos y algunos de la en decadencia nación Muisca.

El anciano, que días antes en su aldea había recibido a Hondiquera, una vez llegó al lugar se acercó a su amigo. el abuelo de Marbachare e intercambió algunas

palabras. Este sintió de manera afirmativa a lo dicho por el recién llegado. Para Minegua no pasó desapercibida la expresión de felicidad manifestada por el que era su maestro y amigo. El anciano desconocido por Minegua desapareció del lugar.

CAPITULO XII

Esa mañana, después de haber acampado cerca de las orillas del río Ariari; regresó el indígena que Hondiquera había enviado en día anterior para que se adelantara y averiguar como se desarrollaban los acontecimientos.

-Algo importante va a estar por suceder –informó el hombre –algunos guerreros me impidieron el paso, únicamente a los invitados se les permite caminar por ciertos lugares, solamente ancianos y capitanes de guerra pueden llegar al lugar donde de celebrará la boda de un importante guerrero de un aldea cercana.

-¿Encontró blancos en el camino? –se interesó la mujer.

-No, hombres de mucha tribus si, blancos ninguno.

Conrad se acercó donde parlaba la pareja.

-¿Algo nuevo, madame?

-Señor, le recomiendo diga sus amigos que hoy es el día de la boda de mi hija, si partimos a hora tenemos el tiempo justo de llegar.

-¿Podemos ir de a caballo? –preguntó el teutón.

Hondiquera consultó con el indígena las condiciones del camino, luego respondió:

-Sí, un buen trecho se puede hacer sobre los animales - respondió.

-Señor Schneider, señor Sato, Señor Adán, de Souza, señor Pietro, Francisco, José de todo los santos, elijan a algunos hombres más –dijo Conrad a sus amigos- vistan sus mejores trajes, estamos invitados a una boda.
-Yo llevo a mi Katia y un barril de licor –expresó Francisco.
Después de tomar un refrescante baño, los hombres buscaron en sus equipajes sus mejores ropajes; Sato eligió vestir su armadura se Samurai Hatamoto, Adán desempolvó su vieja guerrera de sargento de artillería, Conrad su elegante vestido de caballero de las altas cortes europeas y asi, cada uno de los
hombres procuró estar a la altura de la invitación hecha por aquella interesante mujer. Las relucientes espadas, dagas, sables y catana en el caso de Sato; lucían con espectacularidad en la cintura de aquellos hombres de aventuras; los que no portaban armas eran Pietro y de Souza, su condición de intelectuales los habían hecho renunciar a las armas. Guantes, sombreros, largas botas de grueso cuero, complementaban la vestimenta de los invitados. Hondiquera se sintió satisfecha de que aquellos importantes hombres tomaran con tanta importancia y quisieran homenajear a su hija del alma.
-Los hombres de color están intrigados, no saben lo que sucede; a lo mejor creen que nos vamos a largar y a dejarlos abandonados en medio de la selva ¿la madame los pensará invitar? –se preocupó Schneider.
-Es mejor preguntar – Dijo Conrad.
-Ella asistirá, será como dicen los blancos, mi dama de compañía,. Sus amigos irán con ella –respondió Hondiquera a la inquietud de Schneider y agregó-nos retiramos es hora de vestirnos para la partida.

Las dos mujeres se ocultaron en el monte y minutos después regresaron al lado de sus compañeros de viaje. Los blancos nos enteraron en que momento Hondiquera se hizo al vestido que ahora llevaba puesto; de piel curtida de animal salvaje, mocasines del mismo material, collar de piedras o tal ves frutos disecados de diferentes colores; el tocado ya antes se lo habían visto puesto. La mujer negra vestía del mismo modo.
Una vez Conrad dejó el campamento a cargo de Gutiérrez, se decidieron a partir
Lo mejores caballos fueron ataviados para el corto viaje
- A los caballos, es hora de partir –ordenó Adán
Dos guerreros marcharon adelante a manera de guías. Por el camino, los indígenas que aun no llegaban al lugar de reunión no salían de su asombro de ver a los hombres de piel oscura y al de raza amarilla; se sorprendían de ver a aquellos blancos que nunca antes vieron el las encomiendas y más aun acompañados de una mujer de su misma raza montada sobre un caballo.
Algunos guerreros salieron al paso de la comitiva; recriminaron a los indígenas guías por llevar extraños al lugar. La llegada del viejo amigo de Hondiquera calmó los ánimos; a amera de recriminación dijo a la mujer:
-No me comunicó que los blancos la acompañarían.
-Son mis invitados, como enviados del padre de mi esposo y abuelo de mi hija, creí importante que asistieran a la ceremonia.
Una vez dejaron a buen recaudo los caballos continuaron su camino a pie. Los presentes, algunos de los

cuales recordaban a la mujer, habrían calle de honor permitiéndole el paso. Cuando la mujer llegó al frente del grupo, Ludwin llevando de la mano a su hija se acercaba al lugar donde esperaba Minegua frente al viejo sacerdote. El murmullo de la multitud alertó a Ludwin que desvió la mirada hacia el lugar donde se rompía el círculo de asistentes. Quedó petrificado, soltó la mano de su hija y la frotó sobre su rostros; no creía estar bajo los efectos del Yajé, supo que rea real y no una visión cuando los labios de Hondiquera esbozaron aquella sonrisa que años atrás lo había cautivado. De su alma brotó el nombre.

-Hondiquera.

Marbachare lo escuchó decir ese nombre y dirigió la mirada al lugar que llamaba la atención de su padre. Padre e hija caminaron despacio al encuentro de la esposa y madre. Las flautas y tambores dejaron de sonar, el ruido de las aguas de cercana cascada parecía que se dejó de escuchar, los pájaros bullosos hasta ese momento no se escuchaban trinaban ni revoloteaban, en el ambiente reinó un alegre sentimiento de Felicidad. Hondiquera caminó al encuentro de su familia y se fundió en un fuerte abrazo con ellos. No había palabras; tan solo se miraban y abrazaban una y otra vez. Los ojos de Ludwin se fijaron en las personas que acompañaban a su esposa.

-¿Quienes son?

-Son mis invitados a la boda de mi hija, ellos me rescataron de mi cautiverio; me gustaría que se entrevistara con ellos, se que tienen mucho de que hablar.

Ludwin se retiró del lado de su familia y caminó mirando fijamente a Conrad. El aventurero y compatriota lo saludó en el idioma de su patria.

-Es un gran placer para mí poderlo encontrar señor Ludwin Schmidel.

-¿Cómo se enteró de mi nombre, acaso mi esposa se lo dijo? –extrañado preguntó Ludwin.

-Los paso que junto a mis amigos nos encaminaron hasta este recóndito lugar, los caminamos a petición de su anciano padre. Permítame señor nos presentamos.

Uno a uno Ludwin conoció a los hombres que venían en su busca, Fue la sugerencia de Schneider la que hizo que la ceremonia continuara.

-Creo señores que más adelante podemos dialogar con calma; por favor, permitamos que continúe la boda.

Hondiquera se cercó y abrazó al novio.

-Estará al cuidado de una parte de mi vida y se que serás un buen esposo para mi hija.

-Acérquense por favor – invitó el sacerdote indígenas, acto seguido inició la ceremonia

–Ruego al supremo Chiminigagua, dios supremo creador del universo, a Bochica, su discípulo más preciado y a todos los espíritus de nuestros antepasados para que con supremo poder guíen y protejan en el camino de la vida a estos dos de nuestros hermanos que unen su vida hasta el final de los tiempos. Que los granos de sus cosechas sean como la estrellas del cielo y su simiente fecunda.

Después de hacer caer agua de la cascada sobre la cabeza de los novio, el anciano dio por terminado el Acto.

Cada uno de los invitados entregó presentes a los novios. Hondiquera disculpó a sus invitados, por no entregar ellos presente alguno.

Sato se adelantó uno pasos hasta quedar frente a los

recién casados. Hizo reverencia y sin más preámbulos se despojó de su espada tanto (espada pequeña que siempre portaban los samuráis y generalmente utilizada para hacerse el seput, suicidio) y la entregó a Minegua.
Conrad abrió desmesuradamente los ojos en señal de asombro; algo andaba mal, que Sato se desprendiera de una de sus espadas, símbolo de su dignidad eso jamás se había imaginado llegar a verlo.
Schneider regaló una pistola, Adán su daga más preciada, José de Jesús, su diminuta chaqueta quitada a un guerrero berberisco en las cálidas arenas africanas.
-No tengo nada que regarles muchachos, pero les prometo que cuando Katia tenga hijos, el más bonito de los cachorros será para ustedes. –ofreció Francisco.
El lugar fue quedando desierto, los indígenas invitados sabían que en la ladea los esperaba abundantes totumadas de chicha y viandas de todas las especies por ellos conocidas.
-Es verdaderamente linda su hija –comentó Conrad a Ludwin y agregó –definitivamente tiene un muy asentado parecido con Cristina.
-Cuénteme de mi hija, ¿Como está, sufre por mi ausencia?
Conrad buscó entre sus bolsillos extrayendo un pequeño retrato de Cristina.
-Ésta es su hija. -dijo en tanto entregaba la pintura.
Ludwin se retiró del lugar y contempló el rostro de Cristian, secó varias veces el llanto de su rostro y regresó al lado de Conrad intentando de volver el retrato.
-No señor Ludwin, no me lo regrese, su hija me lo dio para que se lo entregara si lo llegaba a encontrar.
Hondiquera y Marbachare se acercaron con deseos de

conocer al hija de Ludwin. Él les entregó el pequeño cuadro.
-Aunque es muy linda mi hermana, tiene triste la mirada
–comentó Marbachare.
-Debe ser que añora volver a ver a su padre.
-Quiero que nos acompañen a la aldea, allá, con más calma
podemos hablar –pidió Ludwin a Conrad.
-Par mí significa un inmenso placer poder acompañarlos,
permítame envió un mensaje a los hombres que quedaron en el campamento, no quiero que sientan preocupación por nuestra tardanza.
-¿Campamento, más hombres? –se extrañó Ludwin.
-No se sorprenda, su padre no escatimó recurso alguno para dar con su paradero; creo que nuestra senda fue guiada por Dios, en nuestros planes teníamos presupuestado un año de búsqueda y apenas hace algunos meses estábamos soportando frío en Europa.
La comitiva en lenta marcha se desplazó a la aldea guayupe. Hondiquera caminaba al lado de su esposo; de igual modo, muy cerca iba Marbachare con Minegua.
-Madame Hondiquera me relató la desafortunada historia que por persecución de las autoridades locales han tenido que sufrir; créame que no entiendo por que usted no denunció tal hecho ante la corte de justicia directamente en España, su condición de noble le permitiría hacer que se haga justicia y que los culpables del atropello cometido en sus personas sean drásticamente sancionados.
-Créame amigo mío, eso que usted me insinúa lo inten-

te hacer; pero en estas tierras es otra la realidad que se vive; aquí estamos lejos de la justicia, en estos lugares de Dios la palabra de un indígena o de un europeo que cohoneste con ellos, no tiene valor alguno y menos si quienes los persiguen son personajes pertenecientes a la iglesia. Cualquier correo que se intente enviar es revisado por las autoridades, si se pretende denunciar alguna de sus atrocidades, sencillamente la correspondencia es desaparecida y el remitente perseguido y en muchos casos asesinado o encarcelado de por vida; en algo me sirvió ser de sangre noble para que mi condena fuera conmutada; el religioso destinado como acusador, más de una vez solicitó mi muerte en la hoguera; para los siervos del Papa todos los alemanes somos luteranos herejes y como tal se nos debe perseguir y aniquilar - comentó Ludwin.

Durante la noche a ritmo de flautas y tambores los indígenas se dedicaron a baliar y a beber chicha. La pálida luz lunar, hacía que los danzantes semejaran espantos girando alrededor de las hogueras. Muchos de los invitados hablaban diferentes lenguas y sobrio el abuelo de Marbachare permanecía al tanto de lo que hablaban para satisfacer sus peticiones.

Entre los invitados estaba el jefe Guapiare; -comentó el padre de Hondiquera- indígena llegado de lejanas tierras y descendiente de un guerrero guayupe que muchos tiempo atrás había huido de su comunidad robando a la bella hija de un jefe del lugar; por todos los rincones de la selva conocida en ese entonces fue buscado el raptor. Después de muchos años de búsqueda, el padre de la infortunada, al saber perdida a su hija, abandonó a su esposa y a sus dos pequeños hijos y se marchó aguas arriba del río Ariari, allí lloró

desconsolado por mucho tiempo hasta encontrar la muerte, contaban los antiguos que las lágrimas del desconsolado padre, al caer sobre la playa, convertían la arena en oro y desde entonces el río se llamó Ariari (oro-oro). El guerreo Guapiare era en verdad temido por los presentes; en su contacto con otras atroces comunidades de la selvas profundas, había adquirido de ellos la costumbre de devorar a sus enemigos caídos en combate. De alguna manera Guapiare estaba emparentado con Minegua, ya que el joven descendía de uno de los hijos abandonados por el padre de la princesa raptada.

-He escuchado comentarios de que en la sierra de la Macarena existen lugares encantados –comentó Adán

-De ese lugar les puedo comentar que hace muchos años existió el palacio de lápiz-lazuli y mármol, donde habitó la diosa papurí; dicha diosa también tenía un palacio cerca de los manantiales que forman el río Apoporis. Otra historia que recuerdo es la de una sacerdotisa india que recorrió la selva; desde los raudales de Atures en el Orinoco, hasta las vertientes del Amazonas. Tuvo variados nombres: Vicharachía, Mapiriana, entre otros. Se cuenta que esa sacerdotisa amasaba con sus manos lingotes de oro, con los que formó y dio vida a lindos paticos dorados que amarró con cadenas doradas, uniéndolos a una concha de tereca (tortuga) de esa manera recorrió todos los rió de la selva. Con la llegada de un hombre blanco ávido de oro, violando hogares y matando indios, como castigo del dios Yuruparí. La sacerdotisa huyó hacía sus grutas; allí petrificó de nuevo a sus paticos y los lanzó al fondo de una gruta. Otros paticos, así petrificados los llevó a la sierra de la macarena y en unas cavernas que existen al otro lado de un desfiladero los enterró. Ella

misma se convirtió en un diminuto patico que en las noches de luna recorre las aguas del río Guayabero, corre por los matorrales de la sierra de la Macarena y vuela a los desfiladeros del Apoporis.

El frío de la noche y los efectos de la chicha hicieron que pronto el amplio patio de la aldea quedara desierta de danzantes. Los europeos cobijados con gruesas mantas de lana atentos escuchaban alrededor de una hoguera; los blancos esperaba pacientemente que aquel venerable anciano les narrara más historias que para ellos eran de suma importancia. Ludwin hubiera podido hacer los relatos ya que todos o su gran mayoría los conocía; pero no, su compatriotas se sentirían más complacidos escuchar las narraciones de labios del anciano. Ludwin se retiró con su esposa cuando su suegro se presentó, comprendió que no era necesario permanecer en el lugar

El sol del nuevo día sorprendió al grupo de europeos alrededor de la ya apagada hoguera escuchando cada una de las historias de las cuales ellos preguntaban y que con gusto y al detalle el anciano narraba en perfecto español.

-¿Podemos conocer el lugar dónde lloró el desconsolado padre al cual le robaron la hija? –se interesó Schneider

-Igual que mi amigo, me gustaría conocer la playa donde la arena es de oro –agregó Adán.

-Con el mayor de los gustos y en virtud a que son amigos de mi yerno, los llevaría a ese lugar y a muchos más; pero no puedo hacer tal cosa sin el consentimiento del consejo de ancianos. Deben entender que esos lugares están vedados inclusive a los jóvenes de la tribu.

La llegada de Ludwin y Hondiquera detuvo la charla

del grupo. Momento aprovechado por el anciano para comunicar a los europeos su deseo de retirarse a descansar y sugerirles hacer ellos otro tanto.

-¿Cómo les pareció la tertulia con mi querido suegro? - preguntó Ludwin a Conrad.

-Muy interesante; aunque en el poco tiempo que llevo en estas tierras he vistos tantas cosas extraordinarias; en lo referente en lo relatos del venerable anciano no se en qué momento se desprende lo real de lo mitológico.

Ludwin lo miró fijamente y esbozó una enigmática sonrisa.

-Quero decirle lago que espero nunca lo olvide: los indígenas y en especial los ancianos guayupes, prefieren perder la vida antes que faltar a la verdad.

-Me quiere usted decir ¿Que todos los relatos escuchados son verdad?

-Palabra a palabra.

Conrad miró al grupo de sus amigos que aun permanecían somnolientos debatiendo cada uno de los relatos escuchados y sugiriendo pedir al anciano los guiara para conocer a las lindas amazonas.

-Antes de retirarme a descansar, quisiera pedir sus buenos oficios en el sentido de pedir al consejo de ancianos y se nos permita conocer el lugar donde la playa de l río tiene arenas de oro.

-Es difícil que los ancianos accedan a tal petición, pero le prometo que les haré conocer su petición.

Cada uno de los europeos buscó el mejor lugar para reponerse del sueño y el cansancio.

Esa tarde a petición de Ludwin y el padre de Hondiquera, se reunió el consejo de ancianos; hasta bien entrada la noche deliberaron y fue Ludwin el que en compañía del jefe de ancianos comunicó a su compatriota la decisión final del consejo.

-Han aceptado que los lleven al lugar que desean conocer, pero tienen que cumplir los condicionamientos del consejo.
-¿Cuáles son las exigencias?
-Reúna a su hombres y se las comunico.
-Prometer ante lo más sagrado que haya en sus vidas –dijo Ludwin al grupo- no apoderarse de nada que nos les sea regalado, no hablar a nadie en el resto de sus vidas de lo que allí vean y no intentar volver a hurtadillas sobre los pasos caminados; el que intente regresar sin alguien que conozca el lugar, créanme, encontraran la más espantosas de las muerte.
-¿Cuándo partimos?-preguntó José de Jesús.
-Mañana en la mañana.
-Se debe partir en medio de la más absoluta discreción, recuerden que muchos hermanos de raza visitan a nuestros anfitriones y se pueden sentir molestos al enterase que se dan a conocer secretos ancestrales. Simularemos que salimos de cacería.
Marino de Souza desenrolló algunos dibujos que había pintado y los enseñó a los Ludwin y a su esposa. Dos momentos de la ceremonia de casamiento y los rostros de Hondiquera, Marbachare, Minegua y el Alemán.
-Con este trabajo pienso justificar el dinero que su padre pago por mi viaje a esta tierras – comentó el portugués
La más impresionada con la calidad del trabajo fue Hondiquera, que se apresuró a llamar a su hija y yerno para que contemplaran sus rostros dibujados.
-No permita que las ancianas de la tribu vean esos dibujos; se tiene la creencia que cuando se plasma el rostro de una persona, se pierde el espíritu ya que este se va con la pintura.

-No debemos demorarnos demasiado en el viaje que vamos a emprender, recuerden que el casamiento católico de mi hija es la noche de la navidad –recomendó Ludwin.
Con el mayor de los sigilos los europeos abandonaron la aldea; los acompañaban cuatro de los ancianos de la tribu entre ellos el padre de Marbachare. Dos días de extenuante marcha por la rivera del Ariari hasta llegar al pie de la cordillera; se adentraron por un estrecho cañón y llegado el medio día atacaron un empinado cerro que terminaba en el nacimiento en medio de las rocas de un caudaloso riachuelo. El primero en agacharse a beber agua fue Sato y entre sus manos no recogió agua si no un puñado de limpia arena.
-Es oro –exclamó-oro puro.
El nipón recordó la advertencia de no coger nada que nos les fuera regalado y rápidamente regresó la arena a su lugar y bebió hasta calmar la sed. Todos contemplaron el arrollo que raudo bajaba a entregar sus aguas al caudaloso Ariari. El viejo que hacía de guía se adelantó hasta desaparecer de la vista del grupo, algunos minutos después se les ordenó continuar la marcha.
-Lo tuvieron ante sus ojos y no lo vieron, lo palparon sus manos y no lo sintieron –recitaba en voz alta José de Jesús, recordando las palabras de Hondiquera.
Tal vez dos horas más de camino hasta encontrar al anciano que se había adelantado. Desde el lugar contemplaron toda la senda recorrida. El viejo entregó a cada uno de los visitantes respectivos trozos de tela y les indicó de taparse los ojos; uno a uno en el mismo lugar donde se encontraban los hizo dar varios giros, luego les indicó tomarse de las manos y los condujo sirviendo él de monaguillo.

Algunos minutos caminaron a siegas y se sorprendieron cuado se les ordenó despojarse de las vendas.
-¡Por los bigotes de mi abuela gitana! –exclamó Adán – mis ojos estoy seguro, jamás volverán a ver tesoro alguno.
Sin el más mínimo cuidado de ser oculto, reposaban sobre las rocas variedad de lingotes de oro, figuras y máscaras del mismo metal, delicadas piezas de artesanía y algunas esmeraldas traídas de las tierras de los indios Muzos.
-¿No temen que estos tesoros sean saqueados por los españoles, ávidos de riquezas? -preguntó Pietro.
El más anciano de los guías pidió por señal al italiano para que lo siguiera, lo condujo unos metros fuera del lugar donde se encontraban, pasados alguno segundos un exclamación de espanto del europeo atrajo la atención del resto del grupo. Allí, tirados sobre la verde hierva yacían cuerpos momificados y algunos esqueletos humanos, con parte de tesoro en sus manos.
-Esos infelices lograron llegar hasta este lugar; torturaron despiadadamente a un antiguo curandero de la tribu que en medio de una aterradora agonía y tratando que terminara su suplicio condujo a estos ilusos hasta este lugar. Creyeron que el anciano les iba a entregar el tesoro sin saber que los traía a los dominios del dios "chaquen" guardián de los tesoros indígenas. Ese dios es burlón, vengativo, cruel y goza humillando a los que pretenden profanar sus santos recintos; ustedes hoy están aquí por que gozan de nuestra compañía, nos se les ocurra intentar llegar por su cuenta; chaquen no les permitirá regresar con vida.
Los blancos miraron los cadáveres de los infortunados. Espadas, yelmos, las espuelas en las botas y hebillas de los cinturones, el paso de los años los habían oxidado.

-De este grupo logró salir con vida un hombre al cual sus compañeros no le permitieron cargar tesoro alguno; los blancos de ese entonces comentaron que el desdichado hombre sufrió un ataque de locura y en alta mar saltó del barco que lo llevaba de regreso a su tierra.
-¿Cuántos años llevan esos cuerpos en ese lugar? – preguntó Conrad.
-Aun yo no había nacido cuando sucedieron los hechos - comentó el viejo y agregó- quiero enseñarles algo que de verdad los va a impresionar.
Pidió prestada la espada de Schneider y por el cortante filo golpeó un frondoso árbol que se encontraba a unos paso de la entrada del escondido lugar.
La selva se estremeció con el agónico y lastimero grito que todos escucharos; instintivamente retrocedieron al contemplar que de la herida del árbol manaba roja sangre.
-Este fue un cacique de nuestra tribu que pretendió robar parte de tesoro para venderlo a los blancos. Chaquen lo convirtió en árbol y es obligación de todos lo que visiten este lugar, herirlo, para que hasta el fin de los tiempos pague por desafiar la ira del guardián de los tesoros.
El anciano entregó la espada a su dueño y lo exhortó a seguir su ejemplo. Cada golpe fue un lamento, cada golpe una sangrante herida.
-Aun si no lo hubiera prometido, lo visto el día de hoy jamás saldrá de mi boca; si algún día regreso a mi país y relato lo visto, nadie va creer que diga la verdad y de seguro me ordenan hacerme seput (suicidio) – comentó Sato.
-Si, es incomprensible para una mente civilizada entender lo que sucede en estas tierras; los cuerpos de

estos hombres se encuentran incorruptos auque permanecen a la intemperie y lo más extraño de todo es que no hayan sido devorados por las fieras salvajes que abundan por estos lugares.

-Debemos marcharnos, no es aconsejable pasar la noche en este lugar, puede llegar Chaquen y enojarse porque invadimos sus dominios.

La sangre se heló en las venas de los europeos cuando escucharon del herido árbol una especie de llanto inconsolable; sin previo aviso Francisco fue el primero en iniciar la retirada, los demás lo siguieron de manera atropellada; el corazón latía con desesperación y lo que más deseaban era poner tierra de por medio de ese embrujado lugar.

-Juraría que el árbol lloraba –dijo Conrad al abuelo de Marbachare.

-No se equivoca, él llora porque sabe que quedará a solas por muchos años, tal vez hasta la eternidad. No creo que después de hoy, alguno de ustedes se le ocurra regresar, en lo que a mí respecta jamás regreso, no quiero sufrir el enojo de Chaquen

Tal vez fue la experiencia de lo visto, pero a todos el recorrido de regreso se les hizo más corto.

Al llegar, los europeos sintieron pena por el indígena que con un recién nacido en brazos recorría desesperado y llorando desconsolado en rededor de la aldea. Nadie parecía condolerse del dolor de aquel desesperado hombre y fue precisamente Conrad el que se decidió a intervenir; se detuvo cuando escuchó el llanto del pequeño.

Ludwin advirtió la actitud de su compatriota y a manera de explicación le comentó:

- El hombre llora porque su esposa acaba de parir un hijo.

-¿El hombre llora porque ha sido padre? Únicamente esto me faltaba por ver, cualquier padre estaría saltando de la dicha ante el nacimiento de un hijo. –exclamó Conrad.

-Si, cualquier padre europeo, o de algún otro país; no un padre indígena. Él sabe que su hijo ha llegado a esta tierra a sufrir persecuciones, privaciones, humillaciones, maltrato y esclavitud por parte de los blancos. Antes de llegar los europeos las festividades por el nacimiento de un nuevo mimbro de la tribu se celebraba con ocho días de jolgorio. Hoy, en este tiempo, cuando un indígena presenta su hijo lo hace diciendo: "estas son mis lágrimas".

-No acabo de asombrarme con las situaciones extrañas que se he visto en estas tierras.

-Existe una costumbre de una comunidad indígenas que a mí, que llevo tantos años vividos en estas tierras, me parece horrenda –narró Ludwin- estos individuos cuando constituyen una nueva familia, esperan a tener su primer hijo para iniciar la construcción de su vivienda; una vez el hijo nace, lo sacrifica y lo sepultan en la base del palo mayor que sostiene la vivienda; de esa manera, piensan ellos, aseguran el buen futuro de los que allí moran.

Variedad de historias y costumbres lugareñas narró Ludwin a su compatriota. Cuando Conrad calculó que se terminaban los relatos, comunicó a su interlocutor.

-Creo que se hace necesario volver al campamento, proveernos de ropas limpias y dialogar con los hombres que allá nos esperan, no quiero que se desesperen por nuestra ausencia.

Reunido el grupo de europeos y en compañía de varios guerreros salieron en busca de los caballos.

CAPITULO XIII

Entre bañar los caballos y desparasitarlos, lavar su ropas, alistarlas armas , asearse, pescar, cazar cerdos salvajes, entre otras cosas, dejaban los europeos pasar el tiempo. Pietro, lápices y papel en mano dibujaba todo loa que para él significaba importancia; plasmaba las auroras henchidas de bullicios de chenchenas, relincho de caballos, bramar de vacunos en la lejanía, carrera alocada de Caripiares y paso acelerado de alcaravanes que iniciaban aburridor chillido cuando presentían la cercanía de extraños. Los soles crepusculares, llamado sol de los venados, que morían cada tarde sobre las altas cumbres de la cordillera y que a veces perdían su luz al paso de variadas bandadas de miles de aves.

La armonía del campamento de Conrad fue alterada por la llegada de un indígena que gravemente herido fue atendido por los españoles encargados de cuidar los caballos.

-El cura llegó con los soldados, mataron a la gran mayoría, a los demás los llevaran presos a la encomienda de San Juan - se logró hacer entender el herido.

Alertado Conrad de lo sucedido, prontamente reunió a sus hombres.

-Señor Adán- se refirió- usted mejor que nadie conoce el comportamiento de sus compatriotas ¿Cree que lo que acaba de relatar este indígenas es de conocimiento de las autoridades de la corona o al menos del virreinato?

-Me aventuro a concluir que ente caso tiene ingerencia el santo oficio, el indio dice que un cura los acompaña y por lo que tengo entendido los sacerdotes seculares y regulares si es verdad que esclavizan los indígenas, pocas veces se ha sabido
que los asesinen.

-¿Cómo enterarnos si los atacantes son o no miembros del gobierno local? –se interesó Schneider.

-Traigan al indio hasta cerca de un caballo –pidió Gutiérrez.

El maltrecho hombre fue llevado cerca del animal y Gutiérrez le señaló la marca que el noble bruto llevaba en el anca. El indígena con un improvisado pincel dibujo en la tierra la marca de los caballos de los atacantes.

-Si es verdad que son soldados, no lo son soldados de la corona –concluyó Adán.

-¿Qué sugiere que hagamos señor Conrad? –se interesó José de Jesús

-¡A los caballos! -ordenó Conrad- no podemos permitir que nuestro hombre y su familia sufran alguna calamidad, no ahora que estamos tan cerca de ellos, perderlos sería fracasar en nuestra misión.

-¿Los atacaremos? –preguntó Schneider.

-Debemos procurar poner salvo a toda la comunidad, recuerden con el respeto y las consideraciones con que

hemos sido atendidos. Si es preciso enfrentar a esos desalmados lo haremos.

-Señor Gutiérrez, irá con migo adelante comandando la caballería, señor Adán conforme un grupo para que lo acompañen con el cañón. Schneider dirija los hombres de infantería.

-Señor ¿A cuántos enemigos vamos a enfrentar? –consultó Adán.

-Por lo que dijo el indio, son más de cien de a caballo y otros tantos de a pie.

Los nervios se tensaron al máximo, todos ellos eran intrépidos aventureros acostumbrados a jugarse la vida por salvar su reputación de hombre de honor en el cumplimiento de sus misiones. A marcha forzada iniciaron el desplazamiento. Vadear el río en esa época del año fue relativamente facil ya que el caudal se encontraba notoriamente mermado; desde gran distancia se podían contemplar las negras columnas de humo que se alzaban al cielo.

Al llegar al lugar la escena no pudo ser más dantesca: pequeños ranchos y las tres grandes malocas quemadas, cuerpos de ancianos y mujeres diseminados sin vida por todo el lugar; atados a troncos de madera, varios cuerpos salvajemente torturados; Conrad reconoció en uno de ellos a Minegua; desmontó del caballo y se acercó presuroso. Solícito Sato ayudó a desatar al infeliz.

-Señor, creo que aun respira – emocionado refirió Sato.

-Pronto, llame a Dubois, él siempre lleva consigo medicinas.

Sato se retiró, cumplió con llamar al francés y en medio de la aldea asumió posición de loto, todo su ser se sumió en la más profunda concentración.

-En los próximos días no quisiera estar frente a Sato Cuando desenfunde su espada; más de un español va a perder la cabeza antes de la navidad.
Minegua poco a poco fue recobrando el sentido. Miró con odio profundo a Conrad; con impotencia, con infinito rencor; pronunció las peores palabras que el teutón en su contra jamás había podido escuchar.
-Malditos, ustedes los blancos son todos iguales, son como perros rabiosos que muerden la mano del amo que les da comida.
Dubois miró el rostro de su amigo y se extraño de no verlo sentir emoción alguna ante el insulto.
-No se preocupe ni sienta pena por mí señor Dubois, si a usted le hubiese pasado lo mismo que a éste hombre, estaría pensando lo mismo que él. Minegua cree que nosotros al marcharnos comunicamos a los bandidos sobre todo lo visto en este lugar y los enviamos a saquear sus tesoros.
El convaleciente escuchaba las palabras de los europeos y desconcertado comprobó que era tratado con consideración y cuidados, él estaba esperando ser regresado al lugar de suplicio. Entendió que aquellos hombres eran inocentes de los sucedido a su gente.
Dos horas , tal vez más, duró la tarea de socorrer a los heridos y dejar a los muertos en un mismo lugar. Conrad y Dubois no se retiraban del lado de Minegua.
-Necesito con urgencia saber la suerte de Ludwin y su familia.
Minegua entendió la preocupación del europeo.
-Aunque el ataque fue sorpresivo, los vigías alcanzaron a alertarnos y la gran mayoría logró escapar a la selva; después de realizar sus fechorías los españoles se retiraron y están acampados cerca; de seguro en las

horas de la madrugada serán atacados por lo guerreros que se deben estar organizando para tomar venganza.
-¿Qué buscaban, que deseaban los españoles? –preguntó Dubois.
-Cuando llegaron dijeron que nos castigarían porque tenían información de que estábamos organizando un revuelta; un jefe indígena que conoce las autoridades de las encomiendas de San Juan y san Martín no reconoció a ninguno en ellos y así se los hizo saber; sintiéndose descubiertos dieron rienda suelta a su verdaderas intenciones; dijeron ser del santo oficio y andar en busca de brujas, hechiceros y sobre todo oro, mucho oro
-¿Quién nos puede informar, dónde acampan esos malnacidos? –preguntó Conrad.
-No es difícil saber dónde están; de seguro se refugian en las altas sabanas camino a san Juan de los llanos. Desde ese lugar pueden divisar a mis hermanos cuando se decidan a atacarlos.
-¿Alguien nos puede guiar a ese lugar?
-Pidan al indio que los trajo de regreso que haga sonar el tambor, el sabe como enviar mensajes.
Por espacio de media hora el indígena obedeció las indicaciones de Minegua. Uno a uno fueron regresando los guayupe y los invitados que se encontraban ocultos en la espesa vegetación. Sin poder ocultar su tristeza recorrieron, algunos llorando, su destruida aldea. Hondiquera y Ludwin agradecieron a Dubois por los cuidados prestados a Minegua. Trascurrido algún tiempo se percataron de la no presencia de Marbachare y de la desaparición de algunos miembros del consejo de ancianos; entre ellos el padre de Hondiquera.

-¿Dónde está Marbachare? –preguntó Minegua a su suegra.
-¿No estaba junto a usted?
-¡Se la llevaron! ¡Si no estaba con ustedes es que se la llevaron! –con desesperación decía el joven tratando de incorporarse.
Conrad convocó a sus hombres y los puso al tanto de los acontecimientos; luego dijo a su compatriota:
-Señor Ludwin, estos hombres están disponibles para obedecer las ordenes que usted tenga a bien impartir. Si así lo desea, podemos iniciar en este mismo momento las acciones necesarias para rescatar a su hija.
-No, si los atacamos lo primero que harán eso miserables será asesinar a los prisioneros; sugiero intentar un acercamiento en son de paz y tratar de negociar con ellos; cambiar prisioneros por oro; tal vez el religioso esté más interesado en hacer quemar a mi hija en la hoguera; pero los hombres que lo siguen, se deslumbraran si ven riqueza.
-¿No teme que los prisioneros digan el lugar donde se oculta el tesoro?- se inquietó Conrad.
-Ni los más terroríficos tormentos a que sean sometidos, arrancará palabra alguna de los labios de los ancianos.
Varios grupos de indígenas se reunían para planear el contra ataque; Ludwin les sugirió esperar.
-¿Quienes me acompañan a dialogar con esos bandidos? - preguntó Ludwin.
Todos los europeos dieron paso al frente solidarios con el desconsolado padre.
-Les agradezco infinitamente este gesto de apoyo; pero como deben entender no podemos ir todos, los infelices pueden sentir que sus vidas corren peligro y tomar

decisiones desesperadas que incluyan la muerte de mi hija. Señor Conrad, le agradecería elegir usted a las personas que nos acompañen.
-Sato, Schneider, de Souza, Adán y Dubois, nos acompañaran; Pietro, José de Jesús y Gutiérrez, al mando de los hombres marcharán tras de nosotros a corta distancia, a una señal convenida deben apoyarnos y atacar, no creo que quienes retienen a los prisioneros deseen negociar de buena gana y con seguridad van a poner miles de condicionamientos.
-Señor, los indios se están marchando -comunicó Adán.
Conrad miró Ludwin en busca de una explicación.
-Aunque lo intentara, no puedo detenerlos; marchan a la guerra a luchar por su honor, ya saben que no fueron atacados por las autoridades y que si los europeos mueren ninguna jurisdicción los podrá acusar de rebelión.
-Pero van a una muerte segura, antes de que se acerquen a su enemigo serán vistos y los tiros de arcabuz son más letales que las flechas y sin en sabana abierta los atacan con caballería no tendrán oportunidad de escape alguno.
-Créame, ellos lo saben.
-¿Y a un así, se inmolan por los suyos?
-Si los ancianos guayupe prisioneros mueren, se borrará para siempre la historia de su pueblo, los guerreros entienden que a la buena los captores nunca entregaran a sus viejos.
-¿Porqué no intentan negociar como nosotros pretendemos?
-De sobra conocen la codicia de sus contrincantes; ni entregando tanto oro como el tamaño de la sierra de la

Macarena esos bandidos se sentirán satisfechos; se irán y dentro de algunos años regresaran más y más hombres en busca de más y más oro.
-¿Iremos a pie o de a caballo? –preguntó Adán.
-De a caballo. Trataremos de llegar antes que los indios y tal vez evitar una masacre. Si entramos en combate este debe ser rápido y certero, no podemos permitir que nuestros enemigos pidan refuerzos a la encomienda de San Juan porque quedaríamos en inferioridad de condiciones – comentó Ludwin.
Antes de montar los caballos, Adán se acercó a Conrad y Ludwin y les entregó sendos crucifijos. Los teutones entendieron el mensaje y colgaron sobre sus cuellos los objetos entregados.
El camino real, así llamado el amplio sendero que comunicaba a las dos encomiendas fue rápidamente transitado por los europeos y después horas de recorrido encumbraron el las altas sabanas sanjuaneras.
El espectáculo no pudo ser más dantesco; racimos de indígenas caían heridos de muerte sobre la seca hierba; con inusitado coraje los aborígenes intentaban copar las líneas de sus enemigos, pero el nutrido disparar de los arcabuces hacia impenetrable la muralla de fuego interpuesta entre los bandos.
-¡Señor Ludwin, haga algo para evitarla esta espeluznante carnicería! –con desespero pidió Conrad.
Los gritos de Ludwin en idioma guayupe se escuchaban con impotencia, después de mucho gritar los jefes indígenas aceptaron lo inútil de su lucha e iniciaron una lenta retirada.
-¡Cuanta muertes inútiles Dios mío? – se quejó Adán.
-Iniciemos el acercamiento y no olviden que los ánimos de los blancos están alterados y en cualquier momento se pueden dar inicio a una refriega –advirtió Adán

Veinte hombres salieron al encuentro de los amigos de Ludwin.
-¿Quiénes son y qué desean? Preguntó el que parecía jefe del grupo.
-Soy vasallo de su majestad don Felipe rey de España y de las indias occidentales; los que me acompañan, aunque nos son españoles, portan cédulas reales que les permiten estar en los
dominios de su Majestad –respondió Adán.
-El hombre extraño ¿Quién es? –se refirió a Sato.
-Es un cristianos de tierras lejanas.
Sato inclinó la cabeza en señal de sumisión.
-¿Qué desean? –volvió a preguntar hoscamente el hombre.
-Dialogar con el jefe de esta expedición –comunicó Conrad.
-Con usted no estoy hablando, espere que se le pregunte y responda –recriminó el español.
-Para su conocimiento el señor Conrad ostenta título aristocrático, por lo que en el futuro le rogaría tener en cuenta esa consideración.
-Es Alemán y eso me es suficiente dudar de él, todos los herejes luteranos deben ser llevados a la hoguera.
El inculto hombre con odio infinito fijó sus ojos en Conrad y hasta entonces observó el Crucifijo que pendía sobre su pecho; de manera inmediata cambió el tono de su voz.
-Pasen, de seguro el padre Gonzáles y el señor don Domingo desearan dialogar con ustedes.
El padre Gonzáles pertenecía al santo oficio, el señor domingo era el jefe de la milicia de la misma congregación.

Desmontaron y se aprestaron a dialogar con los dos jefes. El padre Gonzáles, era relativamente joven para estar desempeñando la tarea de inquisidor, ese detalle no pasó desapercibido para Conrad;
el señor Domingo era de aspecto despiadado; encargado de torturar a los infelices que caían en sus manos acusados de brujería, hechicería y herejía. Después de las presentaciones de rigor, se inició el dialogo formal.
-Es placentero encontrar a personas tan importantes de nuestra amada Europa en estos lejanos lugares de Dios - comentó el padre Gonzáles.
Domingo permanecía cerca de él sin pronunciar palabra alguna.
-¿A qué debo el honor de su visita? –continuó el religioso.
-Hemos venido a negociar la liberación de las personas que usted tiene prisioneros –con determinación dijo Conrad.
El rostro y la mirada tanto de domingo como de Gonzáles no pudieron evitar la sorpresa y el disgusto. La brusca respuesta de Gonzáles no se hizo esperar.
-¿Qué tienen que ver hidalgos señores europeos con una banda de herejes semidesnudos que adoran a dioses paganos aborreciendo la verdadera fe?
-Debo recordarle padre que uno de sus prisioneros; exactamente una mujer de nombre Marbachare, es la hija d el señor Ludwin Schmidel, aquí presente, que a su vez es aristócrata alemán emparentado con la casa de los Habsburgo familiares de su majestad don Felipe rey del cual somos sus vasallos. –aclaró Adán
-¡Esa mujer está acusada de brujería¡ ¡ y como bruja debe ser juzgada¡ -gritó el cura.

-No le asiste derecho alguno para acusar de tal manera a la señora Marbachare Schmidel; y entre otras cosas le exijo que de manera inmediata nos permita ver a su prisionera.
La manera autoritaria como escuchó las palabras de Conrad, sorprendieron a Gonzáles que accedió a dejar ver a la joven.
Atados unos a otros se encontraban los ancianos, el padre de Hondiquera vio llegar a sus amigos y una mueca que intentó ser una sonrisa se dibujó en su rostro.
Por orden de Gonzáles, dos rudos soldados trajeron a Marbachare ante su presencia. El rostro de la joven se iluminó de alegría al ver a su padre.
-¿Cómo está Minegua y mi madre? –preguntó
-Bien, ellos están bien –respondió el acongojado Ludwin.
-Usted debería ser juzgado por el santo oficio acusado de involucrarse con indígenas sucias y vagabundas – insultó Gonzáles a Ludwin.
La ofensa hirió los sentimientos de los presentes; cada uno de ellos hubiera deseado desenfundar su arma y de una vez por todas quitar al vida de tan despreciable ser.
-Quieren a la bruja – manifestó el inquisidor y agregó- miren lo que hago con la sierva de satanás.
Ante los desconcertados hombres, el mísero sacerdote se paró de frente y abofeteó a la indefensa Marbachare.
Cuando el agresor regresó la mirada ante los presentes, el último segundo de su vida lo utilizó para ver la espada que lo dejaría sin cabeza. Con velocidad y furia incontenible, del mismo modo eliminó Sato a los hombres que sujetaban a la Marbachare.
-¡Traición nos atacan! -se escuchó la alerta en el campamento.

Schneider chocaba aceros con Domingo; Dubois se dirigió a desatar a los ancianos no sin antes abatir a los hombres que los vigilaban.

La atención de los soldados en el campamento se vio de pronto desviada de Conrad y sus hombres, al ver un nutrido grupo de jinetes que raudos avanzaba dispuestos a atacarlos.

-¡Nos ataca un grueso de caballería! -hubo alerta.

Uno de los primeros jinetes en traspasar la línea defensiva fue Francisco el castellano, que no empuñaba arma alguna, si no que en sus manos llevaba una bolsas de fibra vegetal; de ella extraía serpientes venenosas y las arrojaba contar sus enemigos; los ofidios ofendidos por el encierro y el movimiento, atacaban sin piedad a los defensores propinándoles infinidad de mordeduras.

Algunos de los soldados, tal vez veinte o treinta, logrando montar caballo emprendían la huída rumbo a San Juan De los Llanos.

Después de dos horas cesó la lucha; los indios que inicialmente habían atacado regresaron por sus fueros y sin la menor gesto de piedades remataron a los heridos.

-Recojan los cadáveres de sus hermanos y llévenlos lejos de este lugar; no debe quedar una sola huella que los implique en el ataque. A más tardar mañana estarán aquí los soldados de la encomienda y es mejor no esperar las represalias; aunque los muertos no son sus familiares, les causará mucho dolor encontrar tantos compatriotas sin vida y de seguro algunos desearan tomar venganza -recomendó Conrad.

-Regresemos a la aldea en busca de Minegua, es hora de cambiar de sitio el poblado, no podemos seguir

habitando el lugar donde tanta sangre de nuestros hermanos fue regada - expresó con tristeza uno de los ancianos liberados.

-Mañana debe llegar el sacerdote para bendecir mi boda - recordó Marbachare

-No se preocupe hija, con los amigos de su padre viaja un sacerdote que con la misma autoridad ante Dios la puede unir en matrimonio. -dijo el padre de la joven.

-¿Adónde partirán? –consultó Schneider al padre de Hondiquera.

-Algunos de nuestros familiares más cercanos habitan aguas

arriba del río Guayabero; en esos lugares estaremos seguros.

-¿Cómo se llega a esas tierras?

-Aguas abajo el Ariari se une con el Guayabero para formar el gran río Guaviare, esa será la ruta que tomaremos. - sentenció el viejo.

-¿Ludwin viajará con ustedes?

-No se responder esa pregunta, es voluntad de él elegir el mejor camino en beneficio de su familia.

-En Europa ellos serán tratados con el debido respeto que se merecen –dijo Schneider.

-Si pudiera le recomendaría a Ludwin de llevar a su familia lejos de este lugar, donde ningún peligro los aseche. Conozco muy bien a los soldados españoles y con lo sucedido el día de hoy, nuestra comunidad firmó su sentencia de muerte; no existirá ningún lugar en la selva donde no seamos perseguidos; la esperanza de vida que nos queda es la de diseminarnos y unirnos a otras tribus para ser difíciles de encontrar; el futuro que nos espera no es el mejor, muchos sabios

así lo habían pronosticado y sabemos que con el trascurso de los años, ni un solo guayupe pisara la tierra de sus antepasados.
A Schneider le conmovió la tristeza con que aquel viejo pronunciaba esas palabras.
-Pueden presentarse ante las autoridades y relatar como sucedieron lo acontecimientos –trató de animarlo Schneider y agregó- nosotros podemos ser sus testigos, recuerde que nuestro grupo está conformado en su gran mayoría por españoles y las declaraciones de ellos pueden serles de mucha utilidad la momento de las autoridades tomar alguna determinación al respecto.
-No, nuestro destino está trazado, seguir en este lugar es alargar más la agonía –dijo el viejo y se retiró del lugar.
El estampido de un poderoso trueno llenó el ambiente. Ludwin miró el rostro de su suegro y éste entendió a su yerno. Una repentina y fría ráfaga de viento comenzó a agitar los pastizales y negros nubarrones encapotaron el horizonte. Gruesas gotas de agua golpearon el reseco pastizal que terminó de doblarse con el peso de la humedad.
Los indígenas hablaron en su idioma y regresaron para cargar los cadáveres de sus enemigos.
-¿Que sucede? –pregunto Conrad a su compatriota.
-Su dios les ordena de no dejar los cuerpos de sus enemigos sin ser debidamente sepultados. La fuerzas del cielo borrarán las huellas de la lucha y la sangre de unos y otros será lavada de la tierra.
-¿Usted cree lo que me dice? -escéptico preguntó Conrad
-Es más facil que en esta época del año caiga una estrella y deslumbre la sabana, a que de pronto comience a llover - respondió

-¿En verano no es usual que llueva? –se extraño Conrad.
-Mas de veinte años vividos en estas tierras y jamás un veintitrés de diciembre había llovido y menos con esa intensidad.
-¿Dónde llevaran lo cuerpos de los muertos?
-Las vegas del Ariari serán su perenne tumba.
Se quedaron solos, dialogando por espacio de largo tiempo. Los dos caballos dejados para su transporte pateaba insistentemente sobre el mojado césped. La pregunta que tanto temía hacer Conrad, la escuchó Ludwin.
-¿Piensa regresar al lado de su padre o permanecerá con su nueva familia?
Ludwin respiró profundamente; hubiese querido que jamás le preguntaran cosa tal. Su pasado lejano, sus hermosos años de infancia enclaustrado leyendo libros clásicos en tanto veía caer la nieve, montar a caballo en verano y en la primavera ver deshojar los árboles del extenso jardín de la mansión de su padre. En esta tierra el amor, muchos años de sufrimiento alejado de su esposa e hija. Ahora. no podía regresar al lugar de retiro voluntario; era su deber velar por la seguridad de su esposa y vigilar que su hija no sufriera percance alguno.
Conrad dejó que su amigo meditara la respuesta.
-Antes de darle una respuesta quisiera consultar con mi esposa, en fin de cuantas esto nos concierne a los dos. Mi hija está casada y antes debo dialogar con su esposo para tomar cualquier decisión que la involucre a ella.
Secaron el agua que mojaba sus rostros, montaron sus caballos y despacio, sin apuros, iniciaron el camino de regreso.

Al bajar del alto banco de sabanas y adentrase en la vegas del caño Urichare, con asombro comprobó Conrad que en ese lugar no había caído gota alguna – juraría que el aguacero fue en toda la región, pensó – se empino en los estribos de su montura y oteó el camino recorrido. Ludwin sonrío ante el desconcierto que el fenómeno climático causaba en su paisano y amigo.

El sepelio colectivo de los indígenas caídos en la refriega fue traumático inclusive para los europeos; la ignominia humana había convertido una sencilla boda aborigen en toda una truculenta historia donde una de las principales ofrendadas había sido la muerte.

-Los soldados del comendador ya vienen de camino, traen la orden de apresarlos a todos y si oponen resistencia causarles la muerte –comunicó el indígena que arribaba de San Juan de los llanos.

Los preparativos del desalojo se apresuró.

-Navegaremos aguas abajo del Ariari, si gustan nos pueden acompañar – invitó a Conrad el padre de Hondiquera.

-Me gustaría pero mis botes están en aguas de otro río, necesitamos regresar a ese lugar para poder navegar por el Orinoco en busca de la ruta que nos hará volver a Europa.

-Puede enviar a algunos de su hombres por las embarcaciones, que naveguen rió abajo y los esperen donde el río Meta desemboca en el Orinoco, si desea pido a algunos indios que los acompañen; al final de cuantas las aguas del Ariari junto con las del Guejar y Guayabero, forman el Guaviare que a la vez une sus aguas con el Inírida ayudando en la formación del Orinoco que como ya saben finalmente llega al mar.

Si desean acompañarnos les ruego se decidan pronto, los soldados deben estar por llegar y sería fatal que nos encontraran en este lugar.

Conrad se reunió con sus hombres.

-Los caballos déjelos libres, sabrán como sobrevivir en estas llanuras. Adán y Gutiérrez, en compañía de los demás hombres regresen al lugar donde están las canoas, algunos indios los acompañaran, dejen que ellos los orienten y nos esperan donde les indiquen.

-¿Ustedes se quedarán? –preguntó Adán.

-No hombre de Dios, acompañaremos a los indígenas en su retirada, luego navegando por aguas diferentes iremos al encuentro de nuestros compañeros.

Bajo el despejado cielo de la mañana infinidad de pequeños botes llenaron las cristalinas aguas del Ariari. Hombres mujeres y niños alistaban sus más importantes pertenencias para llevarlas a su nuevo hogar. Quedaban abandonadas variedad de utensilios de cerámica de uso diario y ceremonial; bajo las cenizas del campamento, dejados para siempre los mejores años de una comunidad que iniciaba el viaje sin regreso a la noche de su total olvido, porque de todos esos seres vivos, ni tan siquiera el nombre de alguno de ellos volvería a ser pronunciado nunca jamás; la selva, por algunos años dejaría escuchar el ecos de risas, llantos, oraciones, historia; luego, lentamente, esas voces se irían enredadas en el viento de verano y con los torrenciales aguaceros de abril; las vegas de caños y ríos, guardaran para siempre el sonido de tambores y flautas de caña; los caminos borraran las huellas de pies descalzos de niños de vientres abultado y pisadas de mocasines de piel de venado.

Tripuladas por vigorosos guerreros las primeras

curiaras en partir fueron las que transportaban a los ancianos. La historia de la comunidad se debe salvar a cualquier costa, incluso nuestras vidas nada valen cuando de perseverar el conocimiento se trata- había comentado Minegua.

-¿Esas son las primeros botes en partir? –se interesó Sato.

-No, un día después de ser atacada la aldea, veinte guerreros partieron para dar a conocer a nuestros hermanos nuestra futura llegada a sus tierras, auque sean parte de la familia guayupe vamos a entrar en sus dominios y es imprescindible ponerlo sobre aviso; de lo contrario pueden creer que se trata de un ataque y recibirnos en pie de guerra.

Minegua y su esposa esperaba pacientemente la partida de las canoas. Conrad se acercó.

-¿Por qué no se embarca, si veo que su bote ya esta listo?

-Mi suegro me ha comentado que entre los marineros blancos, cuando un barco está a punto de naufragar, el último en abandonarlo es el capitán –expuso sin ocultar su preocupación el joven.

El alemán entendió el mensaje y se retiró en busca de Ludwin.

-Antes de partir desearía saber su respuesta.

-Quedan muchos días para tomar esa decisión; antes de llagar al lugar donde se unen las aguas del Ariari y el Guayabero tendrá mi respuesta.

Las palabras del teutón fueron apagadas por el nutrido estampido de los arcabuces al disparar. Algunos indígenas cayeron heridos de muerte; los europeos compañeros de Conrad desenfundaron sus pistolas y repelieron el ataque causando bajas entre los agresores.

-¡Llegaron antes de tiempo! –escuchó Conrad la voz de un moribundo.

Los guardias indígenas apostados entre la vegetación repelieron el ataque disparando una nutrida lluvia de flechas. La lucha se trenzó en la playa y sorprendidos por la fiereza de los defensores los españoles optaron una retirada estratégica; valiosos minutos utilizado por los indígenas para lanzar sus botes al agua y en completo desorden tratar de poner distancia de por medio.

Tal vez trescientos o más indios aun continuaban en la playa, se reorganizaron rápidamente esperando un segundo embate. La llegada de un soldado desarmado, trayendo la propuesta del jefe militar de la encomienda de dialogar y pactar las condicione de la rendición, direccionó de manera diferente el conflicto.

-Dos hombres enviaremos a dialogar – condicionó Conrad.

Una vez pactado el acuerdo de tregua temporal Sato Y Schneider acudieron a dialogar con sus ahora enemigos.

-Ganen el tiempo necesario que crean que se necesita para abandonar el lugar- les recomendó Ludwin.

-Parece que va ser bastante –comentó Schneider mirando el nutrido grupo de aborígenes que aun no se embarcaban.

-Dilaten el diálogo cuanto más puedan – ordenó Conrad.

Una ves partieron los negociadores; se preocuparon por la suerte de los heridos. Conrad caminó hasta llegar junto a la canoa de Minegua, cayó de rodillas mirando dentro del hueco madero.

-¡Santo Dios, no puede ser! – exclamó

– Marbachare con una parte de su raído vestido trataba de detener las sangre que manaba de la herida causada en el pecho de su esposo.
Con la experiencia de sus años de aventurero el alemán dictaminó que aquella herida era mortal; se incorporó de lugar y en medio de la confusión salió en busca de ayuda. Al retirase no escuchó las agónicas palabras que Minegua dijo a su esposa.
-Baja, empuja la canoa y deje que el agua la lleve, creo que se acerca la hora de encontrarme con los espíritus de nuestros antepasados.
-Juré acompañarte hasta la muerte –expresó la joven guayupe, bajó, empujo el madero y subió en él.
La canoa rápidamente se alejó de la orilla. El sol reinante de pronto se opacó; una densa y fría neblina se posó sobre las cristalinas aguas; miles y miles de aves de blanco plumaje aparecieron de la nada, el tiempo se detuvo para los que miraban el extraño evento de la naturaleza. Minegua escuchó el sonido de las flautas que en su viaje a la tierra de los sacerdotes había también oído. De repente dejó de percibir la agradable melodía y entre sueños un extraño idioma llegó a sus oídos.
Cuando el bote se alejó de la orilla el pastor luterano se percató del hecho y en su propia canoa alcanzó al moribundo y a su esposa; ató la nave que viajaba a la deriva y con ayuda de algunos nativos, traslado al herido a su propia nave. Oró en latín, el idioma que Minegua no comprendía y procuró curar la herida del convaleciente joven.
-Ya extraje las municiones .- informó a Marbachare-debemos procurar que la herida no se infecte y de eso se debe encargar usted; este muchacho no puede morir,

está invitado a una boda que voy a bendecir y no me puede fallar.
Schneider y Sato se plantaron frente al jefe de la guardia de la encomienda de San Juan. El militar miró con desconfianza al oriental.
-Me comunicaron que usted porta extraño sable y pelea de extraña manera; quisiera conocer ese acero.
-No hemos venido hasta este lugar para hablar de armas extrañas. Queremos saber a ¿qué se debe su interés en entablar diálogo?
Sin quitar los ojos del oriental el militar comunicó.
-Los europeos se pueden largar para sus apestosos países si así lo desean y no rendiré informe para que sean juzgados por las cortes de su majestad. Se pueden marchar, si, pero no deben interferir en el escarmiento que les pienso dar a esos apestosos indios.
-Usted está poniendo condiciones y pidiendo una rendición sin saber a que fuerza se enfrenta – con decisión enfrentó Schneider al militar y agregó- además, no se porque usted persigue a los guayupe; que delito han cometido si no el de actuar en legítima defensa de su vidas y bienes.
-¡Ustedes son extranjeros en estas tierras de su majestad el rey don Felipe II! Los indígenas cometieron grave delito al asesinar a súbditos de su majestad y les están brindando protección violando la leyes del virreinato– airado espetó en la cara de Schneider.
-Para su conocimiento, la mayoría de los soldados que enfrentaron a los bandidos encabezados por ese sacerdote, asesino del santo oficio; son españoles vasallos de su rey.
El militar guardó silencio, dudo y Schneider pensó que era el momento de desarmar las acusaciones de su interlocutor.

de allí los soldados podían verlo, algunos arcabuces dispararon, los proyectiles se estrellaron en la arena a unos cuantos metros del caballo; tomó el arco que siempre llevaba terciado sobre la espalda, acomodó una saeta y apuntó al firmamento –ese hombre está loco, quiere matar el sol- se burlo uno de los soldados; la delgada flecha con mortal silbido cortó el aire en dirección al sol -como comentó el militar- la vara de madera con punta metálica llegó a determinada altura, luego velozmente descendió. Sin comprobar que su objetivo hubiese sido alcanzado, Sato inició el camino en busca de su amigo. El viento trajo hasta sus oídos el leve quejido de un hombre que moría. Recogió y montó sobre la grupa del caballo a su amigo, golpeó dos veces la espalda del difunto, sonrió y espoleó el caballo.

-Un hombre cabalga por la orilla – avisó uno de los indígenas compañero de viaje de Conrrad.

Se orillaron, una improvisada cruz de madera señaló la tumba de Schneider, algunas lágrimas y palabras de su amigo de toda la vida; luego la soledad; el mismo cotidiano vuelo de aves pescadoras, bullicio de papagayos, frenesí de asesino y asesinado, de cazador y cazado, de víctima y verdugo.

Días después de sepultar a su amigo; las aguas del Ariari, después de recibir al tributario Guejar, presentaron un agradable sorpresa a los navegantes. Una variedad de grandes peces nadaban cerca de las canoas, salían a la superficie respiraba y volvían a sumergirse.

-¡Son delfines! –expresó Sato

-No puede ser, los delfines son del mar, de agua salada – se extraño Conrad.

-Mírelos bien, son más trompones y distinto color, pero en verdad, son delfines, ¿o qué otro pez navega cerca de los barcos y se alegran con la voz de los humanos?

-Son toninas –dijo uno de los indígenas y agregó - son hombres y mujeres que se convirtieron en peces.

Durante toda la tarde navegaron acompañados de los juguetones peces.

Una vez llegaron a la desembocadura del río Guayabero, desembarcaron, armaron improvisado campamento decidiendo a descansar antes de iniciar el duro viaje corriente arriba. Hondiquera, Marbachare, Minegua, Ludwin y el suegro de este se plantaron frente a los europeos y Sato.

-Comunique a mi padre que me encuentro bien, háblele de mi nueva familia; a mi hija Cristina que la amo. Se que ustedes ya no pueden esperar más y ruego que me entiendan al no acompañarlos. Esta carta para mi hija, esta para mi padre; este paquete para mi hija, este para mi padre –dijo Ludwin a Conrad, entregando las misivas y los paquetes- el próximo verano, o tal vez en dos veranos más viajaré a mi patria, diga a mi padre que es una promesa que cumpliré.

-Diga al señor de los dibujos, que los cuide con la vida, me sentiré muy dichosa si mi abuelo llega a conocerme –expresó Marbachare.

-Yo le comentaré que usted es una mujer felizmente casada y que en una canoa se efectuó la ceremonia – comentó el Pastor luterano.

-Ya les han entregado lo que deben llevar a los familiares de mi nieta. Ahora quiero hacer entrega de lo que hemos decidido sea nuestro humildes obsequios par unos blancos valientes que arriesgaron sus vidas en defensa de los guayupe. La historia vivida por us-

tedes entre nosotros pasará de padres a hijos y será relatada de generación en generación hasta el fin de los tiempos y el rostro de señor Sato no será olvidado jamás.

Una mediana bolsa de piel de venado de peso considerado fue entregada a Conrad.

-Cada uno tendrá parte igual; tambien los que cuidaron su aldea y estuvieron entre nosotros únicamente el día de los combates; les ruego no destapar la bolsa hasta tanto no estén todos reunidos; si así sucede vivirán como amigos el resto de sus vidas, caso contrario la sombra de la muerte los acosará con saña.

Despuntaba el nuevo día cuando las tres curiaras se alejaron impulsadas por el caudal del río Guaviare.

-Señores ¿Cómo les fue en le viaje?- preguntó Adán a sus amigos, una vez estos llegaron al lugar donde eran esperados.

-el viaje fue tranquilo y placentero, conocimos muchos lugares hermosos, selvas extensas; por todas partes indios de unos y de otros. Salíamos de una aldea y cuando nos acercábamos a otra ya nos estaban esperando, donde quiera que llegábamos celebraban nuestro arribo con interminables fiesta; nuestros guías no se cuentos idiomas hablan, o es que hablan todos la misma lengua, lo verdaderamente cierto es que se entienden a la perfección. Cuando nos acercábamos a lugares habitados por indios poco sociables, nuestros acompañantes, sencillamente los ignoraban. Aguas arriba existen raudales en los que fácilmente se puede pagar con la vida si quien conduce la canoa no conoce el paso es osado y pasa sin tener la experiencia adecuada.

Relató Conrad la trágica desaparición de su entrañable amigo Schneider, luego, tomando entre sus manos el paquete regalado por los indígenas, sobre un tendido de hojas de planta de viado o vijao, como la llaman los indios, exhibió el contenido del fardo. Pequeñas figurillas de oro que semejaban ranas, serpientes, búhos y otros animales; repartió a cada uno de los miembros del grupo.

-La correspondiente al señor Schneider, el señor Sato la llevará y la entregará al familiar que él bien disponga; de la parte correspondientes a los otros que murieron, su más cercanos amigos harán la debida entrega a los herederos. Descansen el día de hoy, mañana temprano partimos a casa.

Despidieron a los indígenas que a los dos grupos habían acompañado, estos con fuerza remaron aguas arriba en busca del río Guaviare.

La corriente del Orinoco, llevó bien adentro del mar los endebles botes, regresaron a la playa y dos días después hizo presencia el señor Mauricio con el gran barco.

- Fije el rumbo señor Pietro. Creo que aunque a medias hemos cumplido la misión

-¡Levar anclas! ¡Desplegar velas marinero!, ¡que navegamos rumbo a casa!-gritó con fuerza y alegría el señor Adán Triana.

EPÍLOGO

Sobre la pared de la biblioteca el señor Schmidel contemplaba por enésima vez el rostro de su nieta Marbachare; nuevamente sus cansados ojos se humedecían de llanto. A veces llegaba a creer que su nieta lo miraba y que en cualquier momento le hablaría.
Tres años desde la llegada de Conrad. Tres largos veranos, tres largos inviernos; la nieve pronto comenzaría a caer y si su hijo estaba en las costas de España o Portugal tendría que esperar algunos meses para verlo entrar por la puerta de su casa.
Cristina entró al aposento y atrajo la atención de su abuelo.
-Si al pasar los años, alguien toca a la puerta y dice venir de las indias occidentales y al mirar sus ojos ves en ellos los de tu padre, por favor recibe a ese alguien, prodígale calor, amor, todo el cariño que pueda sentir tu lama.
-Abuelo, sabes de sobra que no es necesario que me digas tal cosa, la única familia que tengo en este mundo aparte de ti, es la que pueda aun vivir en las indias.
-Ni después de mi muerte acabaré agradeciendo ese bondadoso gesto de entender a tu padre.
-Con lo narrado por Conrad, comprendí la actitud

asumida por mi padre, el tiene una esposa y una hija por quienes velar, más aun cuando ellos son perseguidos por la iglesia para ser asesinados.
-No te lo había dicho, pero me haces muy feliz el que siempre lleves con tigo el regalo que te envió tu hermana – expresó el viejo.
Cristina tomó el pendiente en su manos y lo acarició con ternura.
-Si alguien me dijera de vendérselo, no tendría el dinero suficiente para comprarlo; adoro este pendiente, tal ves alguien quisiera darme muchos ducados a cambio; pero tiene un valor muy grande para mí; no a todas las mujeres europeas les llega un obsequió de una hermana que vive al otro lado del mar.
El mayordomo interrumpió la reunión familiar.
-Señor, señorita. El señor Conrad espera en la sala ha llegado de visita.
-Por favor, hágalo pasar –indicó el anciano
-Las autoridades comprobaron que su sobrino Rafh confabulaba para atentar contra su vida, fue detenido y conminado a presión, dentro de diez días se dará comienzo a su juicio –informó Conrad.
-Perdió una muy buena oportunidad en su vida, lo tenía en gran estima y era mi deseo heredarle algunos de los terrenos de mi propiedad; se que económicamente no pasan por la mejor situación, los malos negocios hechos por mi hermano los tienen al borde de la bancarrota. Es triste, pero después de lo que me acaba de contar, no creo tener los mejores deseos de ayudar a ese muchacho -sentenció Schmidel.
-Señor, quisiera tratar otro tema de mucha importancia entre nosotros –expreso Conrad
-¿Que tema es ese, de qué se trata?

-Señor, de pedir en matrimonio a su nieta.
El viejo fijó sus ojos en su nieta, ella sonrió tímidamente.
-Desde hace algún tiempo me di cuenta de sus miraditas, se que se aman y no va ser este decrépito anciano el que se oponga a la felicidad de su nieta; apuren la fecha de la boda para poder asistir, me siento muy enfermo y no deseo que mi velorio se anticipe a su fiesta.
Dos años después, Schmidel, sentado en una cómoda silla de madera, con un libro abierto en sus piernas contemplaba el constante caer de las hojas de los árboles. Vio el coche que se acercaba, no era ninguno de los de su cuadra. El carruaje se detuvo frente a la casa y su viejo corazón latió acelerado; no podía equivocarse, ese era su Ludwin del alma. Quiso correr al encuentro de su hijo pero sus cansadas piernas no le obedecieron, esperó. El cochero ayudó a bajar a dos damas
–Mi otra nieta pensó- dos lágrimas de felicidad cayeron humedecieron las páginas del libro sobre sus piernas.

TEXTOS CONSULTADOS

LEYENDAS HISTÓRICAS INDÍGENAS
(Julio Roberto Galindo)
HISTORIA DE AMÉRICA LATINA
(Leslie Bethle. Ed.)
HISTORIA UNIVERSAL, TOMO III
(Jacques Pirenne)
ARQUEOLOGÍA COLOMBIANA
(Lucía Rojas de Perdomo)
UNA FRONTERA DE LA SABANA TROPICALLOS LLANOS DE COLOMBIA (Jane M. Rauch)
NICOLAS DE FEDERMAN, EL CONQUISTADOR
(Juan Friede)
RAZAS PERDIDAS
(Jesús Martínez Delgado)

RIGOBERTO BETANCOURTH REYES

Nacido en el municipio de Icononzo Tolima, hijo de Juan de Dios Betancourt y Ana Agapita Reyes. Realizó sus estudios primarios en la Escuela Urbana y Anexa, primero de bachillerato en la Normal Nacional Mixta de su pueblo natal, bachiller académico del Colegio Camilo Torres de Granada Meta, primera promoción nocturna; cursó estudios en administración pública en la E.S.A.P., Ex integrante de la Banda Juvenil Don Bosco de Granada Meta, director de la banda Municipal de San Martín Meta, invitado al "Tercer encuentro de escritores llaneros colombo-venezolanos " realizado en Yopal Casanare, invitado a participar en el concurso de novela de ciencia ficción, convocado por la Universidad Politécnica de Barcelona España, diplomado en "Planeación participativa para el desarrollo cultural", de la Fundación Universitaria Monserrate.

Obras publicadas: LA CHAGRA. VEINTIDOS DIAS EN EL INFIERNO

Actualmente reside en la ciudad de Granada Meta
www.betancourth_reyesrigoberto@hotmail.com

9 789583 346675